

CRIMEN & CIA.

Nat Hentoff
BLUES PARA
CHARLIE
DARWIN



En *Blues para Charlie Darwin*, solo las notas de un tema de *jazz*, como un lamento, consiguen atravesar la espesa humareda de tabaco que cubre el Greenwich Village neoyorquino, un barrio sumergido en *bourbon* en el que policías, músicos o traficantes de drogas intentan sobrevivir en una jungla despiadada que se rige por sus propias leyes. Noah Green, un policía judío, y su lacónico compañero negro, Sam McKibbon, investigan el sangriento asesinato a navajazos de una mujer. La atractiva periodista Shannon Leahy, que cubre la información de ese crimen para su periódico, será una de las pocas sorpresas agradables para el sufrido policía.



Nat Hentoff

Blues para Charlie Darwin

Crimen & Cia. - 10

ePub r1.1

Titivillus 03.08.15

Título original: *Blues for Charlie Darwin*

Nat Hentoff, 1982

Traducción: Montse Serra

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: agmuser

ePub base r1.2



Si se tratara de un asesinato, cualquiera habría podido cometerlo. Desvalijar una casa o limpiar un bolsillo requiere un aprendizaje. Pero no así un asesinato. Todos somos capaces de hacerlo.

MR.

INSPECTOR

, *Nuestro común amigo*

1

ERA EL VERANILLO de San Martín y ya se había hecho de noche. Shannon Leahy bajaba las escaleras del metro mientras iba conversando mentalmente con su redactor jefe sin que llegaran a ponerse de acuerdo, como si la conversación tuviese lugar en la realidad.

«¡Eso no es una noticia! ¡Que en un bar hayan decidido de pronto añadir música de jazz y baile a nadie le importa un pito!».

En su imaginación, la chica vio aquella cara lisa, impenetrable y negra que le decía: «Bueno, si no está a la altura, señorita Comosellame, le daré el reportaje a otro».

Shannon estaba a punto de decirle —cosa que no había hecho media hora antes— «¡Al cuerno!» cuando el redactor jefe desapareció y ella se dio cuenta de que en las escaleras, demasiado pegado a ella, se hallaba un jugador de baloncesto o el descendiente de un rey watusi.

Sintió un dolor agudo cuando la cadenita de oro se le clavó en el cuello a modo de despedida ¡y ya está! Cadenita y watusi se largaron; el negro bajó corriendo hasta el pie de las escaleras y allí se dio la vuelta para mirarla y dedicarle una última sonrisa. Y esta vez se fue de verdad.

Frotándose el cuello, Shannon abrió la boca para gritar... y la cerró de nuevo. «¿Te das cuenta? Me siento demasiado avergonzada para gritar. “Cielos, guapa, no debería llevar joyas por la calle, ni siquiera una baratija como esta, oiga”. Lo sé, lo sé. Lo tengo merecido, es mi culpa, lo reconozco. No me extraña que el cabrón

me sonriera. Dios mío, en qué sitio estoy viviendo».

Se tocó allí donde debía estar la cadena, para asegurarse de que ya no la tenía. Y vio la cabeza negra del ratero que se alejaba, como si careciera de cuerpo, por la plataforma del metro. Ella podría abalanzarse tras sus huellas y arrebatárle la cadena, pero primero tenía que comprar la ficha que le permitiría entrar.

—¿Es usted de la comisaría? —preguntó el portero de rostro picado de viruelas que recogía las entradas en el Baked Alaska. Este era un club del Soho situado en una planta baja, con todas las ventanas pintadas de negro, sobre las cuales se destacaba un letrero fluorescente amarillo que tenía la forma de ese postre tan dulce que daba nombre al local.

—¿Qué demonios le hace pensar que soy policía? —dijo Noah Green, un hombre alto y fornido con cara de San Bernardo falto de ejercicio que llevaba el pelo castaño cortado muy corto. El detective Green se veía a sí mismo recorriendo la ciudad tan silenciosamente como La Sombra.

—¿Sabe cómo los reconozco? —Al puertorriqueño se le acababa de ocurrir la razón de su clarividencia y estaba encantado de que un policía fuese el primero en compartir su descubrimiento—. ¿Sabe cómo los reconozco? Pues porque un hombre que puede matar legalmente camina de un modo distinto, por eso le he descubierto a usted.

—Fantástico —Green le entregó la entrada—, pero se equivoca. Soy un detective privado de Cleveland y estoy aquí siguiendo un caso, haciendo un trabajito... aunque tal vez pueda hacer dos, capullo.

El puertorriqueño ahogó una risita.

—Lo que usted diga, capitán, pero se podía haber ahorrado el dinero.

Dentro, las paredes estaban recubiertas de espejos, la barra del bar, de cuero blanco, giraba lentamente y aún más lentamente giraba una enorme lámpara de cristal que bañaba a los bailarines con sus luces cambiantes de tonos enfermizos. A Green le entraron ganas de vomitar.

Se sacó un dibujo del bolsillo: el rostro delgado y un tanto

oriental de un negro de unos treinta años o poco más. Contempló el retrato, miró los rostros reflejados en el espejo opuesto al bar y, como la música le estaba traspasando el cerebro, sacudió la cabeza para librarse de ella.

«Malditos retratos hechos de memoria. En esta ciudad debe de haber dos millones de personas que se parecen a esta cucaracha. Salió corriendo de la tienda de comestibles, ¿no? Y entonces una ciudadana lo vio desde la ventana, situada en el piso duodécimo del edificio de enfrente, y otra persona lo vio correr y doblar la esquina. ¿Pero qué es lo que vieron? ¿Qué pudieron ver? Y si me llevo al tipo equivocado guiándome por este carajo de dibujo, seré el idiota del año. ¡Joder, Green!, ¿cómo has podido fallar? Si tenías la maldita reproducción...».

Green se metió el papel en el bolsillo y avanzó a lo largo de los bordes de la pista de baile, tratando de encontrar al asesino del retrato. Iba sacudiendo la cabeza: aquel trompetista negro sorprendentemente joven le estaba trastornando.

«Ese hijo de puta sabe tocar». Green se detuvo y encendió un cigarro, mientras observaba al chaval desgarbado que, con los ojos cerrados y el rostro inexpresivo, emprendía la melodía de *Tin Tin Deo*, alcanzando cima tras cima de intensidades sonoras con su entonación fuerte y clara y una cadencia arrolladora como la marea.

Green se había puesto la mano junto a la oreja para oírlo mejor, pero de pronto se dio la vuelta al advertir que los bailarines se apartaban empujándose unos a otros y dejaban libre un espacio en el que dos hombres se hacían frente con una tensión mortal. Ambos tendrían veintitantos años y ambos empuñaban una navaja. La música seguía sonando; sin embargo, el trompetista, aún con el rostro inexpresivo, tenía los ojos abiertos y fijos en las navajas, mientras emitía arpegios cada vez más agudos.

Green arremetió con su corpachón contra la muchedumbre y vio, justo en el centro del espacio libre, a una mujer alta y esbelta de larga melena pelirroja, que iba escribiendo casi mecánicamente en su libreta de apuntes.

—¡Atrás, joder, atrás! —le gritó Green apartándola de un empujón mientras sacaba su pistola.

Los dos hombres, un puertorriqueño y un negro, dejaron caer

sus navajas, y el puertorriqueño dijo en tono apaciguador:

—Vamos, hombre, si solo es un espectáculo, unos trucos que sabemos.

—Pues os voy a proporcionar una habitación donde ensayar —dijo el detective, al tiempo que les empujaba hacia la salida.

—Oiga usted —le increpó una irritada voz femenina a sus espaldas—, tenga cuidado con lo que hace. Podía haberme roto algo con ese empujón. Yo ya le había oído, no hacía falta que me pusiera las manos encima.

La chica de la libreta de apuntes le sonreía. «Veintitantos años —pensó Green—, o quizá más de treinta. Tiene una bonita cara de irlandesa, muy sincera, de esas de las que uno no se puede fiar». Ella le tendió un carnet de periodista.

—Usted tiene que hacer su trabajo, y yo el mío.

—Pero eso no le da derecho a hacerse matar —dijo Green— o a obstaculizar la labor de un policía.

—¿Y cuál de las dos cosas está más castigada? —preguntó.

A Green el cigarro apagado que aún llevaba entre los labios le impidió contestarle. Pasó junto a ella y empujó al negro de la riña en dirección a la puerta.

—¿Qué, poli, la chica se te ha enfadado? —dijo el otro detenido. Green tiró el cigarro al suelo.

—Andando —gruñó—. Seguid andando los dos, y con la boca cerrada.

—No nos puede hacer nada —dijo el negro—. Toda esa gente nos está viendo, saben que no tenemos huellas de golpes ni heridas. Si alguien nos apaliza después de que salgamos de aquí, habrá sido usted.

—Todo el mundo es muy listo en esta ciudad —dijo Green como dirigiéndose a aquella atmósfera contaminada— así que no entiendo por qué a veces se meten en la mierda hasta el cuello. Y a ti —continuó con dulzura dirigiéndose al negro—, ¿te gustaría que te rompiera la cara?

El negro hizo una mueca y no respondió palabra.

Después de haber entregado a los dos combatientes, silenciosos como tumbas, a los policías de uniforme que estaban de servicio en

el primer piso de la comisaría, Green pasó frente a un letrero que rezaba: «Los casos de corrupción pueden denunciarse al subdirector de la policía, teléfono 348-9200

, apartado de correos 217, Brooklyn, N.Y. 11201», y subió un tramo de escaleras para entrar en una habitación grande y cuadrada en la que resonaban las voces de los detectives llamándose unos a otros por teléfono.

El compañero de Green, un detective negro, alto y huesudo que rondaba los cuarenta años, con un poblado bigote y expresión obstinada, estaba sentado en la esquina de una mesa situada junto a la puerta.

—No he podido encontrarlo, Sam —dijo Green dejándose caer pesadamente en la butaca detrás de la mesa—. Suponiendo que estuviera allí. Ha surgido un espectáculo fuera de programa: dos cabrones jugando con navajas.

—¿Los has llevado abajo? —preguntó Sam McKibbon.

—Sí. Sería estupendo devolverles las navajas, encerrarlos en un cuarto, y con la ayuda de Dios...

McKibbon sonrió.

—Ya sé. Así unas gentes que todavía no han nacido se evitarían muchos problemas que seguramente iban a tener, con esos padres. Es una idea muy buena; si yo mandara aquí, te premiaría con un ascenso. —Se puso de pie—. Noah, creo que hemos dado con el tipo del dibujo que hemos estado llevando en el bolsillo. No se parece en nada al retrato, de modo que me imagino que estamos en la buena pista.

—Espera un momento. —Green sacó un cigarro—. ¿Cómo y cuándo ha sido eso?

—Tu amiguito, Domingo, llamó alrededor de las nueve. Al principio no quería hablar conmigo, decía que te llamaría más tarde. Desde luego, ese soplón te tiene verdadero cariño, no se acuesta más que contigo. Pero le dije que tú y yo éramos como hermanos y que además, si me colgaba el teléfono, mañana estaría desayunando en Rikers Island, y le pregunté si se acordaba del sabor que tiene la mierda. —McKibbon sacó una pipa y, con mucha calma, la llenó con el tabaco procedente de una bolsa azul de Edgeworth casi vacía—. Domingo —continuó— tiene el nombre del

implicado en los homicidios de la bodega, y tiene también la dirección. Dice que ese es el que lo hizo, el tipo que golpeó al viejo en la cabeza, y que cuando su parienta gritó le disparó a ella en la boca y pasó por encima de su cuerpo para limpiar el dinero de la caja. ¡Pam, bang!, gracias, señora.

Green meneó la cabeza.

—Nuestra bolsa de basura de la semana.

—No lo sé —dijo McKibbon—, todavía quedan tres días. Sea como sea, Domingo dice que no sabe nada de los otros dos que entraron con esa rata en la bodega, pero que está seguro acerca de este individuo. No lo ha visto nunca, pero sabe que ha sido cosa suya.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó Green mirando a su compañero.

—Información especial, pero no quiere decir de dónde la ha sacado. Domingo dice que aunque nos pasáramos una noche entera aplastándole las pelotas, no nos lo diría porque no quiere tener que andar por ahí sin lengua. Dice que eso es muy duro para un puertorriqueño.

Green se frotó la nariz.

—No tenemos nada más en qué basarnos que lo que un soplón ha dicho por teléfono —Green sonrió—. Me parece que ya he oído antes esta canción, entonada quizá por un tal Pajarito o algo por el estilo.

—¡Ah! —comentó McKibbon mientras observaba un anillo de humo completamente redondo que se elevaba de su pipa—, pero es que se trata del soplón más veraz, leal, trabajador, si no valeroso, del Oeste. Tú mismo lo has dicho, no una sino varias veces.

—Sí —Green dio unos golpecitos en la mesa—, Domingo es un caso aparte. Pero, oye, ¿dices que el tipo que Domingo ha denunciado está aquí?

—En el despacho del teniente —dijo McKibbon—, leyendo las recomendaciones que llenan la pared de nuestro jefe. Los expedientes de Randazzo, con el propio Fortunato Randazzo en el papel de protagonista.

—¿Cómo demonios arrestaste a Stubblefield? ¿Acusándole de cruzar con el semáforo en rojo?

—Hombre, Noah —McKibbon golpeó la pipa para vaciarla de

ceniza—, el señor Stubblefield no está detenido. Ha venido aquí por invitación mía, como buen ciudadano, para declarar voluntariamente todo lo que pueda saber con respecto al infortunado suceso de anoche en la tienda de comestibles. Como de momento lo único con que cuento es con lo que tu amigo Domingo me ha dicho por teléfono, solo me queda apelar a la conciencia cívica del señor Stubblefield, pero no se le acusa de nada.

Green lanzó un gruñido.

—¿Le habéis dicho a Stubblefield que no está detenido?

—Lo ha preguntado —respondió McKibbon—, ¿qué podía decirle? La verdad, o algo muy parecido. Si acudimos a un juez con lo que sabemos, no querrá ni escucharnos, ¿no es cierto?, de modo que le he dicho a Stubblefield que no está bajo sospecha. Por consiguiente, como no está bajo sospecha y desde luego no está detenido, no necesita abogado y no tenemos por qué leerle sus malditos derechos.

—Vaya —dijo Green—, menos mal que la Corte Suprema no se lanza a investigar por ahí. ¿Y por qué ha acudido Stubblefield, aunque sea «voluntariamente»?

—Está en libertad condicional —dijo McKibbon—. Nada le gustaría tanto como cooperar con nosotros, pero es que no tiene ni puta idea. Eso es lo que me ha dicho, de modo que ahora todo depende de nuestro maestro interrogador. Si no puedes sacarle nada, tendremos que mandarle a casa. Pero si esta noche haces un trabajo muy fino, más adelante ningún abogado podrá echarnos en cara el hecho de que esta alma atormentada (que podía haberse marchado cuando le hubiera dado la gana) haya querido desahogarse confesando su culpa y contándonos cómo a la señora le desapareció la nariz de un disparo mientras los sesos del marido yacían esparcidos sobre los plátanos. Hoy aún no he podido leer el *Boletín Jurídico*, pero creo que una confesión sigue siendo válida si es cierto que se ha hecho por propia voluntad; y esta es tu especialidad, Noah.

Noah se dispuso a fumar otro cigarro.

—¿Quién está al corriente de la llamada de Domingo?

—Solo tú, yo y Domingo.

—¿El cuarto está preparado?

—Sí, señor —dijo McKibbon—. Solo hemos colocado las dos

sillas, sin nada entre tú y él que os separe, como dos enamorados.

—Bueno, la cosa funciona según el mismo principio —Green encendió el cigarro—, por eso se le llama «pasar por la piedra».

Era un cuarto pequeño, contiguo a las dependencias, mucho más amplias, del teniente Randazzo. Las paredes, al igual que las de la habitación exterior destinada a la brigada, estaban pintadas de color verde pálido y no tenían ventanas.

Stubblefield aparentaba tener unos cuarenta y cinco años, era bajo y fuerte, y tenía la piel del color del café, una cara redonda y el cabello ralo y muy tieso. Llevaba un traje marrón oscuro con camisa amarilla y corbata verde. Stubblefield trató de recostarse en el respaldo de la silla de acero inoxidable, luego se puso a jugar con un botón de su americana y finalmente, después de inspirar profundamente, se irguió y clavó la mirada en Green.

No sabía nada acerca de los asesinatos, solo se había enterado de lo ocurrido al leerlo en el *New York Post*. Nunca había puesto los pies en la bodega, que estaba diez manzanas de su casa. Y no comprendía por qué la policía pensaba que podía saber algo sobre el caso.

—¿Qué haces para ganarte la vida? —le preguntó Green en tono afable.

—Trabajo en una tienda de discos, la Jazz Gallery.

—Ah, ya la conozco. ¿Has oído el nuevo disco de Sonny Rollins? Stubblefield afirmó con la cabeza, y dijo:

—Cat siempre es muy atrevido, esa es una de las razones por las que le admiro. Quiero decir que eso está muy bien en su clase de trabajo.

—Lo mismo hacía Miles.

Comentaron la trayectoria desigual de Miles Davis, después pasaron a hablar de Clifford Brown, y ya comparaban los estilos de Betty Carter y Sarah Vaughan cuando, de pronto, Stubblefield dijo:

—Oiga, eso no nos lleva a ninguna parte. Le estoy oyendo pensar. Ustedes, los polis, estudian a fondo a los delincuentes pero no se imaginan que algunos delincuentes también les estudian a ustedes. Aunque yo soy un exdelincuente.

Green le ofreció un cigarro, pero Stubblefield lo rechazó.

—Tienes un expediente muy largo y nutrido.

—Pero sin ningún acto violento, ¿no? Bueno, a lo que iba: según Inbau y Reid en su obra *Interrogatorios y confesiones en criminología*, «Conviene hacerle al sujeto preguntas inocuas que no guarden relación alguna con el tema que se investiga. Por lo general, el sujeto responde a tales preguntas, y poco a poco el examinador podrá comenzar a hacerle preguntas relativas al crimen».

—¡Estupendo! —exclamó Green—. Antes de que te vayas, me apuntaré el nombre de este libro.

—Escuche —dijo Stubblefield—, no me interesa en absoluto hacerle enfadar, lo único que quiero es ahorrarnos tiempo a los dos. No sé nada acerca de esos asesinatos; no sé quién les ha dicho que yo podría andar mezclado en ellos ni por qué se lo ha dicho. Tal vez sea un antiguo amigo del mundillo que cree que me debe algo. Pero usted no va a decirme quién me ha acusado, y no me lo dirá porque no tiene nada en qué basarse para detenerme, si no ya lo habría hecho. Por lo tanto, ¿qué puedo decirle? Que si me entero de alguna cosa, se lo haré saber. Usted no se lo creerá, pero ahora debo tratar de averiguar lo que ha ocurrido porque alguien quiere colgarme el muerto a mí. De modo que ¿puedo irme a casa o llamo a mi abogado?

Green se puso de pie.

—Te creo —le dijo—, aunque tu cerebro trabaja tan de prisa que te imaginas que te estoy tendiendo una trampa. Pero a medida que nos vayamos conociendo, Frank, habrá menos desconfianza entre nosotros, o por lo menos más respeto. Aquí está mi tarjeta, para cuando quieras llamarme.

El exdelincuente se sacó del bolsillo una cartera de piel negra y guardó en ella la tarjeta. Luego levantó la vista y le dijo a Green:

—Es mía, la he pagado.

Green le acompañó hasta las escaleras bajo la mirada impassible de McKibbon. Una vez de vuelta en el cuarto de la brigada, Green le dijo a su compañero:

—He fallado. De todos modos, no creo que él lo haya hecho, pero no he podido sacarle nada. A lo mejor es que he estado trabajando demasiado.

—¿No has podido con él, eh?

—Sam, ese listillo se ha puesto a analizar la táctica que empleo,

me ha descrito lo que yo estaba haciendo, y el muy cabrón tenía razón.

McKibbon trató de contener la risa.

—Si te prometo no contárselo al teniente, ¿me prometes no fumar estos cigarros apestosos en el coche? Uno tiene que tener la cabeza clara al llegar al lugar del crimen.

—Ese es el problema —dijo Green dejándose caer en una silla—, que mi cabeza no funciona como antes. No puedo concentrarme en lo que hago, o algo por el estilo.

—Si me perdonas la ordinariez —dijo McKibbon poniendo los pies encima de la mesa—, un hombre no puede estar tanto tiempo sin follar como tú has estado, sin que se le nublen las ideas.

Green mordió su cigarro.

—Era mucho peor cuando estaba casado.

Al salir de la comisaría, Stubblefield notó en la cara el frío de la noche de diciembre. Se detuvo y miró a un lado y otro de la calle, y al ver que estaba vacía, se acercó a un coche de policía que estaba aparcado enfrente y escupió en el parabrisas.

2

UN POCO ANTES DE MEDIANOCHE, el detective pasó ante la librería Ferdinand Morton Memorial situada en la plaza Waverly de Greenwich Village. Miró a través de la ventana del largo y estrecho local y vio que la propietaria estaba sola. Era una mujer de raza negra, atlética y delgada, de ojos grandes y profundos. Ella le saludó agitando la mano.

Green abrió la puerta, se acercó al mostrador y la mujer le besó en la mejilla.

—Es muy tarde, Emma —dijo Green—, te estás arriesgando demasiado.

—Nadie atraca una librería, Noah —dijo ella con una sonrisa—. Nuestros delincuentes son lo bastante listos para no perder el tiempo aquí, sobre todo habiendo una tienda de bebidas dos puertas más allá.

Green lanzó un suspiro.

—A lo peor eres tú quien les interesa. No solo de pan viven los ladrones. Pero no he venido a discutir contigo. Solo conozco a dos personas más tozudas que tú: el teniente y ese palurdo con el que consientes vivir.

—Solo me quedo hasta tan tarde cuando Bama tiene un bolo. Me encuentro muy sola en casa sin otra compañía que la de ese perro tan mal bicho, ese *Merle Haggard*. Lo odio con toda mi alma.

Green se echó a reír.

—¿Por qué no te compras en su lugar un perro negro y le llamas *Coleman Hawkins*? ¿Y esta noche dónde anda el palurdo con la

charanga?

—En un colegio mayor de Jersey.

—Muchas de esas jovencitas se lo comerán con los ojos.

Emma se desperezó y Green apartó la vista de aquel cuerpo fuerte y esbelto, tan flexible.

—Pues ya ves, Noah —dijo ella—, esta es la única preocupación que yo no tengo.

—Te equivocas si crees que aquí no corres peligro quedándote sola por la noche, o a cualquier hora. —Green contempló la mesa cubierta de volúmenes procedentes de restos de edición—. Pero tienes razón acerca de lo otro. En mi vida he visto dos personas tan bien avenidas como tú y Bama. Pero, sea como sea, hazme un favor, cierra ya la tienda.

—Media hora más —dijo Emma—. Tengo que acabar la lista para los próximos envíos. Me parece que hay un Chester Himes que tú todavía no tienes.

—Guárdamelo.

—¿No quieres saber el título?

—Si ya lo tengo, se lo regalaré a Sam por Navidad. Nunca ha leído nada de Himes, ¿puedes creerlo? Escucha, de ahora en adelante, por lo menos tráete a ese *Merle Haggard* a la tienda.

Emma se echó a reír.

—Si trajera a ese monstruo aquí, nadie se atrevería a entrar. Vamos, Noah, tú eres quien debería dejar el trabajo e irte a casa.

—Estoy nervioso, eso me ocurre algunas noches. Si me fuera a casa, volvería a salir en seguida.

—Ya, ya —dijo la propietaria de la librería.

Observó a Green mientras este salía, y vio cómo una vez en la calle se detenía a mirar un nuevo libro de John Coltrane expuesto en el escaparate. Luego Green le dijo adiós con la mano y se fue calle abajo.

Emma meneó la cabeza. «Noah, tan grande y que parece tan fuerte. Hasta que le miras a los ojos, los ojos más tristes que he visto en mi vida. Y no solo tristes sino hambrientos, deseosos de una mujer que nunca apareció y que nunca aparecerá. Como mi padre, siempre esperando a alguien o algo pero sin saber exactamente qué. Desde luego no era a mi madre».

Emma le sacó la lengua a la lista de los próximos envíos. Espera.

Miró hacia afuera, hacia la noche. «Si algo le pasara a Bama, Noah tal vez se decidiría. Le llevaría mucho tiempo pero seguramente trataría de intimar conmigo. ¿Qué haría yo entonces? Dejarle con las ganas, creo, o quizá no».

Ocurrió el lunes siguiente. Alguien telefoneó a las tres de la madrugada. Era el marido. Dijo que se había ido a acostar temprano, que no había oído nada pero que se levantó para ir al cuarto de baño y al ver que la luz seguía encendida en la cocina, entró y allí en el suelo había...

—He aquí nuestro próximo cliente —dijo McKibbon mirando por la ventanilla del coche—. Una de las ventajas que tenemos es que no nos hace falta andar por ahí buscando nuevos asuntos.

Green soltó un gruñido y el coche entró en una calle corta y estrecha del West Village. Frente a una casa de ladrillo marrón había un policía de uniforme y media docena de personas más.

—¡Mierda! —exclamó Green—. ¡Ya han llegado los periodistas!

—El difunto debe de ser de raza blanca —apostilló su compañero.

Green salió del coche con el ceño fruncido y McKibbon se acercó al policía. Una periodista alta y pelirroja se adelantó situándose frente a Green.

—Inspector Green —dijo.

—¿Cómo sabe que soy el inspector Green? —preguntó él a pesar de que había reconocido perfectamente aquel radiante rostro de irlandesa y aquel cuerpo esbelto.

—¿Acaso no lo es? —dijo ella con acento divertido—. Porque mi información proviene de fuentes por lo general muy fiables.

Green echó una mirada al policía que estaba hablando con McKibbon.

—Desconfíe de las fuentes que llevan pistola. ¿Cómo se ha enterado de este caso?

Shannon Leahy sonrió.

—Gracias a Guglielmo.

—¿Qué? ¿Quién?

—Guglielmo Marconi.

—Ya, pero la radio no sería nada si no contara con David

Sarnoff.

Green se alejó de ella y subió los escalones en pos de McKibbon.

—Le estaremos esperando, inspector Green —dijo la periodista en tono alegre.

Green se volvió.

—No pierdan el tiempo. Nunca hago declaraciones a la prensa hasta que el delincuente ha sido sentenciado. ¿Entendido, jovencita?

Shannon esperó hasta que él hubo subido los escalones.

—Oiga, Noah —dijo—, no me llame jovencita, mi nombre es Leahy, Shannon Leahy, del *Journal*. No se le olvide.

La puerta de la casa estaba entornada, y mientras entraban por ella, McKibbon le dijo a Green:

—Después de los jueces, los más cabrones son los periodistas. Por lo menos los jueces están quietecitos.

—Podré con ella —dijo Green.

—¿Qué quieres decir con eso?

En la enorme e impoluta cocina, brillantemente iluminada, solo se veía el cadáver, y a un policía de uniforme con las manos en los bolsillos.

McKibbon inclinó la cabeza en señal de aprobación, y le dijo al policía, un tipo de cabello negro y bigote gris:

—¿Dónde ha aprendido usted eso?

—Del teniente Riordan cuando estaba en esta comisaría. «Métense las manos en los bolsillos hasta que llegue el inspector —solía decir—, así estarán seguros de no tocar nada».

—¿Cómo han podido entrar? —preguntó Green con brusquedad.

—El marido me ha abierto, cuando he llamado a la puerta con los nudillos. Dice que no estaba cerrada, aunque él mismo la cerró antes de irse a la cama. La he dejado entornada para que ustedes pudieran entrar sin tener que tocar el pomo.

—Y a nosotros el bendito teniente nos habría dicho —McKibbon recitó con voz suave mirando de reojo a Green—: «Tomen nota no solo de lo que vean sino de lo que no vean pero que debiera encontrarse allí». Como por ejemplo...

—Dejemos de lado el catecismo —dijo Green en tono áspero.

Contempló el cadáver desde el umbral. Era el cuerpo de una mujer bien conservada y atlética de unos cuarenta años, que debía de medir algo más de un metro sesenta de altura y que tenía el cabello tan negro como el de una india. Estaba echada sobre el costado derecho y de su espalda sobresalía el mango de hueso de un cuchillo, hundido casi hasta la empuñadura. Presentaba muchas otras heridas, en la cara, el cuello, el pecho, en los muslos y en las nalgas.

Avanzando con cuidado para no pisar la sangre, McKibbon se arrodilló y observó aquel trabajo de artesanía hecho con pasión.

—Quienquiera que haya sido el asesino —dijo—, parece haberle tomado gusto a la faena.

Se inclinó sobre el cuerpo para examinar los antebrazos, las palmas y los dedos de la víctima, que no mostraban ningún corte.

—La ausencia de heridas en las manos —dijo levantándose— demuestra que no trató de defenderse.

—¿Dónde coño están los chicos encargados de examinar el lugar del crimen? —preguntó Green al policía de uniforme.

—En seguida vendrán. Primero tenían que ir a otro sitio, ya sabe la cantidad de trabajo que tienen. El marido quiere hablar con usted.

—Pero ¿está en condiciones de hablar?

—No hace otra cosa —respondió el policía—. La verdad es que no se puede decir que esté muy afligido, pero el teniente Riordan solía decirnos que no se puede deducir gran cosa de las reacciones de los familiares y allegados. Para ellos todavía no es un hecho real, ¿sabe?

Green le dirigió una mirada furibunda.

—¿Por qué no se saca las manos de los bolsillos y se las mete en la boca? ¡Las dos!

—Me llamo Burton Ginsburg.

El viudo era un hombre alto y delgado de cabello rojizo. Le tendió la mano a McKibbon, luego a Green y de pronto se interrumpió mirando el cadáver. Hizo un gesto como si fuera a tocarlo, retiró el brazo y vomitó en el suelo.

—Les pido disculpas —dijo Ginsburg—. Voy a buscar unas

servilletas de papel.

—No. —Green sacudió la cabeza al tiempo que se volvía—. A lo mejor toca algo que podría constituir una prueba. ¿Podemos ir a otra habitación?

Ginsburg les condujo a un pequeño estudio cuyas cuatro paredes estaban cubiertas hasta el techo de estantes repletos de libros. Green observó que los volúmenes guardaban una alineación tan perfecta que resultaba deprimente. Al mirar por la ventana vio cómo Shannon Leahy le saludaba con la mano en un ademán que tanto podía ser amistoso como burlón. Green no le devolvió el saludo.

—Perdone nuestra intrusión —comenzó Green.

—No se preocupe —dijo el viudo—. Lo que ha ocurrido ahí dentro..., bueno, de hecho no lo he visto como algo real hasta hace un momento.

McKibbon emitió un sonido, que esperó pudiera interpretarse como una tos. Green empezó el interrogatorio, y su compañero, al oír unas voces procedentes de la puerta de entrada, se levantó.

—Quiero fotos de todo —dijo Green—, del techo, de todo. Fotos claras, ¿de acuerdo?

—¡Hombre! —dijo McKibbon al salir— y yo que creía que eras partidario de la acción directa.

Los Ginsburg llevaban casados casi seis años. El marido era profesor adjunto de lengua inglesa en la Universidad de Nueva York. Kathleen Ryan Ginsburg realizaba trabajos editoriales por su cuenta y trabajaba también por horas como redactora y a veces como mecanógrafa.

—Esta mañana Kathleen tenía que entregar un manuscrito —dijo el profesor—, una novela muy larga. Cuando alrededor de las doce de la noche me fui a acostar, todavía le quedaba mucho que pasar a máquina.

—¿Trabajaba a menudo hasta tan tarde? —preguntó Green.

—Era un ave nocturna, generalmente trabajaba toda la noche. Yo no soy así. Además, a menudo le encargaban trabajos urgentes.

—¿Dónde solía trabajar?

—En la cocina. Decía que allí había mejor luz que en todo el

resto de la casa.

—¿Bebía?

—Café, a todas horas.

—¿Se le ocurre quién puede haberla matado?

El profesor pareció sobresaltarse.

—Ni siquiera he pensado en eso. Un ladrón, supongo, ¿quién sino? Desde luego, no puede haber sido nadie que conozcamos.

Green sacó un puro y lo encendió.

—No se lo tome a mal, pero... ¿ustedes se llevaban bien?

Ginsburg miró fijamente el cigarro.

—¡Oh! —exclamó Green—, ¿le molesta que fume?

—Me temo que sí. En esta casa procuramos que nadie fume, el humo nos pone malos. Es casi lo único en que estábamos de acuerdo.

Green aplastó el puro para apagarlo.

—De todos modos acabará enterándose —dijo el profesor—, así que se lo voy a decir. Ella me despreciaba, decía que yo era débil porque soy pacífico y estoy en contra de la violencia. Lo estoy de verdad, y no solo en teoría: durante la Segunda Guerra Mundial serví tres años en calidad de objetor de conciencia por motivos no religiosos. Kathleen decía que la no violencia era la manera de ocultar la cobardía tras una cortina de encaje. También decía, con una expresión muy suya, que era no tener cojones. A veces me daba un puñetazo en el estómago con todas sus fuerzas.

—¿Y usted nunca reaccionó violentamente?

—Nunca. Si le pusiera la mano encima a alguien, mi vida entera sería una mentira. También disentíamos en otras cosas: soy vegetariano y ella no; Kathleen pensaba que el psicoanálisis es una estupidez y yo he estado en tratamiento psicoanalítico; le encantaba la música *country* y yo no puedo soportar esos gimoteos empalagosos.

—¿Y en la cama? —preguntó suavemente Green.

—No creo que deba contestar a esta pregunta.

—Bueno.

—No hemos hecho el amor en los últimos cuatro años más o menos.

—¿Y por qué seguían viviendo juntos?

—Puede que usted no lo entienda, pero resulta que nos

queríamos.

—No es la primera vez que me encuentro con un matrimonio de estas características, tanto en las novelas como en la vida real.

McKibbon volvió a entrar.

—Es un buen equipo —dijo—. Les he explicado lo que queremos y de paso he echado un vistazo por ahí. La puerta trasera tiene corrido el cerrojo y las ventanas están bien cerradas. No hay señales de que nadie haya intentado forzar la entrada, ni siquiera en la puerta principal.

—Bueno, a la vista de eso, supongo que ahora me recitarán mis derechos —dijo Ginsburg mirando a Green.

—No, señor. Dejando a un lado el lugar común de que todo el mundo es sospechoso, de momento, lo que se dice un sospechoso, no tenemos ninguno.

—En este caso —Ginsburg se levantó y siguió hablando con la misma calma de antes—, preferiría contestar mañana al resto de sus preguntas. Tendré la mente más despejada, pues, aunque pensaba que podría sobrellevar bien esta situación, estaba equivocado. —Le dio a Green su número de teléfono de la universidad.

—¿Va a ir a dar clase mañana?

—Tengo mis obligaciones.

Green también se puso de pie.

—Gracias, profesor. Oh, para mañana, ¿podría hacerme una lista, por escrito, de todos los amigos y conocidos de su mujer, incluidos los que ambos tenían en común? Escriba también la clase de relación que les unía, y añada toda la información que pueda acerca de todos ellos, incluyendo su dirección y número de teléfono.

—No será muy larga —dijo Ginsburg—, no frecuentábamos a mucha gente.

—Muy bien. Solo buscamos a una persona.

En el coche, McKibbon emitió una tosecilla de aviso al ver que Green se disponía a encender un puro.

—Mierda —dijo su compañero—, ¿de veras pretendes que mantenga esa promesa?

—Coño, todo el departamento sabe que Noah Green nunca falta a su palabra. Y todos los soplones del municipio lo saben también.

—¿Qué piensas del caso? —Green volvió a guardarse las cerillas en el bolsillo.

—Demasiado sencillo, joder. Nadie ha forzado la entrada, y el marido nos cuenta lo mal que iba su matrimonio. Lo único que falta es su confesión. No me gusta.

—Por otra parte, podría haber sido él.

—Eso en el fondo no lo crees, por instinto.

—No. —Green se sentía muy cansado—. Pero sé desde hace mucho tiempo que no debo fiarme de mi instinto, porque puede que trabaje en favor del enemigo.

—Oye, ¿qué vamos a decirle al teniente? —preguntó McKibbon alisándose el bigote.

—De momento, le diremos que el profesor es el sospechoso número uno, pero que no tenemos pruebas suficientes para arrestarlo y que, además, es el clásico tipo que se delata a sí mismo en cuanto le haces creer que está libre de sospecha. Y además es verdad.

—Bueno, díselo tú, Noah, cuando yo no esté delante. — McKibbon paró el coche ante un semáforo en rojo—. Oye, a la mujer también la golpearon en la parte de atrás de la cabeza, todavía no saben con qué. Pero eso no fue lo que la mató.

—Ya lo sé —dijo Green masticando el cigarro sin encender—. La he visto. ¿Es posible que un revientapisos apuñale a alguien de ese modo?

—Sí, si está loco. ¿Crees que, por el hecho de no ser atracadores, los revientapisos no pueden estar chalados?

3

EL PERRO, que un ciudadano apocado hubiera podido tomar por un lobo, era de color crema, tenía una mirada siniestra y orejas de demonio. Lanzó un gruñido de compromiso cuando el violinista abrió la puerta tan suavemente como pudo.

—Buenas noches, *Merle Haggard* —susurró Alabama Dixon con toda la autoridad que es posible expresar en un susurro. El perro le volvió la espalda, se dirigió a la cocina y allí se tumbó en el suelo en su rincón favorito, junto a los hornillos.

—Ya hay que decir «buenos días», Bama —contestó una voz desde el salón—. Hace rato que ha pasado la medianoche.

El músico era alto y flaco, tenía finos cabellos castaños, los ojos de un azul muy claro y un rostro que parecía tallado en madera. Entró en el salón, dejó la funda del violín sobre un asiento, y acercándose a Emma, que estaba arrellanada en una mecedora situada junto al ventanal, la besó en la cabeza.

—Ese muchachito hebreo que toca el banjo...

—Judío —dijo ella.

—Bueno, judío, ¿qué más da? Sea como sea, el cabrón no puede tener más de dieciséis años. Se puso a tocar con nosotros. No ha estado nunca en el Sur, no ha bajado más allá de Atlantic City, pero ¡Dios, cómo toca! Podría darle lecciones al mismo Earl Scruggs. De modo que después de la actuación nos fuimos a los dormitorios y seguimos tocando. El chaval conoce toda la música que ha sido grabada en disco, sabe más de Buell Kazee que yo mismo. ¿Te acuerdas de *Steel A-Goin' Down*?

Plantado delante de ella, Bama se puso a cantar con su voz aguda, que tenía un deje de soledad:

*In the evenings burns a light soft and low
In that little shanty where I long to go.
Steel a-goin' down, and my
hammer's
gettin' heavy.
I'm
a gettin' weary.
I'm
a goin' home.*

Emma sonrió y aprobó con la cabeza.

—¿Suenan así la voz del chico?

—No, gracias a Dios. Ese chico judío tiene una voz que suena como si le persiguiera una jauría. Pero, coño, Emma, ¿cómo es posible que toque el banjo de un modo tan «sureño»?

—Ya nada es patrimonio de nadie, somos como una gran familia desastrosa. ¿Te apetece una copa, Bama?

—Claro, una bien grande, y no solo eso.

—Lo sé, pero veo que estás rendido. No querrás quedarte dormido mientras hacemos el amor. Estaré todavía aquí cuando te despiertes, la tienda puede esperar.

Bama se dejó caer sobre la abigarrada manta india que cubría la cama.

—¿Qué ha ocurrido hoy? —Bama bostezó.

—Nada. Esta noche Noah pasó a verme. Bama, ese hombre tiene un vacío interior.

—Sí, y cada vez se le hace más grande. Pero él trata de tapárselo a su manera, porque por encima de todo lo demás, es un hombre que tiene su orgullo. Vaya, tiene más temple que mi padre.

—Tu padre —dijo Emma— estuvo emborrachándose hasta acabar consigo mismo.

—Sin embargo, nunca se quejó. Tenía muchas cosas que le roían las entrañas pero nunca se quejó ante nadie. Eso es lo que cuenta.

—¿Qué es lo que cuenta, Bama?

Pero el músico ya se había dormido.

Green oprimió con su grueso pulgar el botón del despertador al tiempo que salía pesadamente de la cama. El *Daily News*, que yacía sobre ella abierto por la página de las historietas, salió despedido y fue a reunirse en el suelo con los pantalones y los zapatos. Todavía vestido con los calzoncillos de la víspera, Green se encaminó al cuarto de baño, cerró la puerta y, después de examinar su rostro ajado de barbilla ridículamente pequeña y sus profundas ojeras surcadas de arrugas, le dijo a aquel otro yo que le miraba burlón: «Probablemente estará casada, seguro que está casada. Con ese cuerpo, esa sonrisa, y esa voz como la de Margaret Sullivan..., ¿por qué no va a estar casada? O bien estará divorciada y andará por ahí follando a casi todos los periodistas de la ciudad, igual que una *shikseh*^[*]. Te contagiará cualquier porquería. Y de cualquier modo, seguro que es antisemita. ¿Se llama Leahy, no? ¿*Vo den?*^[*]».

Quince minutos más tarde Green salía del edificio de apartamentos situado en la parte alta de West Side. Vio las sillas de ruedas y comprobó la hora en su reloj de pulsera: las 8:40

. ¡Qué puntualidad! Un chico delgado de unos veinte años hacía avanzar su silla de ruedas dándole impulso a las ruedas traseras; a su lado una muchacha regordeta, tal vez un año más joven, hacía lo mismo, iban charlando muy sonrientes, con los libros bien sujetos con una correa en el regazo. Todavía les quedaban por recorrer seis manzanas para llegar a la Universidad de Columbia. Las semanas en que a Green le tocaba el turno de noche y dormía por las mañanas, el inspector sentía mucho no verlos.

Mientras se dirigía al garaje, Green divisó, recortada sobre la vitrina de una papelería, la silueta espectral de un hombre encorvado que parecía ir escuchando una conversación fascinante. Tendría algo más de cuarenta años, aunque habría resultado difícil precisar cuántos más. Llevaba una chaqueta de pana de color marrón claro, una gorra de pana verde, una camisa rosa de Brooks Brothers muy abierta en el pecho, pantalones de grueso algodón de la misma marca, y sobre el hombro una raída bolsa verde para libros. Tenía los rasgos de un bebé, de un bebé bastante atractivo, pero muerto.

Green y el hombre no se saludaron, pero en lugar de continuar hacia el garaje, Green siguió al hombrecillo y lo vio entrar en un

café cercano a la universidad. Green también entró, encontró un compartimiento libre en el fondo, y en seguida el gnomo apareció ante él. Ninguno de los dos dijo una palabra hasta que la camarera los hubo dejado solos después de tomar nota de sus pedidos.

El gnomo sonrió mostrando una dentadura perfecta de color púrpura pálido.

—Es usted el primero en ver este color —dijo—, el color número siete. En cuanto logre introducirlo en el mercado, esta mierda de país será todo sonrisas.

—¿Y tu polla qué, también hace juego?

Crocker Whipple se rio educadamente.

—Hay que ver lo anticuado que está, Noah. En mi ambiente eso se viene haciendo hace tiempo, ¿quiere verlo?

—No, gracias, estoy a régimen. ¿Sabes algo?

—Todavía no. Pero me imaginé que me pediría que escudriñara los recuerdos vivientes de Kathleen Ryan Ginsburg, y ya he empezado la investigación histórica.

La camarera trajo dos raciones de huevos con bacón, café para Green y té para Whipple. Cuando este le dedicó a la mujer una amplia sonrisa de agradecimiento, la camarera se llevó la mano a la garganta con un ademán de angustiada sorpresa.

—La próxima vez que venga aquí, guapa —le dijo Whipple regocijado—, te enseñaré la de jade. Es más discreta, pero le deja a uno pasmado.

La camarera se alejó a toda prisa y Whipple pinchó con el tenedor una loncha de bacón.

—Me ha llamado —le dijo a Green— porque quiere saber si la Ginsburg era lesbiana o no. ¿Cómo se le ha ocurrido esta idea tan sagaz?

—Por ninguna razón especial; porque a estas alturas todo el mundo parece ser marica o lesbiana, ¿no es así?

—¡Qué ocurrente es, de verdad! Seguro que la mayoría de la gente no conoce esta faceta suya, solo se fija en su apariencia tan severa. ¡Ay!, Noah, esperemos que un día ya no tengamos que vemos de escondidas, que llegue el día en que podamos pasearnos cogidos del brazo por la Quinta Avenida.

—Mejor aún —dijo Green levantándose—, te llevaré conmigo a la *shul*^[*] el próximo día de Yom Kippur^[*].

Incluso cuando estaba sentado, el teniente Fortunato Randazzo parecía un jugador de fútbol americano dispuesto a saltar sobre su oponente para derribarlo. Era un hombre fuerte y grandote de unos cincuenta años, tenía espesos cabellos negros muy rizados, agudos ojos grises y unas manos siempre inquietas. Estaba examinando un fichero de los asesinatos por resolver, deteniéndose de vez en cuando para tomar unos caramelos ácidos que sacaba de un tarro de farmacia colocado sobre su mesa.

—Es un trozo de carne —dijo Randazzo deslizándose una fotografía hacia Green y McKibbon—. No tiene cabeza ni brazos ni piernas. La corriente del Hudson podía haberlo empujado hasta Midtown North pero no, ¡qué va!, ha tenido que dejarlo aquí para joderme el parte de crímenes resueltos. Creo que prefiero enfrentarme al ataque de una pandilla, por lo menos puedo ver alguna cara.

—Pero salimos mejor parados si nos las habemos con un trozo de carne —dijo McKibbon.

—Dices eso —Randazzo se inclinó hacia ellos por encima de la mesa y hundió el dedo índice en el hombro de McKibbon— porque vosotros dos estáis empeñados en que esa clase de hispanos e italianos tiene poderes mágicos cuando se trata de cometer un asesinato. ¡Mierda!, esas monadas de los suburbios no desaparecen de la faz de la tierra una vez han cometido el crimen. Nos damos por vencidos demasiado de prisa. Os voy a enseñar cómo se hace, cabezotas. La próxima vez que esto ocurra, me ocuparé personalmente del caso. Sé cómo piensan esos tipos grasientos, crecí en medio de ellos. Lo mismo que tú —dijo mirando a McKibbon— sabes mejor que nosotros lo que piensan los negratos malos.

—Sí, señor —dijo McKibbon apretando la cazoleta de su pipa—. Cuando me vea ante un caso difícil, no tengo más que bucear en el inconsciente colectivo de mi raza.

—¡Me cago en...! —Randazzo pegó un puñetazo en la mesa—. No hago más que pensar en ese trozo de carne, sueño con él. Y el soplapollos que me hizo este regalito se está riendo de mí, se va a la cama tan contento riéndose de mí. ¿Sabéis cuál será mi último pensamiento cuando me llegue la hora final?

—El trozo de carne —dijo McKibbon con prontitud.

—¡No! —rugió Randazzo—. ¡No! Serán otros fracasos los que me

amargarán los últimos segundos de vida, otros fracasos peores, como mi fracaso en capitanear e inspirar a mis hombres. Como lo que ocurre hoy, en la tarde siguiente al brutal asesinato de una mujer casada en su propio hogar, cuando dos de mis hombres, sentados en mi despacho, me dejan hablar y hablar sin decirme lo que ellos tendrían que decirme. No habéis conseguido nada, ¿no es verdad?

—No para poder arrestarle —dijo Green—, pero...

—No hay huellas en el cuchillo. —Randazzo golpeteó con los dedos en la superficie de la mesa—. No hay huellas en toda la casa, excepto las de Kathleen y el profesor, ¿verdad? Verdad. No hay marcas en las ventanas, que estaban cerradas, igual que la puerta. Sin embargo, la puerta principal no estaba cerrada. El profesor dice que la cerró con llave, pero también pudo haberla abierto. ¿Por qué os estoy diciendo todo esto?

—¿Cree que deberíamos haberlo arrestado? —dijo Green.

—El caso es vuestro —dijo Randazzo—, no mío.

—Ese hubiera llamado a un abogado —dijo Green, que acababa de descubrir unos caramelos y los miraba fijamente— y entonces se habría acabado mi interrogatorio. A ese pájaro hay que trabajarlo con cuidado.

Randazzo cogió un caramelo del tarro y se lo tiró con fuerza a Green, que lo agarró en el aire.

—Bueno, nunca sabremos si hubierais podido obtener una confesión inmediata. —El teniente blandió el puño ante la fotografía del torso—. Pero puede que tengáis razón, más os vale. —Miró a McKibbon—. ¿Qué hay acerca del peinado de la zona?

—Vinnie ha empezado esta mañana a eso de las ocho —contestó McKibbon— y todavía no hay nada. La mitad de los vecinos de esa calle, o bien se van a trabajar prontísimo o vuelven a casa a altas horas. Los demás dormían profundamente y no oyeron nada. Y no saben nada de los Ginsburg, que era una pareja muy poco sociable. Tan poco sociable que la gente del barrio apenas los vio nunca juntos. Noah y yo vamos a ir allí esta noche.

Randazzo le tendió el tarro medicinal a McKibbon que sacudió la cabeza.

—He comprobado los antecedentes del viudo. —McKibbon sacó la pipa—. Ha cumplido condena, pero solo lo que dijo, dos años y

once meses. Se negó a hacer el servicio militar, se negó a hacer un servicio civil sustitutivo, incluso hizo huelga de hambre una temporada. Pero luego el señor Ginsburg decidió que no tenía derecho a morir mientras el mundo estuviera en guerra e hicieran falta luchadores por la paz. No fue una decisión tomada mediante una votación entre sus compañeros de talego, pues de haberles escuchado, el señor Ginsburg no ocuparía nuestros pensamientos esta mañana.

—¿No lo querían los demás presos? —preguntó Randazzo.

—Sus compañeros pacifistas querían estrangularlo. Los tres con quienes he podido hablar no han sabido explicarme bien por qué. Dicen que tenían unas ganas enormes de estrangularlo. No me extraña demasiado, porque es un tipo viscoso.

—¿Y tú qué tienes que decirme? —preguntó Randazzo volviéndose hacia Green.

—He ido a escuchar la conferencia del profesor esta mañana. Nadie diría que ha habido una muerte en su familia. Luego me ha dado la lista de los amigos y conocidos de su mujer, una lista larguísima: siete. Dice que ella no vio a ninguno de ellos durante los últimos dos meses, pues no hacía más que trabajar, leer, ir a la biblioteca pública o discutir con él. Después el profesor se ha tenido que ir a dar una clase, pero él y yo vamos a vernos mucho a partir de ahora.

—Tal vez debieras matricularte —dijo Randazzo—, por si necesitas un título para encontrar otra clase de trabajo.

Green pasó por alto este consejo y le explicó al teniente la tarea que le había asignado a Crocker Whipple.

—Puede descubrir cosas que de manera legal no podemos.

Randazzo emitió un gruñido.

—Gentuza. Odio tener que utilizar a maricones, no me gusta otorgarles ninguna clase de legitimidad.

—Es de fiar —dijo Green—. Nunca nos ha dado gato por liebre.

—¿Cómo lo sabes? —Randazzo se puso de pie para expresar con más fuerza sus sentimientos—. ¿Cómo puedes decir que un tipo que le da a otro por detrás es de fiar? Y otra cosa, Noah, cada vez que te entrevistes con ese maricón, lávate las manos antes de venir aquí, ¿entendido?

Randazzo se acercó a la ventana, se dio la vuelta y dijo:

—Señores, en circunstancias normales (términos que aquí resultan cómicos) puede que estéis iniciando la investigación de una manera más o menos correcta, pero yo no veo que os estéis rompiendo los cuernos ni en nombre de la difunta ni en el de vuestro amado jefe.

»¡Oídmelo! —Randazzo se había sentado de nuevo y se inclinó hacia ellos por encima de la mesa—. Este homicidio no se ha cometido en la avenida A. Esta señora ha sido hecha picadillo en una vecindad en la que residen por lo menos un par de jueces de la Corte de lo Criminal y un juez del Tribunal de Casación, además de una carretada de psiquiatras, escritores, abogados y yo qué sé más. Y donde el alcalde tiene todavía un apartamento.

»Este año podremos apuntarnos un setenta por ciento de casos resueltos, pero si no solucionamos este caso, dará lo mismo. Vamos a quedar como gilipollas, sobre todo yo, porque tanto la prensa como la municipalidad van a estar vigilando este caso sin perder de vista el calendario, ¿está claro?

El teniente miró a Green, y este dijo:

—Yo no pienso de este modo, y usted lo sabe.

—Me importa un carajo lo que pienses —dijo con calma Randazzo—. Y perdona. Tú tienes ideas igualitarias, crees que todos los cadáveres deben ser tratados por igual. Pero yo, dado el cargo que ocupo, tengo que bregar con el mundo real, y el mundo real me agarra por los huevos y me dice cuál es el orden de prioridades que tenemos que observar.

Sam McKibbon dio unos golpecitos a su pipa para vaciar la ceniza.

—Y esas prioridades nunca cambian de color, ¿verdad? —preguntó.

—¡Coño! —gritó Randazzo—. Si Kathleen Ryan Ginsburg fuera una *shvartzeh*^[*] y hubiera sido asesinada en esa casa y esa vecindad, estaría diciendo exactamente lo mismo, joder. ¿Cuándo vais a aprender que lo único que importa es la clase social? No el color. Por supuesto, he usado la palabra *shvartzeh*^[**] en sentido cariñoso.

—¡Vaya por Dios, teniente! —dijo McKibbon—, creo que esto último es verdad. Muy bien, voy a imaginarme que Kathleen es una *shvartzeh*^[***] de clase alta.

—Y a ti, ¿qué es lo que va a motivarte? —Randazzo miró a

Green.

—Ya se lo he dicho, yo no tomo parte en este juego, me rompo las pelotas por todos ellos. —Y Green salió del despacho.

—¿Qué demonios le preocupa? —preguntó Randazzo.

—¿Cómo quiere que un *shvartzeh*^[****] sepa lo que les preocupa a ustedes?

4

GREEN, a través de la ventana de la oficina general, contemplaba a los buenos ciudadanos que regresaban apresuradamente a sus hogares en el temprano crepúsculo invernal. Se repitió a sí mismo que no les tenía ninguna envidia.

—Creo que lo mejor será que empecemos a las siete y media —dijo McKibbon—. Habrán cenado, habrán visto el telediario y estarán mirando la película.

Su compañero hizo un movimiento de afirmación con la cabeza. Sonó el teléfono.

—Aquí Green.

—Connie quiere invitarle a una copa —dijo Crocker Whipple con su voz de suavidades de vainilla.

—¿Solo has podido conseguir que me invitara a una copa?

—¡Caramba...! Si esa invitación significa muchísimo... —dijo Whipple—. Porque Connie no ha cambiado sus costumbres. Los machos solo entran allí con un permiso especial, en el local, quiero decir.

—Muy bien. ¿Has encontrado algo acerca del viudo entre tus tristes gentes?

—Todavía nada, pero acabo de empezar a husmear. Seguiré en contacto con usted, encanto.

Green se dispuso a encender un cigarro.

—Procura que tus partes públicas no acaben tiradas en el rincón de los desperdicios —le dijo riendo a Whipple.

—Eso le hace gracia, ¿no? —dijo Whipple—. Pues cuando esté

en el compartimiento contiguo, hágamelo saber.

Green colgó el teléfono con una sonrisa y se volvió a su compañero.

—Creo que tenemos una pista sobre Kathleen; Connie quiere verme.

McKibbon asintió con la cabeza.

—Bueno, eso cuadra. Aunque Kathleen no hubiera sido rara antes de casarse con el profesor, se habría vuelto así después de vivir un año con él.

El teléfono volvió a sonar.

—Green al habla.

—Soy Shannon Leahy, del *Journal*, ¿me recuerda?

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Es a la inversa, es posible que tenga una pista acerca del asesinato de la Ginsburg. No tiene que ver con su pasado ni el de su marido, pero puede serle útil a usted.

—Pensaba que los periodistas se negaban a actuar de brazo de la policía —no pudo evitar decir Green.

—Hubo un policía en mi familia —dijo ella—, pero váyase al cuerno.

—Espere, también creía que los periodistas tenían la respuesta siempre a punto pero sin tomarse las cosas tan en serio. Ahora tengo que salir, sin embargo podríamos vernos alrededor de las once y media, ¿no? En

Rafferty's

, entre la Séptima avenida y la calle Veinticinco. Es un bar de ínfima categoría, de esos que tienen máquina de discos y televisor funcionando al mismo tiempo.

—Llevaré un ejemplar del periódico de la tarde.

—Oh, ya la conozco, nunca olvido una cara de peligroso atractivo. O un trasero —añadió, después de colgar.

—¿Qué has dicho? —dijo McKibbon mirándole.

—Esa periodista del *Journal*, ¿cómo se llama, Leahy?, dice que es posible que sepa algo acerca de Kathleen. Dios se está portando bien con nosotros esta noche, lo que significa que mañana nos va a joder.

—Pero ahora te vas a ver a Connie, ¿no? —preguntó McKibbon.

—Sí, antes de que ella cambie de parecer. Ya sabes que no le

gusta nada hablar. ¿Podrás ocuparte del peinado de la zona?

—Claro. —McKibbon se recostó en su asiento—. Empiezo a sentir lástima de ese profesor, no es más que un *pisher*^[*]. Si es cierto lo que sospechamos de Kathleen, va a quedar como un *shmuck*^[*]. ¿Te los imaginas a los dos en la primera plana del *Post*? ASESINATO DE UNA LESBIANA, ESPOSA DE UN PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVA YORK. —McKibbon se permitió una breve sonrisa—. ¿Y dónde vamos a encontrarnos? —preguntó.

—Lláname a

Rafferty's

—dijo Green—, alrededor de las once y media.

Un joven policía de paisano se acercó a la mesa de McKibbon. Iba perfectamente disfrazado de pordiosero con un mugriento abrigo de ropa liviana de cuyo bolsillo sobresalía una botella, mal disimulada dentro de una bolsa de papel.

—¡Eh! —les dijo señalando hacia el despacho del teniente Randazzo—. ¿Habéis visto el último?

Green y McKibbon se asomaron a la puerta, y en la pared del fondo, cubierta de fotos, placas y aforismos, vieron un papel enmarcado que llevaba las siguientes líneas escritas a máquina:

SI DIOS NO ESTUVIERA A FAVOR DE LA SEVERIDAD
NOS HABRÍA DADO «LAS DIEZ SUGERENCIAS».

Green había esperado encontrar el habitual *swing* suave del piano y el contrabajo acompañando a la cantante delgada de ojos abstraídos y voz ronca cuya entonación, íntima, a Green siempre se la ponía dura, a pesar de saber lo que era la chica; o tal vez, ¿por qué no?, precisamente por saber lo que era. Sin embargo, esa noche Green oyó, a media manzana de distancia del local de Connie, los acentos duros, ásperos y clamorosos de un saxo tenor. Este lanzaba arpeggios ascendentes y descendentes no del todo en armonía con los acordes del acompañamiento, y para cuando Green estuvo ya junto a la puerta, el saxo comenzó a destrozar la melodía de tal modo que el

detective ya no supo qué melodía estaba interpretando. La joven que emitía aquellos sonos desagradables y chirriantes parecía más pequeña que el instrumento. Tenía un aspecto frágil pero duro, los cabellos ensortijados en ricitos minúsculos y tocaba con los ojos cerrados y medio agachada como si se dispusiera a saltar con propósitos asesinos.

El bar de Connie era una habitación pequeña y cuadrada de luces tenues, cuyo rasgo más sobresaliente era una pulida barra de caoba rojiza que hacía juego con las dos camareras pelirrojas que la atendían. Connie estaba de pie junto a un extremo de la barra. Era una negra de piel muy oscura y de más de un metro ochenta de estatura, cuyo rostro de nariz aguileña parecía el mascarón de proa de un barco pirata.

—Te aseguro que echo de menos a Ben Webster —le gritó Green al oído.

Connie se echó a reír y le contestó:

—Y a Don Byas. De los que sabían sacar aquel sonido tan fuerte y puro ya solo queda Lockjaw, y es mayor que nosotros.

La pieza llegó a su fin, y Green aplaudió con entusiasmo, contento de poder disfrutar de un descanso.

—Pero una ha de estar al día si quiere mantener el negocio —dijo Connie—. ¿Sigues tomando Cutty Sark? —preguntó mirando hacia la camarera.

—No, gracias. Tomaré un Club soda. He decidido dar buen ejemplo a los jóvenes del cuerpo de policía.

—¡Gilipollas! —Connie casi escupió esa palabra.

—¿Por qué dices esto? —dijo Green mientras miraba el ceñido trasero de la joven que con tal ferocidad había tocado el saxofón—. Muchos de ellos han recibido una instrucción más esmerada que nosotros.

—Son fríos como el hielo, Noah. Por lo menos los de tu generación tenéis cierto calor en la mirada, pero esos mierdosos carecen de expresión. Son como de otro planeta y para ellos los nativos de este lugar no somos humanos.

Green se rio y dijo:

—Son del planeta Long Island.

—Exacto —dijo Connie—. Viven en unas ciudades de mierda y cuando vienen aquí están deseando volver a su calle de las Lilas

donde todos los vecinos son una copia exacta de sí mismos, unos seres borrosos. ¡Joder!, ¿cómo puedes tratar con semejantes tipos?

Green tomó un sorbo del Club soda.

—Bueno, habla ya, coño —dijo Connie poniendo un largo dedo en el brazo del detective.

—Kathleen Ryan Ginsburg.

—Pensé que no me lo ibas a preguntar nunca. Vamos. —Le indicó a Green que la siguiera hasta un pequeño despacho que había detrás del bar. Contenía dos sillas y una mesa de metal encima de la que había una columna de alta fidelidad. En las esquinas opuestas del despacho se veían dos viejos altavoces KLH y en el suelo había varios montones de discos.

—No suelo ser muy efusiva, Noah —prosiguió Connie cuando se hubieron sentado—, pero quiero que sepas lo mucho que te agradezco tu intervención ante los inspectores de la expendeduría de bebidas alcohólicas. ¡Coño!, no tenía idea de que aquella putilla tuviera catorce años. Hoy día ya no se puede saber la edad de las personas, por lo menos en esta ciudad. Ves a un bebé en un cochecito, y el cabrón ya está traficando.

—Háblame de Kathleen —dijo Green.

—Solía venir por aquí, más o menos una vez por semana. Venía de caza, y cuando se encaprichaba con una tía, ponía tal empeño que se la hubiera llevado a rastras. Era casi patético, y llegó un momento en que las clientes habituales hacían como que no la veían. Eso la ponía furiosa. Tenía el mismo temperamento que esa mala bestia que toca el saxofón. Uno toca como lo que es, y esa música lleva el sello de lo que es esa guarra. Es de Texas. Lo raro es que Lyndon Johnson no nos hiciera saltar a todos por los aires.

—Kathleen —dijo Green.

—Le prohibí volver por aquí —dijo Connie—, hace un mes. Porque cada vez que la veía entrar se me revolvían las tripas, y no tengo por qué sentirme mal en mi propio local. Si no, ¿para qué demonios sirve el capitalismo?

—¿Cómo se lo tomó?

—No volví a verla hasta que salió en los periódicos. Entonces me enteré de cómo se llamaba.

—¿Sabes lo que hacía fuera de tu local, antes o después de que le prohibieras la entrada?

Connie miró a Green.

—No tengo por qué informarte de lo que ocurre fuera de mi casa.

—No has leído la letra pequeña. —Green sacó un cigarro—. ¿Te importa?

—De veras que no sé nada —dijo Connie con frialdad.

—¿Estás protegiendo tu propio trasero o el de otra persona?

Connie sopló para ahuyentar el humo.

—Esta es una película muy vieja —dijo—. De verdad que no sé nada.

—Te lo preguntaré otra vez —dijo Green—, pero solo una vez más. A menos que ya no te guste tu local.

—Intentó apalizar a dos de mis habituales, no aquí, pero esta es la razón por la que le prohibí la entrada.

—Necesito que me digas sus nombres.

—Esas mujeres no son capaces de matar a nadie.

—No me vengas con esas. Has vivido lo suficiente como para saber que no me lo voy a tragar. —Green se puso de pie.

—En mi vida he delatado a nadie —dijo Connie.

—Sobre todo si el difunto es blanco.

—También he vivido lo suficiente para no creermelo. Haz lo que tengas que hacer, coño.

—No se trata solo de mí, guapa. El teniente Randazzo te va a mandar unos cuantos tipos que no saben distinguir a Ben Webster de Gordon Liddy. Querrán hablar con todas tus parroquianas y lo mirarán todo. Además —Green se apoyó contra la pared—, tú y yo sabemos que San Francisco es una ciudad muy difícil. Las personas como tú no pueden dejar Nueva York, a menos que quieran morir. Bueno, Connie, tal vez estés acabada, tal vez ya no tengas huevos para vivir en esta ciudad.

Connie se levantó y miró a Green desde su altura.

—Deja que hable con ellas primero. Te llamaré mañana.

—Y mañana ya habrán volado.

—No pienso comprometerme a nada más que eso, Noah. Arriésgate o ciérrame el local.

—¿Y mañana me darás sus nombres, te digan lo que te digan?

—Sí.

—Pero si esas tipas desaparecen, Connie, no te molestes en venir

a abrir esto mañana. Y además tendré preparados otros cargos contra ti.

—Tenía que habérmelo imaginado —dijo ella—. Un poli judío es como un poli irlandés y como un poli negro, no es más que un poli.

—Espero que tengas razón —dijo Green—. ¿No consiste en eso la democracia?

De pie en la acera ante el bar de Connie, Green estaba mirando a un hombre muy gordo que, en el apartamento de enfrente, hacía ejercicio practicando la marcha sin moverse de sitio, cuando algo saltó sobre sus espaldas con tal fuerza que a Green se le doblaron las rodillas. Aquella cosa gruñía como un animal, y Green se llevó la mano a la pistola y volvió la cabeza, para encontrarse frente a los ojos burlones de *Merle Haggard*.

Se oyó un silbido, cuatro notas sacadas de un compás de *White Line Fever*, y el perro se alejó corriendo hacia un hombre alto que llevaba un estuche de violín y que estaba parado en la esquina.

—Te vas a quedar sin chuchó, Bama —dijo Green acercándose al violinista—. Está muy bien divertirse, pero ya verás cómo alguno acaba cortándole el cuello.

Bama se echó a reír.

—No hay nadie que sea tan rápido, y de todos modos solo lo lanzo sobre los amigos. *Merle* sabe que se trata de un juego.

—¿Y qué pasa si uno de tus amigos sufre del corazón?

—Lo siento, Noah, son cosas que hacía allá en el sur. *Merle* también lo siente.

El perro enseñó los dientes en un rictus repelente que a Green le recordó la sonrisa de Uriah Heep.

—Bama, los perros deben ir atados, sobre todo él.

—Es que me parece una crueldad no dejar que *Merle* corra por ahí un poco. De hecho solo lo saco muy pronto o muy tarde, cuando casi no hay nadie en la calle. Y cuando lo saca a pasear Emma, siempre lo lleva atado.

—Emma me preocupa —dijo Green—, quedándose hasta tan tarde en esa librería.

—Emma no conoce el miedo, Noah. No hay modo de convencerla, lo he intentado. Es el tipo de persona que, si un día

vinieran a bombardearnos con esa dichosa bomba H, subiría a la azotea para verla caer. Y lo que es peor aún, viaja sola en el metro a cualquier hora. Bueno, tengo que ir a hablar con un tipo sobre un bolo. Es un local de *rock* que se está decantando por el *country*. La verdad acaba triunfando siempre.

Bama hizo un gesto de adiós y se alejó, seguido de *Merle Haggard*. Sin embargo, este se detuvo un momento para volverse a mirar a Green, que le dirigió un suave gruñido.

Antes de eso, aquella misma tarde, en la calle bordeada de árboles donde vivían los Ginsburg y frente por frente a la escena del crimen, un chico se hallaba sentado en los escalones de una casa de ladrillo marrón. Era extremadamente delgado y tenía una espesa cabellera pelirroja. El chico estaba hojeando una pila de periódicos, de los cuales arrancaba de vez en cuando una historieta, y de repente levantó la vista, y clavó en McKibbon una mirada tan franca y escrutadora que el detective se sintió incómodo.

—¿Policía, no? —dijo el chico.

—¿Cómo has llegado a esta conclusión?

—Pues porque está aquí para un trabajo, y no va vestido de inspector de contadores ni de pintor, y además es demasiado tarde para eso.

McKibbon empezó a cargar su pipa.

—¿Cómo sabes que he venido a trabajar?

—Bueno —dijo el chico—, es que a los desconocidos que vienen a cenar o a tomar café después o a lo que sea, se les ve más relajados. Usted, en cambio, va preocupado por algo. Verá, yo soy periodista, bueno, estoy en prácticas en el *Villager*, y me gusta ejercitarme haciendo deducciones, observando a la gente y todo eso. Además —el tono agudo y pajaril de la voz del chico comenzaba a irritar a McKibbon—, hay muchas probabilidades de que sea un poli a causa de lo que le ha ocurrido a la señora Ginsburg. Ya vino otro esta mañana, pero me consta que a menudo el peinado del barrio no da resultado hasta la segunda o la tercera vez.

—¿Hablaste con el tipo que vino esta mañana?

—No —contestó el chico—. Lo vi subir las escaleras de la casa

cuando yo iba camino del colegio. Me hubiera parado si no fuera porque tenía un examen a primera hora. Estoy acabando el bachillerato, ¿sabe?, y tengo que apretar. Luego, al salir del colegio me fui al periódico, y acabo de llegar de allí. Me alegro de que esté usted aquí, así no me perderé nada.

—Muy bien. —McKibbon se sentó en la escalera, en el peldaño inmediatamente superior al del chico—. ¿Conocías a la señora Ginsburg?

—Solo de vista, nos saludábamos al pasar. Siempre tenía prisa.

—¿Recuerdas haber visto a gente entrando o saliendo de su casa?

—Apenas venía nadie, y se quedaban muy poco rato.

—¿Alguna vez la viste entrar o salir con alguien?

—No —dijo el chico—, ni siquiera con su marido. Cada uno de ellos salía solo y volvía a entrar solo. —El chico hizo una pausa—. Pero ayer noche sí que la vi con una persona, en realidad era más o menos la una de la madrugada. Estaban ahí en la calle, discutiendo, pero no entendí lo que decían. Sin embargo, aunque no hablaban en voz alta, era evidente que discutían.

—Esa persona, ¿era un hombre o una mujer?

El chico sacudió la cabeza.

—A veces es difícil saberlo, sobre todo en este barrio. Y además, estaban arrimados a la puerta de esa tienda de antigüedades. —El chico señaló hacia allá—. Yo tan solo veía la espalda de la señora Ginsburg y un poco de... de la otra persona.

—Tómate el tiempo que quieras —dijo McKibbon— pero dime todo lo que viste.

—La otra persona tenía aproximadamente la misma altura que ella —dijo el chico—. No alcancé a verle la cara, y como hablaban en voz baja, aunque en tono vehemente, tampoco pude oírle la voz.

—Y esa persona, ¿cuándo se marchó?

—Poco después de que yo empezara a observarles. Se fue en dirección a la calle Hudson.

—¿Cómo iba vestida?

—Con una especie de abrigo. —El chico frunció el ceño—. ¡Vaya!, creí ser más competente. Recuerdo que era un abrigo y que se había subido el cuello. Hacía mucho frío.

—¿Era un abrigo de hombre o de mujer?

—Era ese tipo de prenda que tanto puede ser de hombre como de mujer. Lo siento, estoy avergonzado, de veras.

McKibbon le sonrió.

—No los mirabas con intención de grabártelos en la memoria, de modo que no debes sentirte avergonzado por nada. Tal vez si piensas un buen rato a solas podrás recordar algo más. ¿Qué hacías a aquellas horas en la calle?

El chico sonrió encantado.

—Fue una noche estupenda. Estaban rodando una película en la parte oeste del Village y los gays intentaron impedirlo. Seguro que lo habrá leído en los diarios. Había cantidades de polis y hubo algo de sangre, de hecho, mucha sangre. Ahí pasan muchísimas cosas.

—Ya, ya. ¿Y tus padres te dejan corretear a todas horas?

—Mi madre. Vivo solo con ella. Hemos hecho un trato: si saco buenas notas, no fumo marihuana y no me vuelvo gay, puedo hacer lo que se me antoje.

McKibbon encendió la pipa.

—Te dejaré mi tarjeta, y si recuerdas algo más no dudes en telefonearme. ¿Cómo te llamas?

—Adam, Adam Horowitz.

—Dime, Adam, ¿qué piensas del señor Ginsburg?

—Es una sabandija —dijo Adam Horowitz—. No es que sepa nada acerca de él, ni siquiera he hablado nunca con él, pero hay personas que se les ve en seguida que son unas sabandijas. Estoy convencido de que usted habrá conocido a no pocas.

—¿Por qué dices eso de él?

—Siempre pone una cara como si estuviera oliendo algo malo. Debe de ser él mismo el que huele mal. Está como amojamado, ¿sabe? He tenido algún profesor como él.

McKibbon subió las escaleras.

—Detective McKibbon —dijo el chico sacando del bolsillo de su chaqueta una libreta de notas larga y estrecha como la que usan los periodistas— ¿cree usted que en su departamento de policía sigue habiendo prejuicios?

McKibbon le lanzó una mirada sombría.

—En el departamento, todo el que tiene talento lo pasa mal, por lo tanto los negros son los que lo pasan peor. Pero eso, jovencito, lo digo *off the record*.

—¿Qué le parece si lo dejamos en según fuentes confidenciales?

—Muy bien, con tal que te lo haya dicho un detective desconocido, rubio y con cara de irlandés.

5

LA ALEGRE ALGAZARA que reinaba en el bar

Rafferty's

estaba compuesta por el sonido de *Kojak*, que se veía en el televisor de enorme pantalla colocado sobre la barra, por las notas de *The Gal That Got Away* —según decían, una de las canciones favoritas de la clientela— interpretada por Frank Sinatra en el *jukebox*, y las voces de los parroquianos que discutían y gesticulaban, empeñados en llevarse unos a otros la contraria.

El viejo barman, de rostro permanentemente sonrojado y un cigarrillo pegado en el labio, le tendió a Green otro Club soda con un trocito de corteza de limón. El detective miró el interior del vaso y comentó:

—Te dije que no me apetecía la ceniza.

Riéndose entre dientes, el viejo camarero se quitó el cigarrillo de los labios y se inclinó hacia el detective para que este pudiera oírle.

—Debe de estar esperando a una dama —le dijo—. Si me lo hubiera dicho habría puesto vasos limpios. No es de mi incumbencia, pero hay que ver el tiempo que ha estado bebiendo Carrie Nations. Recuerdo que había noches, y de eso no hace mucho, en que se bebía un litro entero y se quedaba tan ancho, nadie hubiera podido notarlo excepto su madre y yo.

—Todavía no había llegado a este punto, Dennis —dijo Green dando empujoncitos al limón dentro del vaso—, pero me estaba acercando. No es de tu incumbencia pero la verdad es que mi viejo era un borrachuzo, y últimamente empezaba a verle a él cuando me

miraba en el espejo, ¿entiendes?

—¡Caray! —dijo el camarero—. Hacía años que no oía esta palabra. En la comisaría Veintitrés había un capitán que era un verdadero borrachuzo, creo que Riordan aprendió el oficio bajo su mando. Pues verás, antes yo trabajaba en un restaurante económico a poca distancia de aquí y solía llevarle al capitán la comida o la cena, y siempre quería lo mismo. En una gran sopera me hacía poner patatas fritas y ensalada de tomate y cebolla, por si acaso aparecía el inspector, pero el plato principal iba en una tetera, y consistía en dos decilitros de *whisky* de centeno.

Green se echó a reír.

—Yo he hecho algo parecido con ciertas variaciones.

—El capitán se retiró —continuó el camarero— pero siguió apareciendo por el restaurante un par de veces por semana. Me pedía, hablando con cierto disimulo, «lo de siempre», sopera incluida. Decía que el olor de las patatas fritas le daba cuerpo a la bebida y la ensalada le daba clase. Pobre hombre, echaba de menos aquellos subterfugios. Todos los polis necesitan tener un poco de emoción extraoficial, ¿no le parece, Noah?

El barman dirigió la vista más allá de Green y saludó con una leve inclinación de cabeza a la joven pelirroja que había hecho su aparición detrás de Green. El detective se volvió.

Shannon Leahy llevaba una pila de periódicos y revistas.

—Es usted muy puntual —dijo la joven—, cosa que no puede decirse de mucha gente.

—Es como un reloj —dijo el camarero— y además es abstemio. Casi demasiado bueno para ser verdad.

—¿Sabes qué regalo voy a hacerte por Navidad? —dijo Green mirando al barman—. Trece denuncias por infracción.

—Mis más humildes excusas —contestó el camarero, y dirigiéndose al aparato de televisión subió el volumen del sonido.

Green condujo a la periodista a uno de los compartimientos del fondo del local. Leahy sacó un cigarrillo y dijo:

—Tengo una información que podría serle útil, pero quiero que me dé algo a cambio.

Green la miraba fijamente.

—Y lo quiero ahora —prosiguió la joven— porque puede dar resultado.

—A pesar de las cosas que digo —dijo Green—, no soy del todo inflexible en mi actitud hacia la prensa. Todo depende de la calidad de la información, que, claro está, tengo que oír antes de poder darle una respuesta.

Leahy encendió el cigarrillo y comentó:

—Sé que lo que dice es lógico, pero también puede ocurrir que me la juegue y que yo quede como una *schmuck*^[**].

—Una mujer —dijo Green frunciendo el ceño— nunca debería emplear la palabra *schmuck*^[***] al referirse a sí misma.

—¿Qué le parece *shmegegge*^[*]? La *shikseh*^[**] *shmegegge*^[**]. Es que empecé trabajando bajo las órdenes de un redactor jefe de la sección «ciudad» que era judío y de la vieja escuela, de la escuela que propugna que todos los gentiles han nacido estúpidos. Sin embargo, como todo el mundo me dice que es usted un hombre de palabra, le diré lo que sé. Kathleen Ryan, que era como se llamaba hace unos seis años, trabajaba en el *Journal* como redactora interna. Estuvo allí más o menos durante un año, cosa que usted muy bien podría descubrir si no lo ha hecho ya. Se marchó de pronto sin decirle nada a nadie. Eso, la razón de su marcha, podría llevarle bastante tiempo descubrirlo.

»Por lo que he oído, porque yo entonces no estaba allí —continuó diciendo la periodista—, el ambiente en el diario era malísimo, cargado de veneno. Había cantidades de bandos y si pertenecías al bando equivocado o, peor aún, si no pertenecías a ninguno, no tenías modo de ascender. Kathleen quería trabajar como periodista de calle, lo deseaba con toda su alma, pues sabía, dado que su trabajo diario consistía en poner en solfa las notas que le entregaban los reporteros, que ella redactaba mucho mejor que la mayoría de ellos, y sabía también que muchas veces esos cabrones jodían los reportajes.

Green se sobresaltó e hizo una mueca de disgusto.

—¡Dios, qué anticuado es usted! —dijo ella soltando una carcajada—. Durante un tiempo Kathleen se dedicó a traer recortes del *Washington Post* y del *Wall Street Journal* y otros más para que vieran exactamente de qué modo estos habían redactado aquellas noticias, fuera equivocadamente o mucho mejor que nosotros. Pero nadie se lo agradecía, todo lo contrario.

»Finalmente se dedicó a formar parte del bando feminista, que

era un grupo duro y malintencionado y por lo tanto eficiente. Los negros que trabajaban en el periódico eran demasiado pocos como para inquietar a la dirección, y no había ningún puertorriqueño. Pero las feministas tenían una red perfectamente organizada: las secretarías copiaban la correspondencia interior, la de más alto nivel, y las empleadas en el departamento de contabilidad sacaban copias de las hojas de pago de la nómina. ¡Y aún hay quien niega que según el sexo se cobra un sueldo distinto por el mismo trabajo! En nuestras oficinas de Washington los reporteros del sexo masculino cobran de seis a ocho mil dólares más al año que los del sexo femenino.

—¿Qué desean tomar? —Dennis, habiendo dejado que el otro camarero bregara solo con los clientes que estaban de pie ante la barra, apareció en el compartimiento.

—Un coñac, por favor —dijo Leahy.

—Lo mismo para mí —Green miró a Dennis—, y sin comentarios.

—Por lo que él dice, usted es abstemio —dijo la periodista con una sonrisa.

—Es un mentiroso incorregible. Siga —dijo Green.

—Así que la dirección, aterrada ante la posibilidad de que le pusieran una denuncia por infringir el artículo séptimo, comenzó a reparar sus omisiones. La mafia feminista se hizo muy poderosa y se puso a controlar los fichajes y los ascensos. A pesar de que era una solitaria, Kathleen intentó por todos los medios que la aceptaran en la hermandad, pero no se rebajaba a comer mierda. Lo siento. ¡Bueno, coño, yo no le digo cómo ha de hablar!

—Y yo no he dicho nada, ¡joder! —dijo Green.

—Bien, esa hermandad, la mafia, ponía en la lista negra a las mujeres a quienes, de uno u otro modo, consideraban poco comprometidas en la campaña de liberación femenina. Si una flirteaba con los hombres, o comentaba que seguía habiendo muy pocos negros en la plantilla del periódico, ya se podía despedir de un ascenso.

—¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Y una mierda me vas a decir tú si puedo o no puedo beber!

Aquellos bramidos provenían de un hombre corpulento que rondaba la cincuentena y que estaba agarrado a la barra como si

esta se fuera a escapar rodando. Green levantó la vista, hizo ademán de ponerse en pie y se volvió a sentar.

De nuevo detrás del bar, Dennis, sin contestar, se inclinó y sacó de debajo de la barra un bate de béisbol. Vocalizando con claridad, le dijo al borracho:

—¿Dónde lo quiere, en el lado derecho, en el izquierdo o en plena nariz?

El hombre corpulento se enderezó lo mejor que pudo y avanzó con dificultad, haciendo eses, hacia la puerta. Antes de que saliera, el camarero le tiró a la espalda un puñado de monedas.

—Dennis no acepta las propinas de cualquiera —dijo Green—. Continúe.

—Los métodos que empleaba la hermandad le disgustaban a Kathleen. Al final lo dijo, y con ello firmó su propia condenación. Robin Feuerstein, que todavía está en el periódico y que era la guardiana de la ideología de la hermandad, le dijo a Kathleen que la obligarían a seguir toda la vida amarrada a su mesa de redactora de tercera. Y que ni siquiera allí iba a estar mucho tiempo porque estaban a punto de investigar su trabajo en busca de señales de sexismo y de otros crímenes parecidos contra las mujeres.

»En medio de la oficina —Leahy encendió otro cigarrillo— Kathleen le llamó cabrona a Robin (estoy citando sus palabras textuales, entiéndalo), y le dijo que era una zorra mandona que hacía las peores faltas de ortografía nunca vistas. Después Kathleen afirmó que las feministas del diario no tenían ni idea de lo que significaba el feminismo, que ser feminista no consistía en sentirse solidaria con otras feministas sino con las demás mujeres. Y se marchó para no volver.

Green miró a la joven y le dijo en tono sarcástico:

—Así usted cree que Robin, o una de las otras, que habían estado incubando odio durante todos esos años, finalmente se deshicieron de la traidora.

—Lo que creo —dijo Shannon Leahy con frialdad— es que lo que le he explicado puede echar alguna luz acerca del modo de ser de Kathleen y puede casar también con otras cosas, o tal vez no. Y ya puede darme las gracias.

—Toma otro coñac —dijo Green, agitando dos dedos en dirección a Dennis—. Ha sido un reflejo inconsciente. Tengo la

costumbre de darle poco valor a la información para no esperar demasiado de ella. A veces me equivoco. Pero estaba pensando en voz alta, y de veras te agradezco tus informes. Y si nos llevan a algún resultado positivo, intentaré que seas la primera en saberlo, aunque nuestro superior a menudo se empeña en organizar personalmente esta clase de detalles. ¿Te gusta el *jazz*?

Shannon Leahy le dirigió a Green una mirada burlona.

—No veo muy bien qué relación tiene, pero ya que lo preguntas, no sé mucho de *jazz*. Sin embargo, por lo general me gusta cuando lo oigo. ¿Por qué quieres saberlo?

—Quizá alguna noche podríamos escuchar *jazz* juntos —dijo Green con la vista clavada en su copa de coñac—. Es decir, si te apetece.

Shannon se retrepó en el asiento del reservado y miró al detective.

—Sí —dijo—, me apetece. Solo que no me lo esperaba. Pero ¡qué demonios!, ¿qué sería la vida si no hubiera sorpresas?

—¿Quién más hay en el periódico —preguntó Green— que pudiera explicarme cosas de cuando Kathleen trabajaba allí?

—Deja que lo piense. —Shannon se había puesto el abrigo antes de que Green pudiera disponerse a ayudarla—. Ya te lo diré.

—¿Después de que hayas hablado con ellos?

—Sí. De todos modos, no creo que descubra nada más a través de los del diario.

—Eso nunca se sabe, ¿no crees? —dijo Green dándole vueltas a un puro en el interior de su bolsillo.

6

SAM MCKIBBON TENÍA LA TEORÍA de que el modo más eficiente de concentrarse en un caso atascado era dejar de concentrarse un buen rato. Y su manera preferida de distraerse era repasar con calma, en los archivos de Randazzo, las fichas de los homicidios que llevaban meses, o incluso años, esperando ser resueltos.

—Me gusta contemplar las fotos de los monstruos —le dijo a Green una vez—. Y nunca se sabe, a lo mejor se te enciende la bombilla.

Esa mañana, en la oficina general, McKibbon tenía el fichero encima de su mesa.

Green observó, asomándose sobre el hombro de McKibbon, una ficha que mostraba las fotos de un hombre, visto de perfil y de cara, y los siguientes datos:

MARVIN**WATSON**

- HOMICIDIO (NAVAJA)

AKA PREACHER/M/B 28 años,

1,78

m, 66 kg, pelo negro. Última dirección, Greenhaven.

Buscado por homicidio de Juan Torres durante una riña.

Avisar Comisaría 79. PIU.

—Ocurrió hará unos siete años —dijo McKibbon sin dejar de mirar las fotografías—. Le faltaba un ojo, que alguien le había saltado durante una de sus frecuentes peleas, pero nadie vio nada.

Hay que ver la jeta que tiene ese cabrón para andar por ahí cometiendo homicidios con un solo ojo.

Watson era un negro con barba, y en su rostro delgado, allí donde debía haber estado el ojo derecho, tenía un pliegue carnosos con una especie de ranura en el centro. El otro ojo estaba entero y tenía una mirada clara y escrutadora.

—A lo mejor lleva siempre gafas de sol —dijo Green.

—Puede ser, pero eso mismo es ya una pista. ¿Pero qué coño estoy diciendo? Si todavía está suelto por ahí con su único ojo. Cualquiera día aparecerá un asesino con dos cabezas y no sabremos encontrarlo. Eso sí que sería embarazoso.

—Me pregunto —dijo Green sentándose en la esquina de la mesa — qué ocurre si arrestas a un tipo con dos cabezas. ¿Tienes que recitarle dos veces sus derechos? ¿Qué pasa, McKibbon, hoy te dedicas a repasar las fichas de la galería de los artistas del cuchillo en particular, no?

—Sí, me dedico más a esas fichas —dijo McKibbon.

—¡Imbéciles de mierda! —La voz de tenor lírico de Fortunato Randazzo se expandió por toda la oficina—. Lo vamos a hacer exactamente como lo he planeado.

—¡Coño! —dijo McKibbon levantándose de pronto—. A lo mejor sí que había algo de cierto en toda esa historia.

—¿De cierto en qué? —preguntó Green.

—Hace un par de horas, un soplón ha llamado al teniente diciendo que aquel maníaco, Morales, no se fue de vuelta a Puerto Rico como pensábamos, después de haber dado muerte al joyero, sino que está escondido en Chelsea. Yo no le presté atención porque recibimos muchos soplos sobre el maldito Morales, pero el teniente mandó una patrulla, con tiradores de élite incluidos. Sin embargo, como quiere una operación rápida y definitiva, la está dirigiendo desde aquí.

—¿Por qué desde aquí?

—Si es cierto que el cabrón está allí, Randazzo tiene un plan. Y necesita tener teléfonos que funcionen.

—Desde luego ese Morales es un verdadero maníaco —dijo Green mientras se precipitaban hacia el despacho de Randazzo—. Por lo que sabemos, ha cometido ya cuatro homicidios.

El teniente, de pie junto a su mesa, hablaba a gritos por

teléfono.

—¡No se te ocurra volver a tratar de adelantarte a mis deseos! Oye, ¿estás completamente seguro de que es Morales? ¿Dices que lo has reconocido perfectamente cuando él ha mirado por la ventana? ¿Y que él no te ha visto? Bien. Ya sé que presenta un buen blanco, ¡estúpido! No quiero volver a oír esa imbecilidad de que de repente te ha parecido que iba a sacar el revólver. ¡Ahora escúchame! Voy a llamar por teléfono a Morales y no os vais a mover hasta que os lo diga, ¿entendido? No os mováis hasta que os lo diga. ¡Y nada de colgar por error el teléfono!

Randazzo dejó con cuidado el auricular sobre la mesa, miró a Green y a McKibbon y les espetó bruscamente:

—¡Ni una palabra!

Después leyó rápidamente unos signos escritos en un trozo de papel, marcó un número de teléfono y hablando por el otro auricular como si tuviera mucha prisa susurró con voz ronca:

—Sal de aquí, la bofia se acaba de enterar de tu dirección.

El teniente colgó este teléfono y cogiendo el auricular del primero, que seguía con la línea abierta, gritó:

—¡Ahora! ¡Dales la señal!

Dos minutos más tarde, Randazzo, que continuaba con el primer teléfono en la mano, asentía lleno de júbilo a lo que le iban diciendo a través del aparato.

—Bien. Muy bien. Estoy deseando ver a esos desgraciados.

Después colgó el teléfono y dijo, volviéndose hacia Green y McKibbon:

—En cuanto Morales ha salido corriendo después de mi llamada, los chicos que teníamos apostados en el pasillo le han saltado encima. No han hecho falta los tiradores de refuerzo. Y los otros dos *punks* se han cagado encima. Entre los tres solo tenían un par de cojones.

»Ha salido estupendamente —Randazzo dio una palmada—. Estupendamente. No ha hecho falta liarse a tiros, no habrá que ir al funeral de ningún policía, ni ha quedado lesionado ningún espectador. Bueno, será mejor que me afeite para cuando vengan los de la tele. Otro tanto para los latinos “buenos”. Por eso me encargo personalmente de las conferencias de prensa, señores. Las relaciones públicas son muy importantes para los americanos como

yo, cuyos apellidos terminan en vocal. Primero, demostramos que no todos somos delincuentes; segundo, demostramos que somos inteligentes. Tan inteligentes como los judíos —añadió mirando a Green.

—Si no más —dijo Green.

—No tenéis ni idea —dijo Randazzo—, no tenéis ni idea de la cantidad de gente que piensa que tenemos aceite de oliva en lugar de cerebro. Seguro que vosotros también lo pensabais hasta que os destinaron a esta comisaría.

—No. —McKibbon sacudió con fuerza la cabeza—. Cuando era niño, en nuestra misma manzana vivía un zapatero italiano y bajito que me enseñó que la tierra gira alrededor del sol. Eso cambió toda mi vida.

Randazzo sonrió.

—Tenemos un minuto para celebrarlo. Venga.

Abrió el cajón inferior de la mesa y sacó de él una botella de Johnny Walker Red y tres vasos de cartón.

—¿Cómo es —dijo Green— que no bebes *grappa* o alguna otra de esas bebidas para rendir tributo a tu herencia?

Randazzo le dirigió una mirada.

—¿Y tú hace mucho que no has sacado brillo a tu *mezuzah*[*]?

Alzaron los vasos, los hicieron chocar en un brindis y después de beberse el *whisky* lanzaron los vasos al suelo como para que se rompieran, lo más convincentemente que supieron.

—Muy bien —dijo el teniente—. Ahora volvamos a los casos difíciles, o a los que llamáis difíciles. ¿Qué hay de las dos muertes de la bodega? Era un viejo encantador, ese al que dispararon en la cabeza. Solía venir por aquí para preguntar, con mucha educación, que cuándo volverían a tener un policía patrullando por el barrio como en los viejos tiempos, tal como le habían contado los judíos más ancianos. ¿Qué tenía que hacer yo, decirle una mentira? De modo que dejó de venir. Mierda. No habéis podido retener al negro ese, ¿cómo se llama?, Stubblefield. Entonces, ¿qué vais a hacer?

—Yo quería volver al barrio a interrogar de nuevo a los vecinos pero no he tenido tiempo. Tal vez deban ocuparse otros del caso.

—Venga ya —dijo Randazzo, y señaló el fichero que tenía encima de la mesa—, este fin de semana hemos tenido tres cadáveres. No, vosotros dos seguís con el caso. Hablad otra vez con

Stubblefield, todavía puede ser que sepa algo. Y es posible que el soplón que te llamó no esté del todo equivocado.

—Ya se lo he dicho —Green se metió la mano en el bolsillo en busca de un cigarro—, no he podido dedicarme a eso debido al caso Ginsburg.

Con un gruñido, el teniente cogió su pañuelo y se dio brillo en los ya impecables zapatos negros, hecho lo cual comentó:

—Hablando del caso Ginsburg, ¿qué hay de nuevo?

—Voy a volver allí a hablar con aquel chaval —dijo McKibbon—. Hasta ahora es el único que aquella noche vio a la señora Ginsburg con otra persona.

Green se sirvió otra ración de *whisky* en un vaso limpio de cartón y se volvió hacia el teniente.

—Estoy investigando por el lado de sus aficiones lesbianas —dijo—. Y además procuro ganarme la confianza del profesor.

—¿Sabéis qué os digo? —dijo Randazzo—. Me alegro de no tener hijos. No podría soportar que se volvieran maricas o lesbianas, no lo aguantaría. Creo que los mataría, o me suicidaría. No, mejor los mataba para que no contagiaran a otros. Oye —continuó dirigiéndose a Green—, dedícate al marido, tiene que saber más de lo que nos ha contado. Pero muéstrate amable, porque no es cuestión de que se asuste y llame a un abogado. Así que sé amable hasta que lo tengas agarrado por los huevos.

Green tenía que encontrarse con Ginsburg en Washington Square Park, al lado de la fuente, ya que las oficinas de la comisaría eran el sitio menos indicado para conversar con el profesor..., de momento. Green se apoyó contra el arco de piedra y observó a la variada fauna de ciudadanos tomando el sol invernal. Había unas cuantas madres con sus niños, unos borrachos con pinta de espantapájaros, estudiantes de la Universidad de Nueva York y pequeños delincuentes que Green recordaba de su pasado de policía de a pie.

De entre las diez primeras personas a las que vio paseando alrededor de la fuente, había seis caras que le eran conocidas. Green trató de rememorar sus carreras y los delitos por los que fueron detenidos, aunque no las sentencias. Había dos intentos de violación en segundo grado, dos o tres delitos de amenazas («mierda, los

delitos de menor cuantía no cuentan»), un homicidio en segundo grado, dos delitos, también en segundo grado, de posesión de propiedad robada, por lo menos cuatro delitos de posesión de sustancias prohibidas en grados varios, cierto número de delitos de venta de marihuana (en tercer grado) y una violación en primer grado. Había más, pero no pudo recordarlo. «Oh, sí, obligar a una niña a realizar actividades sexuales; era su hijastra y tenía ocho años. El cabrón se ha afeitado el bigote».

Allí estaban todos, delgados y gordos, con cicatrices o sin ellas, y con ojos llenos de mezquindad.

Green no tenía idea de cuánto tiempo había pasado cada uno en la cárcel a causa de sus gestas porque no guardaba memoria de los cargos, mucho menores, de los que finalmente tuvieron que responder. Entre el arrogante y desdeñoso fiscal y los jueces carentes por completo de arrestos, sería un verdadero milagro que hubieran cumplido pena de prisión.

Green pensó que si él fuera un hombre religioso (y sonrió al ocurrírsele ese recurso) se dedicaría a rezar y a suplicar a Dios, golpeándose si fuera necesario la cabeza contra el Muro de las Lamentaciones, para que Él enviara una plaga de violaciones, abusos sexuales y asaltos callejeros sobre las esposas, madres, hermanas e hijas (especialmente hijas) de uno de cada seis fiscales adjuntos y jueces, desde los pertenecientes a la División de Apelaciones hasta los del mismo Tribunal de Apelaciones.

Uno de los atracadores que paseaban junto a la fuente reconoció a Green y, dedicándole una sonrisa con la que lució sus dientes careados, le hizo un gesto obsceno con el dedo. El detective le devolvió el saludo colocándose la mano izquierda en el brazo derecho y levantando simultáneamente el antebrazo. Pensó que si estos tipos fueran perros, hace tiempo que se les hubiera dado una inyección letal.

Green escudriñó la calle en dirección a University Place, por si veía venir a Ginsburg, pero en ese momento otro delincuente conocido apareció a su lado, de un modo tan rápido y silencioso que Green, para su propio disgusto, se sobresaltó. Era un negro corpulento y lleno de músculos, de edad indefinida, con el rostro aplastado como si se lo hubieran pisado nada más nacer y que llevaba un arito de oro en la oreja derecha.

—Debe de estar en la lista negra, capitán —dijo el negro con voz suave y cantarina—, cuando le mandan aquí a rebuscar entre la basura. ¿Qué ha ocurrido? ¿Se le ha disparado por accidente el revólver?

Instintivamente, Green se llevó la mano a su arma y el negro se echó a reír.

—Sabe muy bien que yo no haría eso, capitán. Si hubiera querido podía haberle cortado la cabeza sin que usted rechistara, pero no es esa mi intención. Cuando me lo cargue será a cambio de buenas ganancias. La clase trabajadora no puede permitirse trabajar por amor al arte.

—Barney —dijo el detective—, ¿cuál es el último libro que has leído?

—¿Por qué coño quiere saberlo? —contestó Barney, fastidiado por haberse dejado sorprender.

—Estoy haciendo una encuesta para el teniente. Confecciono una lista de regalos de Navidad para los tipos que pensamos encerrar el año próximo; así les daremos algo que llevarse allá dentro.

—Pregúnteselo a su madre, hijoputa.

Green levantó la mirada al cielo, se concentró y comenzó a recitar:

*Llamaron al timbre para preguntarme
si podía recomendarles a alguna criada.
Claro que sí, dije, tu madre.*

Barney lanzó una gran carcajada.

—¡Perros calientes! —exclamó—. Olvidaba que usted conocía a Langston. Ese tipo hablaba con todo el mundo, era un hombre muy, muy bueno. Yo le decía, «Señor Hughes, no puedo componer mis poesías porque solo puedo pensar en el hambre que tengo». Y él me daba un trozo de pan, siempre me daba un trozo de pan.

—Y tú se lo dabas al basurero.

—Claro, hacía lo que ustedes querían que hiciera.

—Te equivocas, tu acusación decía sobredosis, y desde luego lo sentí cuando te saliste de ello, porque, por lo menos, cuando solo pensabas en la mierda tus actuaciones se mantenían dentro de

ciertos límites.

—¡Vaya! —dijo Barney con una sonrisa—. De modo que vuelvo para oírle decir eso. Bueno, basta de bromas. ¿Le han cambiado a la brigada de estupefacientes?

—Pues no —dijo Green—. Sigo especializándome sobre todo en cadáveres. Pero no me refiero a los muertos vivientes con todos sus agujeros llenos de mierda que tú y ese Arthur soléis follaros.

—No conozco a ningún Arthur —dijo Barney—. Bueno, bueno, capitán... Como siempre, ha sido un placer hablar con usted. Pero no tiene buen color, es como si algo le estuviera comiendo por dentro. ¿Cómo se dice? Ah, sí, *bon appetit*, se lo deseo a eso que le está royendo las entrañas. ¡Oiga, a lo mejor es cáncer! Sí, seguro que es cáncer. Haré un donativo en su nombre, e iré a visitar su tumba, porque nadie más lo hará. ¡Ja, ja!

Y Barney se alejó a paso largo al tiempo que Burton Ginsburg se aproximaba al detective.

—No he querido interrumpir su conversación —dijo Ginsburg—. Pensé que tal vez sería un informador.

—No —dijo Green—. Es profesor de sociología en Yale, y está buscando datos. Sentémonos ahí.

Ginsburg sacó el *New York Times* de una gran carpeta de cuero, y abriéndolo por las páginas de la sección de economía, lo colocó encima del banco y se sentó sobre él.

Green se fijó en tres jóvenes negros, de unos veinte años y pulcramente vestidos, que atravesaban rápidos y resueltos el grupo de personas situadas en círculo alrededor de la fuente. De momento, Green frunció el ceño porque no pudo reconocer a ninguno, pero luego, al observar que uno de ellos captaba la mirada de Barney y le hacía una señal silenciosa, Green vio confirmada su intuición y asintió con la cabeza.

—Le agradezco que haya venido, profesor —dijo el detective.

—¿Tiene alguna pista? —preguntó Ginsburg, tan dueño de sí mismo como siempre.

—Seguimos recogiendo información. Usted no nos dijo que su mujer era lesbiana.

—No sabía nada acerca del particular —dijo Ginsburg con tranquilidad—. No sabía nada de lo que ella hacía fuera de casa.

—¿No tenía ni idea, no sospechaba nada?

Ginsburg cruzó las manos en su regazo.

—Hoy en día un secreto de esta índole no resulta nada insólito entre dos cónyuges. Y Kathleen, cuando quería, era extraordinariamente discreta. De hecho, era la persona más reservada que he conocido en toda mi vida.

Green se sacó un puro del bolsillo.

—¿No le molestará que fume al aire libre? —preguntó.

—Pues sí, me molesta. La atmósfera ya está bastante contaminada para añadirle más humo.

—¿Podré chuparlo sin encender, no? —dijo Green alzando la voz a su pesar.

—Como quiera, aunque yo le recomendaría que chupara caramelos.

Green partió el cigarro por la mitad y lo tiró al suelo.

—Ya me ha explicado usted por qué seguían viviendo juntos. ¿Le molestaría explicarme por qué y cómo se casaron?

—Me sentía solo. Fue mi primer matrimonio. Nunca supe ligar, como ahora dicen los jóvenes, aunque siempre fui independiente. Pero, llegado a cierto punto, empecé a necesitar cada vez más el tener a alguien con quien conversar por las noches. Quería oír una voz que no fuera la mía, porque en casa últimamente había comenzado a hablar solo. Eso me hacía sentir estúpido, pero si no hablaba en voz alta, el silencio se me hacía insoportable.

Green se frotó la frente.

—A menudo —continuó Ginsburg— salía de casa y echaba a andar solo para encontrar a otras gentes y oír otras voces. Pero eso no era muy gratificante. Y entonces conocí a Kathleen, que era inteligente y sabía conversar. Ciertamente era bastante mordaz, pero a mí siempre me gustaron los debates acalorados. Y sexualmente me atraía, aunque eso para mí era lo de menos. Yo siempre había vivido prescindiendo del sexo.

—¿Y ella? ¿Por qué se casó con usted?

—No lo sé, y me lo he preguntado muchas veces.

—¿Nunca se lo preguntó a ella?

—Sí, unas pocas veces. Pero ella se echaba a reír, aunque en un tono bastante cariñoso.

Green contempló cómo Barney salía del parque seguido ahora por seis jóvenes. Preguntó:

—¿Cómo se conocieron?

—En el Cooper Union Hall. Fui allá a dar una conferencia sobre Dickens, y al finalizar ella vino a encontrarme para decirme que no estaba de acuerdo con mis puntos de vista. Me atacó con furia, pero resultó muy fascinante.

—¿Sobre qué no estaba de acuerdo?

—En mi opinión Dickens está a la altura de los escritores rusos del siglo diecinueve... En realidad los aventaja por la amplitud de sus temas y lo detallado de su observación, ya que conocía a fondo, mucho más que Dostoyevski o Tolstoi, una gama muy variada de gentes. Y además era mucho más compasivo...

—¿Y ella, qué pensaba?

—Kathleen dijo que Dickens era tan sentimental que resultaba sensiblero, y que sus personajes eran caricaturas. Dijo que el arte de la exageración no es verdadero arte, y que Dickens solo gusta a los hombres porque estos son aficionados a todo lo simplista.

—¿De modo que se casaron?

—No tardamos mucho. —El profesor esbozó una sonrisa—. Teníamos tanto de qué hablar, bueno, de qué discutir. Al principio yo estaba encantado. Y después también, incluso cuando nuestras polémicas se convirtieron en una continua lucha malévola, incluso cuando no hubo más relaciones sexuales entre nosotros, yo estaba siempre deseando llegar a casa, porque, ya ve usted, nos comunicábamos.

—¿Y qué ocurrió para que se interrumpieran sus relaciones sexuales?

—Esta es una forma de preguntar digna de un *voyeur* —dijo Ginsburg sin aspereza—. Bueno, se lo diré: me había vuelto impotente, y después de un cierto tiempo me resultó humillante seguir intentándolo.

—Podían haber hecho otras cosas.

—Kathleen no quería.

—En seguida dejo este tema —dijo Green—, pero supongo que echaría usted de menos el tocarse y acariciarse.

—Nunca lo hicimos mucho. Oiga, ya sabe que no tengo por qué contestar a estas preguntas si no deseo hacerlo. Desde luego, quiero ayudar, pero no veo cómo...

—Volviendo a lo de antes, si me lo permite, ¿usted nunca se

enteró de que era lesbiana?

Ginsburg dijo con frialdad:

—Se lo repetiré. Ella nunca me lo dijo.

—¿Qué habría pasado si se lo hubiera dicho?

—Si ella hubiera querido seguir viviendo conmigo, y hubiera mantenido esas relaciones fuera de casa, yo lo habría soportado. Habría preferido esto a que se buscara un amante, ¿comprende?

—Claro —dijo Green—. Ahora que ya lo sabe, ¿cree que su mujer se casó con usted para que le sirviera de pantalla? Tal vez ella viviera más a gusto pudiendo dar la impresión de ser normal.

—Como le he dicho, era una mujer muy reservada, pero le importaba un comino lo que los demás pensarán de sus actos. Era reservada por otras razones, y no me pregunte cuáles, porque no lo sé. ¿Comprende que son dos cosas diferentes? Kathleen no quería que los demás pensarán que la conocían, pero fuera lo que fuera lo que la gente creyera saber de ella, la única opinión que le importaba era la suya propia.

—¿Habría creído usted posible que ella fuera lesbiana? —preguntó Green.

—Creo que todo es posible. Piense que aunque no tengo mucha experiencia, tengo una amplia cultura literaria.

Green se apoyó contra el respaldo del banco.

—¿Qué le contó su esposa acerca de la temporada que trabajó en el *Journal*?

El profesor arrugó la frente.

—No sabía que había trabajado allí —dijo—. Apenas me contó nada de su vida anterior. Me dijo que su padre era profesor de matemáticas en un instituto, en Ohio, y que ella asistió al Earlham College. Después se vino a Nueva York y trabajó de redactora *freelance*..., lo mismo que siguió haciendo después de casarnos.

—¿Y nada más?

—Casi nada más. A Kathleen le gustaba hablar acerca de ideas, no de personas, y mucho menos de ella misma. Y yo en eso me parezco a ella.

Green reconoció a otro delincuente que se acercaba a donde ellos estaban.

—Oh, otra cosa —dijo—. ¿Cuántas llaves hay de su casa?

—Dos, la mía y la de Kathleen.

—¿Está completamente seguro de que nadie más tenía una llave?

—Yo nunca le di una a nadie, y me extrañaría muchísimo que Kathleen lo hubiera hecho, nunca noté nada que me indujera a pensarlo. Paso en casa todas las veladas y durante el día voy varias veces a casa porque la universidad está muy cerca.

—Sí, pero aquella noche esa persona, fuera hombre o mujer, bien pudo haber llamado a la puerta y su mujer pudo abrirle.

—Es posible —dijo Ginsburg, aunque era obvio que pensaba lo contrario. Se subió el cuello para protegerse del frío del crepúsculo—. Pero no es propio de Kathleen; se asustaba cuando alguien llamaba inesperadamente a la puerta. Era quizá lo único que podía asustarla.

—¿Y si ella estuviera esperando esa llamada?

—No sabría decírselo. Pero no me parece probable, no en nuestra casa y a aquellas horas de la noche. —Ginsburg se puso en pie—. No hemos avanzado mucho, ¿verdad?

Green también se levantó.

—Un centímetro por aquí, otro centímetro por allá... Luego retrocedes dos centímetros en otro sitio y de pronto, sin saber cómo, alguien te telefona y te cuenta todo lo que querías saber.

—Me está tomando el pelo, señor Green.

—No exactamente, profesor.

—Dígame, ¿está seguro de que Kathleen era lesbiana?

—Ojalá no hubiera tenido que decírselo, pero no se lo hubiera dicho de haberme quedado alguna duda.

—Bueno —dijo Ginsburg—. Entonces creo que no todo fue culpa mía. Debo darle las gracias.

7

AL DÍA SIGUIENTE AL MEDIODÍA, un hombre pasó haciendo *jogging* junto a la fuente. Tenía la piel de color café con leche y era esquelético y tan alto, que su cabeza se veía flotar por encima de la multitud que rodeaba la fuente. Era como una lanza vestida de negro, gris y blanco, y llevaba zapatillas deportivas de color azul. Una y otra vez, corriendo sin esfuerzo, Arthur pasaba siguiendo un recorrido circular a través del parque. Pero sus ojos no perdían un solo detalle y los extremos de sus delgados y elegantes bigotes tomaban la apariencia de antenas.

—Ese gilipollas no hace más que correr —dijo en tono afable uno de los jóvenes ejecutivos de Barney.

—No, hombre —dijo su compañero, que tenía el aspecto de una tortuga que se mantuviera de pie—. Pasa muchos ratos con Barney.

—¿Pero qué es lo que hace?

—Ya sabes lo que dice Barney: «Si quieres seguir en este mundo, no me hagas preguntas acerca de cosas de las que no hablo».

—¡Ejem! ¿Has hablado alguna vez con ese Arthur?

—Una vez —dijo la tortuga—. Me mandó ir a cierto lugar y me dio un paquete mirándome fijo a los ojos, tan de cerca que lo único que yo veía eran sus ojos, y me dijo: «No te líes, Russell, porque si te lías tendré que cortarte la polla». Y me sonrió, como si ya se viera haciéndolo. Mierda, ojalá aquel día yo hubiera estado en otra parte.

—¿Por qué? Todavía tienes tu herramienta.

—Tengo horribles pesadillas, amigo. Veo sus ojos en la ventana o a través de la cerradura. La cara podría ser la de cualquiera, pero

los ojos son los suyos. Y me buscan a mí, quieren hacerme eso, esos ojos están llenos de deseo. Nunca he visto a nadie con más hambre. Quiere cortarme la polla de un mordisco.

—¿Estás seguro de que no es maricón?

—Ni siquiera estoy seguro de que sea humano.

Al otro lado del parque, Arthur redujo airesamente la velocidad de su carrera y se paró frente a un banco en el que estaba sentado Barney con la cabeza echada hacia atrás; este sonreía mientras se dejaba acariciar por el sol y el viento.

—Earl quiere hacer un trato —dijo Arthur, hablando con la cadencia entrecortada propia de los antillanos—. El tipo que tiene trozos de metal en la cabeza e incluso el mismo hermano de Earl están cambiando de parecer.

—¿Y él cómo lo sabe? —dijo Barney mirando hacia el sol.

Arthur sonrió.

—Tiene un amigo, un amigo muy caro, de esos que llaman «topos», infiltrado en el despacho del Procurador General de los Estados Unidos.

—¡Coño! —Barney se enderezó en el banco, miró a Arthur y le dirigió una sonrisa—. ¿El topo forma parte del trato?

—Creo que no tiene nada que ver —dijo Arthur—. Debería ser una cosa aparte.

—Ya lo sé, estaba bromeando. ¿Nos quedaremos con todo: con la coca disponible, la coca que está siendo transportada y los contactos que más adelante nos la facilitarán?

—Con todo. Earl ya sabe que lleva las de perder, pero necesita un pastón y muy rápido porque se quiere ir muy lejos. No está dispuesto a ingresar en prisión bajo ningún concepto.

—¿Cuánto piensas que nos puede costar todo esto?

—No hicimos ningún cálculo ni hablamos de dinero, eso que quede entre nosotros, pero creo que podremos sufragarlo solitos.

—Los Federales deben de estar siguiéndole.

—Todavía no. —Arthur frunció el ceño al observar que una de sus zapatillas deportivas estaba tiznada—. El topo del despacho del Procurador dice que todavía no, que aún no están preparados pero que pronto empezarán. Por eso Earl quiere desaparecer en seguida.

—Muy bien —dijo Barney—. Lleva a Earl al
Blimpie's

de la calle Once. Alrededor de las siete, y solo.

—Pero es que Earl es un exquisito de la cocina —dijo Arthur sin expresión en el semblante.

—A tomar por el culo. Cuanto más barato sea el sitio, más barato saldrá el trato. ¿Has estado vigilando al tal Whipple?

—Sí, trabaja solo, no trata con drogas y no se interpondrá en nuestro camino.

Barney se desperezó.

—¿Hay algo más? —preguntó.

Antes de responder, Arthur sonrió.

—Me he enterado de que la policía ha encontrado a Anthony. Pero han tenido un desengaño al encontrar solo su tronco y esperan con ansiedad el resto, sobre todo la cabeza.

Barney lanzó una risita.

—Si todavía conserváramos esas partes, les podríamos mandar por lo menos las orejas de Anthony. Maldito soplón, después de todo lo que yo había hecho por él.

El hombre de piel color café con leche cabeceó afirmativamente con expresión juiciosa.

—Anthony era un suicida nato. Lo único que hicimos fue ayudarle a acabar con su propia vida, le hicimos un favor. Nunca habría encontrado su sitio en este mundo. Bueno, aún no he terminado de hacer mis kilómetros.

Y el director general de Barney, erguido y sereno, se alejó a paso gimnástico.

Al cabo de unas horas, muy avanzada ya la noche, Emma estaba en su apartamento situado cerca del río, al oeste de Washington Square. Se acercó a la cama y se quedó mirando el rostro del violinista.

«Duerme como un niño, siempre duerme como un niño. Y cuando está relleno de ginebra —Dios mío, la bebe como si fuera agua— duerme como un niño muerto. Pero siempre se despierta con la cabeza despejada. Y aunque esté borracho no se le nota. Pero yo sí lo noto porque empieza a hablar de su padre. Me alegro de no haberle conocido, era un maldito blanco pobre del Sur».

Al otro lado de la puerta sonó una tos y luego un gruñido, a lo

que Emma respondió con un susurro:

—*Merle Haggard*, cualquier día me decidiré a envenenarte. Claro que eres tan malévolo que el veneno pasará por tu interior sin hacerte daño.

»No me lo puedo creer, ¡yo, enamorada de un hombre de piel tan blanca! Bama podría casi pasar por albino. Y ni siquiera me gusta su violín, no me hace sentir nada. Pero él sí, Dios mío, ya lo creo que sí. Ha llegado el momento de que tengamos un niño, Alabama.

Abre tu ventana, cierra bien tu puerta.

Abre del todo la ventana, cierra del todo la puerta.

Soy como el demonio, sé deslizarme por el suelo.

»Sí, ha llegado el momento de tener un hijo. Pronto cumpliré treinta y dos años, muy pronto. *Merle Haggard*, cuando llegue el niño, puedes despedirte de esta casa. No me fío de ti ni un pelo».

Se oyó rascar en la puerta.

«Eso no es un perro, es un espíritu maligno, un demonio, maldito *Merle Haggard*. Voy a tener un hijo, ¿me oyes, Alabama?».

Emma se despojó de la bata, se metió en la cama y besó al violinista en los párpados y en una oreja. La respiración del hombre no se alteró. Sin embargo alguien se puso a silbar en la calle y, como respuesta, unos roncós ladridos de furia se elevaron en el apartamento. Bama rebulló.

—¡Heeey! —exclamó—, ¿qué hora es?

—Gracias, querido *Merle Haggard* —masculló Emma.

—Bueno, no importa. —Bama se dio la vuelta y la abrazó—. Si el diablo viniera a preguntarme qué es lo que más deseo en la vida, le diría: «Eres un estúpido, porque ya lo tengo».

—¿Qué pasaría si el diablo te propusiera —dijo Emma arrebujándose muy junto a él—: «Si dejas a esta mujer, serás el mejor violinista de todos los tiempos, pasados y por venir?»

Bama se echó a reír.

—No, diablo, le diría, ya soy bastante bueno, y en cuanto a ser el mejor, coño, no vale la pena, prefiero tener mi mano de violinista

donde está ahora a cualquier otra cosa.

—Bama —dijo ella— es hora de que tengamos un niño.

—Iba a decirte exactamente lo mismo, pero ¿por qué limitarnos a decirlo?

Merle Haggard miraba con fijeza el bacón que se estaba friendo en la sartén.

—No, señor —dijo Emma—, no te conviene. Claro que por otra parte... —Le echó alegremente media docena de lonchas.

—Al parecer a partir de ahora voy a ser el cantante solista de la orquesta —dijo Bama, sentado ante la mesa de la cocina.

—Ya era hora, ¿y cómo ha sido?

—Johnny se vuelve a West Virginia, está hecho polvo.

—¿Al final esos dos han roto? —comentó Emma mientras servía el café—. También era hora.

—Ella se ha marchado —dijo Bama mirando por la ventana—. Johnny llegó a casa ayer por la mañana y ella se había ido. Johnny ya sabe en qué cama encontrarla, pero dice que no se puede forzar a alguien a quedarse con uno si no quiere. Johnny tiene un lado débil, eso le perjudica también en su modo de cantar. Es demasiado dulce, joder. En cambio fíjate que no hay nada dulce en la manera de cantar de Merle, me refiero al otro Merle.

—¿Qué harías tú si estuvieras en el lugar de Johnny?

—Los mataría a los dos. —Bama le sonrió—. A ella ya no la querría, pero no podría dejar que él siguiera teniendo algo que había sido mío.

—Lo tendré en cuenta —dijo Emma echándole más bacón al perro.

Bama continuaba sonriendo.

—Bueno —dijo— eso no nos puede ocurrir a nosotros. Pero, de todos modos, ¿no harías tú lo mismo que yo?

Emma se apoyó la barbilla en la mano y miró a *Merle Haggard* sin verle.

—No —contestó—. Compraría ácido nítrico y le desharía a ella la cara, y a ti te cortaría la pistola de repetición y cada día pensaría en vosotros con tal satisfacción que no me importaría lo que me hicieran.

Bama se levantó y la abrazó por la cintura.

—Eso es lo que yo llamo verdadero amor —dijo con la boca sobre los cabellos de ella.

Unas horas antes, alrededor de medianoche, Crocker Whipple iba caminando, encorvado y absorto en una especie de diálogo interior. Se le veía tan frágil que daba la impresión de que el frío y violento vendaval era capaz de arrebatarlo para llevárselo por los aires sobre Washington Square Park. Pero Whipple se sentó en un banco, advirtiendo que a su alrededor, bajo las luces de las farolas, todo estaba vacío. Cerró los ojos y cuando los abrió descubrió que dos jovencitos negros muy delgados venían corriendo hacia él y se detuvieron a su lado.

Uno de ellos, que llevaba un impermeable negro, dijo:

—Te lo voy a poner fácil. Dame el dinero y no te tocaré la cara.

De dentro de la manga se sacó un cuchillo cuya hoja medía unos quince centímetros y rozó con ella la mejilla de Whipple.

—A tomar por el culo, señores —dijo Whipple sonriendo—. Estoy esperando a Barney.

Los jovencitos se miraron.

—¿De qué tienes que tratar con Barney? —preguntó el del cuchillo.

—Le voy a obsequiar con una mamada —dijo Whipple con una sonrisa todavía más amplia—. Puedo incluíros a los dos en el lote si vais rápido.

—Mierda —dijo el otro, que no llevaba abrigo pero iba bien arropado en un grueso suéter de lana—. Ya sé quién eres, eres el tipo de la carne.

—¿Y qué hacen dos probos ciudadanos como vosotros para ganarse la vida? —Whipple se apoyó contra el respaldo del banco—. Vamos a ver, seguramente colaboráis en el programa especial enseñando a leer y escribir a vuestros hermanitos. No, no es eso, un momento. Les lleváis comida caliente a los ancianos, los sacáis a pasear y los acompañáis a cobrar sus cheques de la seguridad social para que las fieras no los destripen por el camino. No, tampoco es eso. Ya sé, comerciáis con mierda, cualquier clase de mierda que podéis atrapar. Así que ya veis, caballeros, vosotros vendéis cierta

clase de placer, yo vendo el mío.

—¡Vendes niños! —El joven del impermeable se inclinó hacia adelante e hizo ver que vomitaba—. Niños, eso es lo que vendes.

—Chicos —dijo Whipple después de confirmar la acusación con una plácida inclinación de cabeza—. Jóvenes, niños negros, amarillos y blancos. Mujeres también, mujeres que lo hacen de todas las maneras posibles. Os quedaríais muertos de envidia si pudieseis contemplar a las mujeres follando unas con otras. ¡Hay que ver lo que son capaces de hacer con los dedos! ¡Huuuuuy! Os aseguro, caballeros, es como estar viendo a un virtuoso de la guitarra. De la guitarra eléctrica, para ser más exacto. Es genial lo que algunas de ellas saben hacer con el dedo gordo del pie. ¡Jolín! Una mujer puede hacer disfrutar a otra mujer mejor que cualquier hombre, y es natural ¿no?, porque ellas «saben».

—Eres más asqueroso que un vómito —dijo el chico del impermeable negro.

—Mierda —dijo su compañero—, es un bicho que hay que aplastar con el pie.

—Tengo ganas de rajarte —dijo el del impermeable—. Te voy a grabar una «C» mayúscula en la cara, la inicial de coño. —Y con la punta del cuchillo le hizo a Whipple una pequeña incisión justo debajo del ojo derecho.

Whipple permaneció impasible, solo dijo suavemente:

—Barney te va a coger esa mano, te romperá todos los dedos, de uno en uno, y luego te los meterá por el culo.

El cuchillo desapareció dentro de la manga del joven negro. Su compañero lanzó un escupitajo junto a las zapatillas de Whipple, pero sin tocarlas, y se marcharon.

Whipple siguió sentado en el banco. Sacó del bolsillo de su chaqueta de pana un pequeño transistor e hizo correr el dial hasta encontrar una emisora de música clásica. Entonces volvió a cerrar los ojos, o por lo menos uno de ellos.

—Ah, Pavarotti —murmuró—, ¡qué dedos gordos del pie tan grandes debes de tener!

Diez minutos más tarde, Barney se dejaba caer en el banco junto a Whipple.

—Es bonita esa música —dijo Barney— pero no emociona. El cantante no tiene ritmo, la orquesta no tiene ritmo. Si quieres oír

cantar, escucha a Sarah Vaughan con un buen acompañamiento. Dejará a este italiano de mierda a la altura del betún.

Whipple se tocó el pequeño corte debajo del ojo derecho.

—Dos de tus amables socios más jóvenes —dijo— han estado por aquí. —Se volvió hacia Barney—. He tenido que decirles que te estaba esperando porque, de lo contrario, en estos momentos estaría en el quirófano de urgencias de Saint Vincent, mientras una de las buenas hermanitas le preguntaría al doctor que qué significaba esa «C» mayúscula en mi cara.

Barney se echó a reír.

—Mis chicos —dijo— siempre están practicando el alfabeto porque quieren progresar.

—Pensé que tendrían cosas más provechosas que hacer.

—Dejo que se diviertan un poco en su tiempo libre. ¿Les has dicho el motivo de nuestra cita?

—Ni soñarlo, nunca lo haría.

Barney posó su manaza sobre el hombro de Whipple.

—Eres un marica muy listo. No quiero que sepan más de lo que deben saber. Tengo cantidad de sociedades, todas independientes, de modo que si una quiebra puedo continuar con mis negocios. Ahora necesito una puta de categoría, blanca y joven, de no más de veinte años. Una que se dedique a eso en sus ratos libres, porque al cliente le gusta enamorarse, ya sabes, ¡je, je! Una de esas actrices que conoces.

Whipple asintió con la cabeza y comentó:

—Los precios han subido, Barney.

—También han subido los míos —dijo Barney cambiando de posición su corpachón para divisar mejor toda la calle—. Muy pronto, todos los precios los pondré yo, y ya no te necesitaré.

—¿Tendrás género propio, no?

—Lo estoy consiguiendo. No me conviene depender de proveedores ajenos, sobre todo con lo que tengo pensado y que no voy a decirte.

—¿Tendrás el monopolio de todas las partes íntimas que están en venta en la ciudad? —Whipple sonrió.

—Solo las de Manhattan, no soy avaricioso. Mientras tanto necesito también a una mujer. Una mujer para otra mujer; el color de la piel no importa, hay igualdad de oportunidades para las

lamedoras de coños. Pero debe estar limpia, la mujer ha de estar limpia, nada de coca, nada de borracheras. Aunque da igual que sea una mechera.

—¿Una mechera? —Whipple lanzó una risita sofocada—. A veces dices cosas muy raras. Eres mucho mayor de lo que pareces.

—No tengo edad —dijo Barney—. Oye, ¿aparte de mí, vendes mucho al por mayor? Sé que tienes tu propio negocio de venta al detall.

—No trato con sociedades, tú eres mi único cliente gordo. No te hago la competencia —dijo Whipple.

—Entonces tal vez no te coma, je, je, cuando llegue el momento. Me gustas bastante aunque seas marica, porque has empezado en solitario y te manejas solo tu propio tingladillo. Sí, eso me gusta, mientras no te vuelvas ambicioso. Oye, además tengo una fruta pasada que no quiere ser machucada, ¿comprendes? ¿Puedes garantizarme que no le pasará nada?

—Claro —dijo Whipple—, siempre que puedas responder de él.

—Tienes razón, tengo que investigarlo. Además, vamos a ver, una persona necesita un chico, pero yo no me dedico a eso, ni siquiera facilito los contactos para esa clase de cosas. De hecho, esto es lo único que me molesta de ti. Que trafiques con chavales.

Whipple encendió un cigarrillo.

—No es lo que parece, Barney. Muchos de esos chicos van detrás de los hombres, porque estos les dan lo que no conseguían en sus casas... cuando estaban en ellas.

—¡A eso es a lo que me refiero, coño! —dijo Barney levantando la voz, y mirando después a su alrededor.

—No, no, estoy hablando de afecto. Aunque te parezca muy raro, algunos chicos encuentran un hogar y una persona que se preocupa por ellos. Hay un tipo que obliga al chaval que vive con él a ir al colegio. Cada mañana le da cinco dólares, pero con la condición de que el chico prometa asistir al colegio. Y de cuando en cuando el tipo telefona al colegio para comprobarlo, dice que es su tío.

—¡Joder! —dijo Barney—. ¿Qué bien puede hacerle ir al colegio a ese niño pervertido? Con lo que lleva aprendido ya está estropeado para siempre. Ya es bastante malo que se tiren a esos chicos para que encima quieran hacerles de mamás cuando no están

dándoles por el culo.

—Pero hay algo bueno en eso también, Barney. Los niños tienen su sexualidad, y fuerte. El mismo Freud dice que los niños...

—¡A la mierda con Freud! Siempre andaba relleno de coca, y ahora la gente se lo toma en serio como si fuera el Evangelio. No, hombre, tirarse a los niños es algo repugnante. —Barney se quedó mirando a Whipple—. ¿Tú también lo haces?

Whipple le contestó con una sonrisa:

—Si me dices lo que tú haces, quizá te diré lo que hago yo.

Barney lanzó una risotada y preguntó:

—¿Te avergüenzas de ello?

Whipple se sonrojó.

—En absoluto, no, no. Sí, he follado con niños. ¿Y tú, cómo lo haces, Barney?

—No hago nada, nada de nada. Guardo toda mi energía para mí. No me enredo con nadie, ni por un solo segundo. Por eso tengo la cabeza siempre tan clara y nunca me distraigo. Nadie puede aproximarse a mí.

—¿De modo que te masturbas?

Barney se escandalizó.

—¡Coño, un hombre no se masturba!, solo los chavales se masturban.

Esta reacción de Barney despertó el interés de Whipple, que se quedó mirándolo.

—¿Así que de veras no haces nada?

—Bueno, te lo explicaré. Yo jodo a la gente mentalmente. Me meto en la cabeza de las personas y me las follo bien folladas, una y otra vez. Así es como yo me excito, hombre.

—¿Y llegas al orgasmo?

—A veces —Barney sonrió—. A veces, cuando jodo mentalmente a alguien, a alguien que pensaba que se me había tirado, tengo un orgasmo magnífico.

Whipple se estremeció ligeramente.

—Hace demasiado frío, Barney. ¿Tienes las direcciones y los horarios?

Barney le entregó un trozo de papel, advirtiéndole:

—Recuerda a quién pertenecen esos clientes.

—Antes olvidaría mi propio nombre —dijo Whipple

levantándose del banco.

—Adiós, mariquita —dijo Barney—. Que pases un buen día.

8

A LA MAÑANA SIGUIENTE, en las oficinas de la Comisaría, McKibbon vació su pipa y le dijo a su compañero:

—¿Crees que Stubblefield se ha largado?

—Así parece —contestó Green—. El subjefe no lo ha visto. No ha ido al trabajo. Le he llamado a las tres de la madrugada, a las tres de la tarde, y varias veces entre medio. No estaba.

—¿Y tu soplón el «cuchifrito»?

—Domingo se ha vuelto a su isla a pasar un par de semanas —dijo Green—, se acercan las elecciones.

—Los muertos andarán de nuevo. Oye, si Stubblefield se ha largado, es posible que Domingo tuviera razón. Stubblefield estaba en libertad condicional. No hubiera desaparecido si no hubiera sido él quien hizo el trabajito de la tienda de comestibles.

Green sacudió la cabeza.

—Es que no me lo creo, ese tipo no me la estaba jugando. Hay algo muy raro en este caso de la bodega, pero ¡coño!, no tenemos tiempo para poder descubrir de qué se trata. Bueno, tengo que ir a ver a las tortilleras antes de que cambien de opinión. Connie dice que han estado fuera de la ciudad, pero que acaban de hacer su aparición.

—Arréglate la corbata —dijo McKibbon mirándole—. A lo mejor así cambias tu suerte.

—Mi suerte nunca será tan mala como eso —dijo Green.

Una hora más tarde. Green se encontraba en el Soho, en el soleado apartamento de las lesbianas a quienes al parecer Kathleen Ginsburg había tratado de atacar sexualmente. A pesar de las amplias paredes blancas, de las alfombras de alegres colores, de los ramos de flores frescas y de lo limpio que estaba todo, Green se sentía invadido por la tristeza. La más joven de las dos mujeres tenía poco más de veinte años, era delgada, con una larga cabellera lisa de color castaño claro y llevaba grandes gafas redondas. Se la veía dura y frágil, pero sexualmente seca, lo mismo que alguna de las maestras que Green había tenido en la escuela.

La otra rondaba los treinta años, era más alta y algo más robusta y llevaba el pelo oscuro cortado muy corto; pero también era atractiva. Si la hubiera visto por la calle. Green no la hubiera tomado por tortillera, ¡con lo buena que estaba! ¡Qué desperdicio!

Meg, la mayor de las dos, era la que hablaba. Sí, ambas habían tenido por separado una aventura con Kathleen Ginsburg, aunque no sabían su apellido. A primera vista les había parecido muy inteligente, con ideas definidas acerca de muchas cosas. Ideas que respondían a fuertes convicciones. Meg había conocido a Kathleen en el bar de Connie y después de una larga conversación se fueron a cenar juntas al apartamento de Meg. Pero Kathleen quería algo más que cenar y conversar, y cuando Meg le dio a entender que no le daría esa clase de postre, Kathleen empezó a soltar improperios.

—¿Trató de darle una paliza? —preguntó Green.

—Diría que no era solo esa su intención —dijo Meg con calma—. Pero yo sé defenderme muy bien. Kathleen tenía una fuerza sorprendente, pero sus propias ansias la perdieron. La saqué a patadas, literalmente, y le dije que si no se daba prisa la haría rodar por las escaleras, de modo que no se entretuvo. A Linda le ocurrió algo muy parecido —añadió mirando a la joven de las grandes gafas redondas— unas dos semanas más tarde.

—¿No se lo había contado a Linda? —preguntó Green que estaba tratando de leer los títulos de los libros colocados en los estantes de la biblioteca.

—Por entonces no nos conocíamos.

—¿Y cómo se las arregló usted con ella? —Green se volvió hacia Linda, que le dirigió una sonrisa inesperada.

—Artes marciales —dijo alegremente—, siempre son muy

efectivas.

—¿Han tenido que emplear la violencia contra muchas mujeres? —preguntó Green, fastidiado al sentir más interés del que le exigían sus obligaciones oficiales.

—Yo nunca he dicho eso —dijo Linda encendiendo un cigarrillo—. Kathleen es la única con quien he tenido que luchar.

—¿Alguna de ustedes volvió a ver a Kathleen? —preguntó el detective.

—Una o dos veces en el bar de Connie —dijo Meg—. Hicimos ver que no la veíamos. Bueno, hemos hablado con usted porque Connie nos lo ha pedido. Si no somos sospechosas, y no creo posible que lo seamos, tenga la bondad de marcharse.

—¿Me harían el favor de servirme una taza de té? —dijo Green sin levantarse de su asiento—. Con limón. Solo me quedan unas pocas preguntas.

La cocina estaba en un extremo de la amplia habitación, que hacía también las veces de salón y de dormitorio. Meg puso el agua a hervir y observó a Green con atención.

—Acerca de esas conversaciones que cada una de ustedes sostuvo con Kathleen —continuó el detective—, me gustaría que me dijeran cuáles eran esas convicciones tan arraigadas que tenía.

—Oh —dijo Linda colocándose bien las gafas—. Después de todo este tiempo resulta difícil recordar cosas específicas. Es más fácil recordar la pasión con que discutíamos, que el contenido de la conversación. Lo que recuerdo es que no le gustaban los maricas. Decía que son taimados y que están obsesionados por el sexo, lo que les hace aún más taimados.

Meg la interrumpió:

—Kathleen decía que la diferencia entre ellos y nosotras, una diferencia importante y muy reveladora, consiste en que nosotras no hacemos el amor en los lavabos, y que no perseguimos a las niñas. Desde luego le enfurecía eso que llaman amor por los chicos, y debo darle la razón. El resto de la conversación, que yo recuerde, versó sobre libros y música. No creo que eso le interese a usted.

—Le diré que me cuesta trabajo leer el *Daily News* —dijo Green. Meg le trajo a Green una taza de té.

—¿Tiene alguna otra pregunta? —le dijo. Green tomó unos sorbos y se puso de pie.

—A lo mejor se me ocurre algo, en cuyo caso les agradeceré que me concedan un poco más de su tiempo. Dígame —se dirigió a Meg—, ¿qué hubiera hecho usted si aquella noche Kathleen, que se reveló ser muy fuerte, hubiera seguido con sus propósitos, si no se hubiera marchado?

—¿Qué quiere que yo le diga? —preguntó Meg con frialdad—. ¿Que habría cogido un cuchillo y se lo habría clavado en la espalda? No era más que una molestia, señor Green, y uno se deshace de una molestia. Yo también soy más fuerte de lo que aparento. Habría bastado con echarla escaleras abajo a puntapiés.

—En este caso me imagino —dijo Green— que para cierta persona Kathleen era mucho más que una molestia.

—Exactamente —dijo Meg afirmando con la cabeza—. Investigando por este lado obtendrá mucho mejores resultados.

—Se lo agradezco mucho. Y usted —preguntó Green dirigiéndose a Linda—, ¿qué habría hecho si Kathleen hubiera seguido tratando de forzarla?

Linda se echó a reír.

—Se ve que usted no estuvo allí, solo me tomó unos pocos segundos. Y después de aquello, se le quitaron las ganas de acosarme. O, mejor dicho, se le quitaron las posibilidades de hacerlo. ¿Quiere que se lo demuestre?

Green alargó el brazo hacia la cintura de ella, y sonrió, diciendo:

—Otro día, encanto.

Ahora que estaba en la vida civil, Jeremiah Riordan se había dejado crecer el pelo, que tenía ya todo blanco, y cuyas ondas le caían por encima del cuello, cosa que jamás les hubiera permitido a sus hombres en sus tiempos de comandante de la Primera Brigada de Homicidios en los barrios del sur de Manhattan. Hacía ya cinco años que se había retirado, pero tenía rosadas las mejillas y la nariz y sus ojos azules seguían siendo tan fríos como siempre.

Riordan ocupaba un dúplex en un cuarto piso de Chelsea, junto al río, y aquel día estaba sentado en su cocina, frente al detective negro que, deseoso de hallar en él guía y consejo, le estaba explicando los pormenores del caso. Riordan se sirvió otra taza de té y le añadió un chorrito de ginebra

Gordon's

. La taza de Sam McKibbon aún estaba llena.

—Como este caso es del hebreo, y él no sabe que estás aquí —dijo Riordan—, comprenderás que no puedo ir a visitar el lugar del crimen. —Hablaba en voz baja, casi en un susurro, tal como tenía por costumbre pues, como solía decirles a sus hombres, «las paredes oyen, y no siempre somos nosotros quienes han puesto las escuchas».

—No tiene sentido visitarlo —dijo McKibbon—, ha pasado demasiado tiempo. Ya ha visto las fotos y los resultados de los análisis del laboratorio.

—Oh, la muerte siempre deja algo detrás de sí, incluso después de que los muchachos de la investigación se hayan ido con sus migajas de descubrimientos. No me refiero a que al entrar en cualquier habitación pueda asegurar que allí se ha producido una muerte, no es ningún pálpito sobrenatural. Pero cuando ha habido una muerte violenta, yo reacciono de un modo diferente, veo las cosas de manera distinta.

—Puedo llevarle allí —dijo McKibbon— cuando el profesor esté fuera dando clase.

—Solo iría si el hebreo lo supiera. El caso es suyo y no debo inmiscuirme en secreto. —Riordan sonrió—. Por otra parte, no puedes decirle que me lo has explicado porque él se imagina que he intentado impedir su ascenso en el Departamento, ¿no es así?

—Es cierto —dijo McKibbon.

—¿Porque es judío? —Riordan volvió a sonreír.

—Sí.

Riordan tomó otro sorbo de aquel té tan fuerte y prosiguió:

—No está del todo equivocado. Los hebreos, con unas pocas excepciones, no son aptos para realizar tareas policiales porque la mayoría de ellos padecen de una terrible arrogancia. Eso les ocurre porque el dogma principal de su religión dice que no solo son los elegidos sino que son mucho más inteligentes que todos los demás. ¿Has oído esa expresión insultante que emplean, *goyisher kop*^[*]? Y lo dicen cuando puedes oírles, porque saben que a pesar de lo tonto que eres ya que no perteneces a su pueblo, de todos modos comprenderás su significado.

—Es una broma —dijo McKibbon.

—No dudes de que ellos lo creen, con todos sus sentidos y con cada parte de su cuerpo, incluida su polla circuncidada. Piensan: «No solo somos más inteligentes que vosotros sino que somos más limpios, y somos más limpios porque somos más inteligentes».

—¿Cree que Noah es más inteligente que usted?

Riordan lanzó una risotada y respondió:

—Nadie lo es, chico, como tú bien sabes.

—¿Entonces por qué le molesta todo este asunto del *goyisher kop* [**]?

—¿Quieres que a partir de hoy te llame «negrata»?

McKibbon se sirvió un poco de ginebra.

—Se trata de su arrogancia —continuó diciendo el viejo policía—. Siempre están retándonos y riéndose de nosotros con su arrogancia. Como han sido tan perseguidos a través de los siglos, se vuelven arrogantes por haber sobrevivido y haber sido capaces de prosperar a pesar de todo.

—¿Impidió el ascenso de Noah porque sus padres o abuelos no fueron exterminados en un pogromo?

—Deja que te lo explique. —Riordan se retrepó en su silla de cocina y habló mirando hacia el techo—. El trabajo de la policía es un trabajo de equipo. Y no puede haber un verdadero trabajo de equipo si algunos carecen de la humildad suficiente para esperar que los demás suplan sus fallos en la investigación, debidos a falta de perspicacia, de voluntad o de fe. ¿Comprendes? Pero los hebreos están tan convencidos de su superioridad que nunca confían de veras en alguien de otra religión. Eso es lo que pasa cuando tienes hebreos en tu equipo.

—Pero Noah...

—Déjame terminar. Ello no significa tampoco que los hebreos trabajen bien juntos. Los he visto; cada uno sigue con orgullo su propio camino. Por estas dos razones, cuando hay demasiados hebreos en un sitio se crea un ambiente de rencor, tanto entre ellos como entre los demás. Y si un hebreo ocupa un puesto de mando, entonces no hay liderazgo porque no hay confianza. El hebreo solo confía en su propia capacidad, y en consecuencia los hombres no confían en que el hebreo sea capaz de suponerles ni la dosis más mínima de inteligencia. —Riordan acabó de vaciar el contenido de la botella de ginebra en su taza de té—. Y si entre los hombres que

están a sus órdenes hay otros hebreos, todos ellos complotarán por separado para arrebatarse el puesto. Es su manera de ser. Son mala gente, Sam. Lo que hice contra Green, lo hice por el Departamento. No es que Randazzo tenga una mente brillante, pero sabe cómo despertar lealtad en los demás y a su vez sabe tratarlos con lealtad, ¿no crees?

—Sí —asintió McKibbon—, a su manera. Pero está usted equivocado con respecto a Noah. Esa descripción del prototipo judío no va con él. Noah y yo confiamos uno en el otro. Y Noah forma parte del equipo lo mismo que yo, aunque no sé muy bien lo que eso quiere decir.

—¡Ay, hijo!, tú no conoces a tantos judíos como yo ni los conoces tan a fondo. Algunos hebreos son tan hábiles en disimular su manera de ser que incluso logran meterse en la cama de las chicas cristianas más decentes.

—¡Venga, venga, teniente! —McKibbon fue a coger la botella de Gordon's y se echó a reír—. Será si los negratos no llegamos primero que ellos a esas camas.

—¡Ah, Sam! —Riordan sacó otra botella de ginebra de una caja de cartón colocada debajo de la mesa—, esta broma no es digna de ti. Pero ya aprenderás. Aprenderás por qué han sido odiados a través de los tiempos y por qué, si pudieras leer en sus almas llenas de desasosiego, se odian a sí mismos. Bueno, vamos a ver, la muerta estaba tumbada sobre el costado derecho. ¿Qué expresión había en su rostro?

—La última sorpresa —dijo McKibbon sacando su petaca.

—¿Espanto?

—No, la mataron por la espalda.

—A lo mejor trataba de escapar.

—No, no tenía cara de estar asustada. Pero usted ya ha visto las fotografías.

—Quiero saber lo que viste tú —dijo el anciano.

—Bueno, pues me pareció... pero ¿cómo demonios puedo estar seguro?, me pareció que justo antes de recibir aquella terrible impresión, y casi borrada por ella, había tenido una expresión de algo parecido al asco.

—A causa de un pedo quizá —dijo Riordan con una risa seca—.

Ciertamente, eres buen observador. Digamos, pues, que era una expresión de asco; tal vez más tarde concuerde con algo. ¿Y qué hay del hombre, si es que era un hombre la persona que el chico vio?

—Un chico hebreo, ¿podemos confiar en él? —dijo McKibbon con una sonrisa.

—¿Por qué no? Que sepamos, no hay en esto nada de lo que pueda sacar partido. La persona que vio tenía aproximadamente la misma estatura que la señora Ginsburg, y ella medía...

—Un metro sesenta y dos —dijo McKibbon.

—¿Cuánto mide el profesor? —preguntó Riordan mientras apuntaba los datos en una factura de la lavandería.

—Un metro ochenta y cinco más o menos.

—¿Y las tortilleras que ha ido a ver el hebreo?

—Son demasiado altas, si el chico no se equivoca.

Riordan se pasó los dedos por la abundante cabellera.

—El chico dice que el abrigo no tenía nada de particular. ¿Y qué me dices de la manera de andar?

—Una mujer un poco hombruna podría haber imitado el modo de caminar de un hombre.

—No, no, no estaba pensando en eso. Cada persona tiene su modo peculiar de andar. Si te fijas bien, es como una firma en movimiento.

McKibbon vació las cenizas de su pipa dándole unos golpecitos.

—Aún suponiendo que el chico se fijara lo bastante como para recordar más cosas, ¿de qué me van a servir sus recuerdos si no tengo a ningún sospechoso? No hay nadie a quien aplicárselos.

—Eso ya vendrá —dijo Riordan—. De todos modos, pídele al chico que se concentre en el modo de andar. Todavía hay una cosa más, no, dos cosas más. El profesor dice que cerró la puerta de la calle con llave antes de retirarse, pero cuando llegaron los chicos de la policía la encontraron abierta.

—Eso dice.

—Eso dice. Tuvo que ser un conocido. Su esposo o alguien a quien ella conocía.

—Coño, teniente —McKibbon sonrió—. Eso ya lo había adivinado yo sin ninguna ayuda.

Riordan sonrió a su vez.

—A ver si sabes contestarme a esto: la mujer no podía estar sin

tomar café, sobre todo cuando trabajaba. Aquella noche tenía que terminar un trabajo y, como es natural, habría una taza de café en la mesa de la cocina, ¿no?

McKibbon frunció el ceño.

—Mierda —dijo—. En la mesa estaba el manuscrito, estaba la máquina de escribir, pero no había ninguna taza.

—¿De veras? —Riordan agarró la botella de ginebra—. Entonces, ¿qué crees que puede haberle ocurrido a aquella taza?

9

ERA UN MEDIODÍA BRILLANTE Y FRÍO. En la plaza Waverly, detrás del mostrador de la librería Ferdinand Morton Memorial, Emma estaba escribiendo una lista de nombres, que se apresuraba a tachar nada más escritos. «Randolph —dijo en voz alta—. Le llamarían Randy. Tiene que ser un nombre más sonoro. Bama quiere que lo llamemos como su padre, Lester. Es blando, y además, cada vez que mirase al niño estaría viendo al padre de Bama; esa cara fría y agria que está en el álbum de fotos. No, por favor, no. Pónselo de segundo nombre si no queda otro remedio. Michael. Siempre me ha gustado Michael, Mike. Nadie se atreve a meterse con un tipo que se llame Michael».

Un joven negro muy delgado vestido con un impermeable negro entró en la tienda.

—¿Qué desea? —preguntó Emma.

—Solo quiero mirar —dijo mostrando los dientes.

Emma volvió a su lista y escribió «Michael Dixon», primero con letras grandes, luego con letras pequeñas, hasta que el cuchillo le rozó la mano.

—Hazlo deprisa y seguirás con vida —dijo suavemente el joven—. Dame todo el dinero que tengas, dondequiera que esté.

—¡Hostia! —exclamó Emma enderezándose—. Tú eres negro, yo soy negra, ¿y quieres quitarme lo que he ganado con mi trabajo? ¡Hostia! Escúchame bien, vas a salir de aquí ahora mismo, sin intentar nada más o te las vas a cargar de lo lindo.

—¿No te jode? —el joven sonrió—. Hazlo antes de que diga «ya», mala puta, o te voy a dejar una cara que ese blanco media

cerilla no te volverá a mirar en su vida. ¡Ya!

Emma le agarró la mano y el negro, sorprendido al notar su fuerza, abrió un poco el puño que sostenía el cuchillo. Entonces Emma, con un espantoso grito de temor y de rabia, le arrebató el arma y se la clavó en la cara.

—¡Mi ojo! ¡Me has sacado un ojo!

El joven del impermeable negro se llevó la mano al ojo derecho. Inmediatamente la sangre comenzó a escurrirse entre sus dedos y el chico, lanzando gemidos, se precipitó fuera de la librería.

Emma se mordió los labios, cerró con candado la tienda y se fue andando hacia Washington Square. Se acercó a un grupo de jóvenes negros que, reunidos junto a la fuente, escuchaban la música atronadora que emitía un enorme aparato de radio.

—¡Quiero ver a Barney! —gritó Emma.

No le hicieron caso.

Emma arrancó el aparato de manos de uno de los del grupo, lo apagó y dijo hecha una furia:

—¡Quiero ver a Barney!

—No conozco a ningún Barney —le contestó el joven con languidez—. Si no me devuelves esta radio, puta de mierda —seguía hablando despacio— llamaré a la pasma. —Sus compañeros se echaron a reír—. O tal vez —dio una vuelta alrededor de Emma, mirándola de arriba abajo—, tal vez será mejor que te la quedes, ya que te gusta tanto, y que me des otra cosa a cambio, ¿vale? —Sus compañeros rieron aún más fuerte.

Emma levantó la radio todo lo alto que pudo, la lanzó contra el suelo con todas sus fuerzas y se alejó. Dos de los chicos comenzaron a seguirla, pero el que tenía la radio les dijo:

—Barney se encargará de ella. Debe conocer a esa zorra porque si no, ella no nos habría dicho su nombre. ¡Coño!, era una radio estupenda, aunque —se echó a reír— era un modelo del año pasado. Tendré que ir de compras.

Cuando estuvo lo bastante lejos, Emma se sentó, muy tiesa, en un banco, y empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie. Su respiración era rápida y tenía los ojos brillantes.

Al cabo de unos pocos minutos vio a un hombre inmenso, con un pendiente en la oreja derecha, que se acercaba despacio hacia ella.

—¡Hola!, ¿qué tal? —dijo Barney en tono jovial mientras se sentaba a su lado—. Cuánto tiempo, niña, mucho tiempo. Te veo de vez en cuando en esa tienda, cuando paso por la calle, pero a pesar mío no entro a verte porque me imagino que no sería bien recibido. Te he repetido muchas veces que aquella sobredosis no tuvo nada que ver conmigo, y que tu primo, ¿cómo se llama?, Denton, ese obtuvo la mierda en otro lado. Tienes que saberlo, niña. Yo hago las cosas de tal manera que todo el mundo está a salvo.

Emma se enderezó en su asiento y después se levantó. Se quedó de pie frente a Barney y, apuntándole con su largo dedo índice, le espetó rápida y duramente:

—Uno de tus animales ha entrado y me ha amenazado con el cuchillo. Lo he rajado, lo he rajado bien. No quiero que tus animales vuelvan por mi tienda, ¿me has oído?

Barney rugió de risa.

—¿Le has rajado? Vaya zorra lista. Sí, siempre has tenido cojones, es una manera de hablar. ¡Vaya, vaya, vaya! —Meneaba la cabeza, lleno de admiración—. Siempre has tenido más fuerza de lo que aparentas, eres como una pantera, sí. Pero Emma, con lo furiosa que estás, aunque reconozco que tienes derecho a estarlo, ¿cómo sabes que era uno de mis muchachos?

—No trates de confundirme, joder —dijo Emma mirándole desde lo alto—, lo he visto contigo. Sabía que lo había visto en alguna parte, y era contigo, aquí mismo. Es uno de tus jóvenes ejecutivos.

—¿Por qué estás tan segura de que era el mismo chico, Emma?

—Es igual que un lagarto, imbécil. Bueno, ¿me has oído bien? Que no se acerquen a mi tienda.

Barney se desperezó.

—Voy a decirte una cosa, Emma. Es absurdo que trates de pactar, porque no tienes nada que dar a cambio, así que no puedes obligarme a hacer nada. Pero tú me gustas, siempre me has gustado, tienes agallas. De modo que voy a dar esta orden y ya no tendrás nada que temer, por lo menos de mis muchachos, aunque no puedo hacer nada contra los que van por libre, claro.

Emma continuaba mirándole fijamente.

—Y para que veas mi buena intención —Barney puso la mano en el muslo de Emma y la retiró con una mueca cuando ella se la golpeó—, haré que la orden sea retroactiva, y el chico será

castigado por haber desobedecido mis consignas. —Barney rio entre dientes—. O lo que quede del chico, tal como lo has dejado. Muy bien, ¿puedo hacer algo más por ti?

Con los brazos en jarra, Emma dijo despacio y con claridad:

—Morirte, no me jodas, aunque esto último bien que te gustaría.

Emma se dio la vuelta y se alejó.

—Y lo haré si tengo ganas de hacerlo —murmuró Barney, y después se rio por lo bajo—. Ella lo ha rajado. Tyrone se ha dejado rajar por una chica. Hay que darle una lección, una buena lección. Coño, cómo me gustaría haberlo visto. ¡Vaya niña! ¡Vaya, vaya, vaya! Es como tú, Barney. Sí, ella misma lo dice, no me jodas, ¿no? —La vio atravesar el parque—. Pues si quiero hacerlo, lo haré. Si quiero hacerlo.

En un despacho cuadrado de paredes de vidrio situado junto a la sala de prensa, el director del periódico, un hombre regordete de raza negra, sacudió la cabeza.

—Esto no funciona —dijo con calma—. No dice nada.

—Todo está ahí —replicó enérgicamente Shannon Leahy—. Toda la información que la policía ha conseguido hasta ahora.

—Lo que equivale a nada. —El director jugueteó con su corbata de seda encarnada—, y no dices nada del por qué no han descubierto nada.

—Es una noticia, Ray, no es un artículo de opinión.

—Cierto, pero has omitido la parte principal de la noticia. ¿Por qué a estas alturas no saben algo, aunque sea poca cosa? Se trata de una mujer que ha sido asesinada en su propia cocina; es la esposa de un profesor y pertenece a la raza privilegiada —sonrió—. Siendo así deberíamos ver al Departamento actuar como en sus mejores tiempos, avanzando con determinación tras las huellas del culpable. Pero ¿qué es lo que vemos? No vemos nada. O, como tú dices de un modo tan benévolo: «la investigación sigue su curso».

—¿Qué tengo que hacer yo —preguntó Shannon con brusquedad—, demostrarles cómo deben resolver el caso?

—Lo que no debes hacer es escribir un suelto que parece que lo hayan escrito ellos. Para empezar, ¿por qué no han detenido al marido? Si esto hubiera ocurrido en un barrio más pobre, habrían

trincado al marido en menos de un minuto. Así que, ¿quién es el protector del profesor? ¿O tal vez no necesite a ninguno, por ser quien es y vivir donde vive? Sea como sea, eso sería una noticia, y no está en tu artículo.

—Ray, las cosas no funcionan así —Shannon encendió un cigarrillo—. Por lo menos en un caso de homicidio. Si lo hubieran encerrado, se habría negado a hablar. Mientras que así, pueden seguir interrogándole.

—No sé, no sé —dijo el director.

—¡Joder, Ray! —Shannon se puso en pie—. ¿Por qué no le encargas el caso a un periodista negro?

—Shannon, ¡qué contento estoy de que pienses como yo! Acabo de hacerlo.

Al ver que Randazzo metía la mano entera en el tarro de farmacia, cogía un buen puñado de caramelos ácidos y se lo metía en la boca, Green supuso que se atragantaría. Pero Randazzo, con su vozarrón de *bel canto* continuó su perorata como si tal cosa.

—Dejaste que Stubblefield se fuera de aquí. —Acercó el índice al pecho de Green—. Muy bien, no le podías acusar de nada. Pero luego te olvidaste de él ¡No volviste a hablar con él!

Green mordió su cigarro.

—No me olvidé de él. Traté de encontrarle pero había desaparecido.

—Demasiado tarde trataste de encontrarlo. —Randazzo se quedó mirando las fotografías que había encima de su mesa de despacho.

—Es usted quien decide qué casos son más importantes, teniente —dijo Green en tono helado—. Fue usted quien dijo que el caso Ginsburg tenía prioridad sobre los demás.

Randazzo enseñó los dientes en un simulacro de sonrisa y replicó:

—Y pensar que dijiste que tú no jugabas a eso, que para ti todos los cadáveres tienen la misma prioridad, que para ti un vagabundo en un cubo de basura y un juez eran lo mismo, ¡qué maravilla!

—Trato de no seguir esos jueguecitos, pero, verá usted, como sus órdenes son siempre tan sonoras y claras es difícil que no le influyan a uno.

Randazzo levantó ante sí las manos y lanzó una mirada de súplica hacia el techo.

—Es culpa mía. Él pierde a Stubblefield y es mi culpa.

—¿No eran esas sus órdenes? —dijo Green mirando con furia al teniente—. Ginsburg *über alles*.

—¿Qué tendrá que ver el tocino con la velocidad? ¿Por qué eres un detective y no un simple *shlimazl*^[*] de uniforme? Porque eres capaz de pensar. Para eso te pagan, ¡para que pienses! De modo que, fueran las que fueran mis órdenes, si hubieras pensado, no te habrías olvidado de Stubblefield. ¡*Schmuck!*^[****] Tanto si Stubblefield sabía algo como si no, aquellos incultos de allá se imaginaron que sí lo sabía, porque lo trajimos aquí y luego lo dejamos marchar. Y como lo dejamos ir, pensaron que nos había dicho algo, y por eso anoche se lo cargaron. ¿Las has visto? —Randazzo deslizó las fotos hacia Green por encima de la mesa.

El detective hizo una inclinación afirmativa con la cabeza, pero no las cogió.

—¡Échales otra ojeada! —Randazzo golpeó el tablero con los nudillos una vez, y otra más—. Un trabajo limpio y eficiente, justo en medio de la garganta. El pobre tipo intentó sacarse el cuchillo y entonces le dispararon detrás de la cabeza..., no fuera que no se desangrara lo bastante deprisa. Anda, míralas otra vez.

—¿Entonces qué quiere que haga? —dijo Green sin hacer caso de las fotografías—. ¿Dejarle a Sam el caso Ginsburg y volver al doble asesinato de la bodega? Me pondré en contacto con Domingo y haré que me diga por qué señaló a Stubblefield.

Randazzo se pasó una mano por los cabellos con tal violencia que Green pensó que se arrancaría algún mechón.

—Tu maldito Domingo ha hecho que mataran a ese tipo al traerlo aquí para que los otros pensarán que nos había dicho algo.

—Domingo pensó que su información era de fiar —dijo Green—. Si lo utilizaron, él no lo sabía. Pero ahora está en deuda con nosotros y descubriré todo lo que sabe.

—¡Y un cuerno lo descubrirás! —Randazzo dio un puñetazo sobre la mesa—. En primer lugar, ya no tienes nada que ver con los asesinatos de la bodega. En segundo lugar, tú y todos los que trabajan aquí vais a dejar de tratar a Domingo, excepto para machacarlo, cosa que me gustaría, me gustaría mucho.

Green cerró los puños y replicó:

—Nunca ha visto a Domingo ni sabe usted nada acerca de él, de modo que me está diciendo que mi opinión no vale un carajo. Este chico nos ha ayudado a solucionar algunos casos, y ahora usted va y me dice, ahí sentado, que sabe muy bien que Domingo le ha tendido una trampa a Stubblefield. ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede saberlo desde aquí?

Randazzo sonrió.

—¿Sabes por qué sé tantas cosas? —contestó—. Porque tengo entendederas hasta en el trasero, las tengo en todas partes. Por eso estoy sentado aquí. Y te voy a decir otra cosa: ese Domingo es hombre muerto, si no hoy mismo, será la semana o el mes próximos. ¡Vaya cara que pones! ¿Qué pasa, no puedes hacer nada sin ese soplón?

—Oiga —dijo Green—, si no le gusta mi trabajo...

—Siéntate —dijo Randazzo con amabilidad—. Todos cometemos errores. Yo mismo cometí un par hace tiempo, cuando estaba en quinto curso. ¿No te hace gracia? Incluso Riordan se ha equivocado alguna vez.

—No —dijo Green—, no puede ser. ¿A que después de esto me va a decir que a Garibaldi lo enchiquraron por sodomía?

—¡Calla! Bueno, pues sí, Riordan metió la pata unas cuantas veces. Jamás quiso reconocerlo, era tan tozudo como tú. Pero ocurre que, si nadie te echa en cara tus equivocaciones, las volverás a hacer. No hace falta que me beses la mano. ¿Quieres unos caramelos?

Green iba a decir que no, pero después alargó la mano.

—Otra cosa más, la última —dijo Randazzo—. El jefe de policía me está telefoneando continuamente porque su hermana no para de llamarle. Ella vive a dos manzanas de distancia de los Ginsburg y está furiosa. ¡Está que muerde! Noah, no veo que te muevas, ahí no hay actividad.

—En nuestros ficheros hay casos —dijo Green— que tardaron meses en verse solucionados. Algunos tardaron un año o más. Y hasta que llegó el desenlace no parecía verse ninguna actividad.

»Me estoy refiriendo a ciertos casos concretos; todos los llevaba el mismo individuo. Tenía una magnífica hoja de servicios, porque nunca se daba por vencido aunque le tomara muchísimo tiempo; y

cuando lograba solucionarlos, lo hacía de un modo perfecto. Todos los culpables fueron sentenciados, bueno, casi todos. Pues verás, estoy seguro de que en aquel tiempo el jefe de ese individuo le decía muchas veces: “¡Eh! ¿Por qué diablos no te mueves? ¡No veo ninguna actividad!”.

El teniente se echó a reír y contestó:

—Estás hablando del único e incomparable Randazzo. ¿Sabes lo que me decía Riordan cuando se impacientaba conmigo porque mis casos parecía que no adelantaban? Solía decir: «Ya sé por qué lo haces, Fortunato. Estás esperando a que llegue el día de la Resurrección Final para que no pueda haber errores, ya que entonces cada víctima podrá señalar a su verdugo». De todos modos, Noah, eres más listo de lo que pensaba, con esta investigación a la defensiva. Algún día, cuando tengamos tiempo, te contaré cosas de algunos de estos casos, los intrínquilis que no salen en los archivos.

»Sí, señor —añadió el teniente retrepándose en su asiento—, debe de haber sido muy instructivo repasar todos esos expedientes de Randazzo. Con ellos podría hacerse un serial de la tele. Pero ya hicieron *Colombo*, de modo que ya no habrá más seriales de polis italianos hasta dentro de cincuenta años.

»Okay —terminó Randazzo con una sonrisa radiante—, a partir de ahora, cada vez que te encuentres atascado piensa en lo que habría hecho Randazzo. —El teniente se levantó—. Eso quiere decir que ya no tendrás ninguna excusa.

10

GREEN SE ENCAMINÓ hacia el club de *jazz* situado en la calle Bleecker y para ello atravesó Washington Square Park, fijándose al hacerlo en la habitual pandilla de rateros, traficantes, y otra clase de aprovechados de intenciones menos evidentes. Sentado a solas en un banco había un adolescente negro con un impermeable oscuro. Llevaba un ojo vendado y justo debajo en la mejilla se veía una fea cicatriz reciente. Parecía como si le hubieran grabado una letra en la cara, aunque Green no habría podido asegurarlo.

Green consultó su reloj y se sentó en un banco lo más alejado posible del adolescente negro, al otro extremo del parque. Luego se levantó, caminó lentamente alrededor del banco y se volvió a sentar. Al cabo de unos minutos se le acercó un hombre negro de aspecto grasiento que, a pesar de que no tendría ni cuarenta años, había perdido casi todos los dientes. Andaba de un modo extraño, dando saltitos; finalmente se detuvo junto a la otra punta del banco que ocupaba Green y después de mirar en dirección opuesta, tomó asiento allí.

—Esto es estúpido —dijo Green—. Saben quien soy, así que ¿por qué te empeñas en que nos encontremos aquí?

—Oh —dijo el negro echándose a reír—, ya sabe por qué. Lleva tanto tiempo en el oficio que debe saber por qué. Quiero que sepan que soy poderoso, que tengo amigos influyentes. Y después, en cuanto le deje a usted, les diré, para aumentar mi prestigio, cómo me lo he quitado de encima. Verán que me he acercado al pez gordo y que le he dado el camelo. Verán que tengo trucos que el

tipo ni se huele. Bueno, ¿qué quiere?

—¿Qué me traes? Eres tú quien ha de hablar.

—Ah, sí. Pues va a haber guerra. Algunos de estos camellos han estado vendiendo mierda adulterada, ya sabe, toda clase de mierda que no lo es. Bueno, algunos de los tíos que compraron esta mierda vinieron esta tarde para vengarse y los otros les han dado para el pelo, una paliza de miedo. Van a volver y es seguro que habrá algún muerto, de modo que he pensado que ese es su departamento.

—¿Han dicho que piensan volver?

—¡Vaya si lo han dicho!, mientras se quitaban de la boca los trozos de dientes rotos, pero no han dicho cuándo.

Green paseó la mirada por el parque que se extendía a su alrededor y dijo:

—Está bien, haré una llamada.

—Será mejor que yo desaparezca durante los próximos dos días, ¿no? —dijo el negro con una risita—. Pero de veras no soporto que le hagan daño a la gente, aunque sea a esos latinos de mierda. Ya sabe, el sol sale para todos y todos tenemos el culo en el mismo sitio, de modo que todos somos iguales y tenemos que vivir hasta que la muerte se nos lleve. Es algo natural.

—Ya sé, ya sé —dijo Green encendiendo un cigarro—. Hay un dicho en el Talmud..., ¿sabes lo que es el Talmud?

—Claro, cuando vivía en Brooklyn fui un *Shabbes goy*^[*] durante un tiempo.

—Bien, pues el Talmud dice que el que salva una sola vida humana es como si salvara al mundo entero. Claro que por otro lado, ¿qué estás salvando aquí en este barrio? Pellejos rellenos de gérmenes nocivos. Creo que al mundo le iría muy bien si en lugar de salvarlos los dejaras que se aniquilaran unos a otros.

—Yo no soy Dios, capitán, y usted tampoco, aunque me parece que me está tomando el pelo.

—Hombre, no andas desencaminado. Dime quién es el chico de aquel banco, el del ojo vendado.

—Tyrone, no sé su apellido.

—¿No es uno de los muchachos de Barney?

—Lo era, aunque ahora está en el paro.

—¿Por qué?

—Esa gente no habla con los que no son de su grupo pero a

veces hablan muy alto entre ellos. Tyrone le hizo algo a una persona amiga de Barney; él no sabía que eran amigos y eso fue muy malo para él.

—¿Barney hizo que lo castigaran?

—Se lo encargó a Arthur. ¿Conoce a Arthur?

—¿El antillano que hace *jogging*?

—¡Brrrrrr! —El negro hizo ver que le recorría un escalofrío—, no quiero hablar más de él. Cuando Arthur hubo acabado con el chico, le dieron la patada. Eso es lo que le duele, y mucho. Más que lo que le hizo Arthur. Porque ahora, vamos a ver, ¿cómo va a poder progresar en la vida?

—Esa señal que le han hecho en la mejilla, ¿tiene forma de letra?

—No me he acercado lo bastante para verlo. Arthur es un chico con muy mala leche, y ahora aún la tiene peor.

—Está bien —dijo Green dejando caer al suelo dos billetes doblados de veinte dólares cada uno.

El negro se agachó como para abrocharse el zapato y los recogió.

—Todavía me habría dado más —dijo— si hubiera esperado a que hubiera un muerto para comunicarle el nombre del asesino.

Green contestó sonriente:

—¿Te parece que no es suficiente recompensa por haber salvado al mundo entero? —Dejó caer otro billete doblado de veinte dólares y se alejó.

Diez minutos después, Green estaba apoyado en la pared contigua a una puerta estrecha que daba entrada al Blue Light. El local, instalado en un sótano, era una habitación grande en forma de cueva. Un negro alto, de anchas espaldas y cabello gris le tocó a Green en un hombro.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Noah! —dijo—. ¿Viene de servicio o es su noche libre?

—Es mi noche libre —contestó Green.

—Eso no quiere decir nada para ustedes, los de la vieja ola. Fíjese en cómo toca el saxo tenor que está con Art Blakey. Es sangre nueva, ¡y solo tiene diecinueve años! Ojalá Mingus siguiera por aquí, le encantaría ese elemento. Es una fiera, y tiene los morros que se necesitan para soplar. Se lo traeré después, siempre va bien conocer a los triunfadores.

Shannon Leahy se bajó de un taxi, muy sonriente. Llevaba las gafas subidas, sujetando el pelo, y cuando vio que Green las miraba, dijo: «Oh, Dios mío», se las quitó y las guardó en una funda que metió en el bolso.

—Acabo de darle forma a un artículo —explicó.

—Me gustabas con ellas —dijo Green—, te dan un aspecto muy resuelto.

—Oh, sí, desde luego que estoy resuelta a lograrlo, pero el éxito se me escapa. Aunque..., ¿a quién le gustaría llegar y besar el santo? A mí sí, por descontado...

Una vez abajo, se sentaron a una mesa junto a la pared. Cuando el grupo salió a escena, Green fue diciendo los nombres de los músicos y le contó a la chica detalles de la vida de cada uno mientras ellos afinaban los instrumentos y esperaban a algún rezagado. La periodista pidió un coñac y el detective un *whisky* doble con agua.

—No me gusta llamar al camarero mientras están tocando —dijo.

Shannon Leahy le miró con una leve sonrisa y comentó.

—Mi marido también era muy considerado con los músicos. Era un oyente tan atento que encargaba tres dobles a la vez.

Green se dio un puñetazo en el muslo por debajo de la mesa.

—Desde luego —dijo—, estoy en baja forma, no me entero de nada. No se me había ocurrido que estuvieras casada.

—Y habrías acertado —respondió ella encendiendo un cigarrillo—. De eso hace ya mucho tiempo.

—Yo también estuve casado hace mucho tiempo —dijo Green—. Hasta me cuesta creerlo, es como si le hubiera ocurrido a otra persona.

—Sí —dijo ella—. Pero a mí me ha quedado un recuerdo permanente, mi hijo Joey. Tiene diez años. Mi matrimonio fue desastroso, pero ahora le tengo a él. ¿Tienes hijos?

Green sacudió la cabeza.

—No, mi mujer no quería estropear su carrera.

—¿A qué se dedicaba?

—Al «resbalón y patinazo».

—¿Cómo? —preguntó la periodista inclinándose hacia delante.

—Se ve que no escuchas música *country*, —Green dio el último

sorbo a su *whisky*—. Ruth era una de esas mujeres obsesionadas por comprar y tener lo mejor. Siempre estaba esperando encontrar a un hombre que fuera, como dicen, estupendo en la cama. Que fuera mejor que yo, el mejor de todos. Un tipo arrollador, ya sabes. Debía haberla dejado mucho antes, porque jamás intenté tomar parte en la competición, pero yo padecía de lo que mantiene juntos a muchos matrimonios desgraciados.

—¿Todavía la deseabas?

—¡Qué va! Me refiero a la inercia, yo seguía por inercia. Hasta que por fin ella me despidió, porque había encontrado a su ideal, al mago de las emociones. Pero él también buscaba lo mejor y no le duró mucho tiempo. Fue una lástima, ¿no?

Green se quedó mirando a la periodista, esperando a que hablara.

—Lo mío —dijo ella— es algo muy vulgar: mi matrimonio naufragó por culpa de la bebida. Mi marido era un periodista formidable, siempre que estuviera sereno, claro. Pero era un enfermo, y yo me cansé de hacer de enfermera.

—¿Sigue en la ciudad?

—No, que sepamos, y no pienso buscarle.

Los músicos comenzaron a tocar. Cuando ya llevaban interpretada la mitad de la primera pieza, el saxofonista de diecinueve años, un negro bajo y musculoso, se acercó al micrófono. Levantó su instrumento formando un ángulo con su cuerpo, y lanzó una nota tan potente y quejumbrosa que al instante se hizo un silencio maravilloso entre el público. Su música era fuerte, penetrante y tenía algo de hambrienta. A ratos, sus frases melódicas evocaban la voz de un predicador de los de antaño, pero otras veces emitía unos gruñidos, chillidos y murmullos demoníacos que brotaban en cascada de los acordes. Green pensó que parecían surgidos de un *dybbuk*^[*]. Quizá dentro de aquel cuerpo estuviera Nat Turner o Charlie Parker o Barney... Pero Barney aún no estaba muerto.

—¡Dios mío! —dijo Shannon Leahy cuando la canción hubo terminado—. Pensar lo que este chico lleva dentro, y seguro que todavía no se había calentado. Cuando vas por la calle y ves a un tipo así no tienes ni idea de que...

—Menos mal que toca el saxofón —dijo Green—. Si no, ¿qué iba

a hacer con toda esta ferocidad que tiene dentro?

—Es una visión muy estrecha —dijo ella—, eso es deformación profesional. Porque podría ser profesor o predicador o detective. Sí, podría ser detective.

—¿Piensas que por dentro yo soy como él?

Shannon Leahy le dirigió una sonrisa.

—Sí —dijo—. Tal vez con un ritmo diferente, más lento, pero eres igual de feroz por dentro.

Al finalizar la primera parte, Green encargó otros dos *whiskies* dobles y otro coñac. Un hombre de pelo gris y barba blanca de chivo acompañó al joven saxofonista hasta su mesa.

Green presentó al hombre mayor a la periodista:

—Charlie Hansen, el gerente del local.

—Y este es Drew —dijo Hansen—, Drew Hall.

—Es el *jazz* más impresionante que he oído hace tiempo —le dijo Green al saxofonista.

—Esta es su opinión —contestó Hall suavemente y con una sonrisa—, pero se lo agradezco mucho.

Green entonces añadió:

—He debido decir *jazz* hecho por negros —y se quedó algo ofendido al notar que Shannon Leahy le observaba con aire divertido.

—Todas las palabras ponen límites al pensamiento, señor Green —dijo el saxofonista—. Tal vez es más conveniente no ponerle etiquetas a todo lo que oímos.

—Esto es lo que decía Trane —dijo Green mirando a Shannon.

—Sí, lo dijo John Coltrane. —Hall asintió con la cabeza—. Lo decía a menudo. Por eso llegó tan lejos, ninguno de nosotros está a su altura.

—Usted lo estará —dijo la periodista.

—No —dijo Hall sin énfasis—. No si lo intento, ¿comprende lo que quiero decir?

Shannon Leahy respondió:

—Mi padre solía decir: «Si no quieres ser del montón, has de cantar tu propia canción».

Drew Hall sonrió.

—Es usted muy lista —dijo—. Estoy encantado de haberla conocido. —Se volvió hacia Green—. Y a usted también, señor.

—No sabía que estuvieras tan al día —dijo Green cuando Hall y el gerente del club les dejaron solos—. Me siento como si fuera tu viejo tío de Des Moines.

Leahy echó una mirada a su reloj.

—Bueno, querido tío —le dijo a Green—, es hora de que me vaya a casa.

—Te acompañaré. —Green hizo seña a un camarero.

—No, no quiero que te molestes, tomaré un taxi.

—Perdona —dijo Green.

—¡Oh, mierda! —Leahy sacudió la cabeza—. Claro que puedes acompañarme. —Se echó a reír—. No estaba segura de que quisieras, y tú no estabas seguro de que yo lo quisiera. ¿Qué tontos somos, verdad? A nuestra edad...

—¡Nuestra edad! Si debes de tener treinta años.

—Justo.

—De modo que puedo ser tu padre.

Shannon miró a Noah con una expresión un tanto burlona.

—Eres un hombre muy tímido, Noah, pero eso forma parte de tu encanto.

—¿Qué encanto? —preguntó Green con un gruñido fingido.

Disimulando a medias una sonrisa, Shannon miró a Green a los ojos, haciéndole sentir muy incómodo.

—Recuerda lo que ha dicho el músico, Noah, las palabras ponen límites. Vámonos, no solo la canguro ha de estar en su casa a las once y media, sino que Joey, si no llego a las diez y logra mantenerse despierto, empieza a sufrir por mí. Se imagina que estoy tirada en un callejón con un puñal clavado en el pecho.

Green tuvo la visión de Kathleen Ginsburg en el suelo de la cocina y se levantó de la mesa.

—Espero —dijo— que tengas cuidado con quién sales.

Shannon soltó una carcajada.

—¡Qué gracia! —dijo—. Eres un hombre muy divertido.

11

AQUELLA MISMA NOCHE, a las tres de la madrugada, Bama regresaba caminando a su casa desde un desván del Soho en donde había estado tocando con otros músicos. Parecía volar, o mejor flotar, como hubiera dicho cualquiera que hubiese bebido tanto y tan a gusto como él durante toda la noche y ahora lo estuviera oyendo cantar en la calle.

*Oh, Satan, he came by my hear-rrr-t,
Throw brickbats in the door.*

Bama se detuvo, se tambaleó y rio.

*But Master
JE-SUS
! come with the brush,
Make cleaner than before.*

Desde un portal, dos secuaces de Barney que aprovechaban su tiempo libre, examinaron esta posible víctima, la última antes del alba.

—No sé con qué —dijo uno—, pero el tío está flipado. Lo podemos tumbar con un dedo.

—¿Cómo es posible que cante como un negro? —dijo el otro.

—Hoy en día todo el mundo lo hace.

—No sé, tal vez es un albino. Nos traerá mala suerte.

—¿Quién lo dice?

—¡Qué sé yo!, tu madre. Pero es que tengo un pálpito, a lo mejor está loco, y no se sabe nunca lo que es capaz de hacer un loco.

—Coño, de todos modos no parece que tenga ni dos dólares. Ese gilipollas no sabe la suerte que ha tenido.

Y las dos criaturas nocturnas se dirigieron, tiritando a causa del viento que soplabá desde el río, a una cafetería abierta toda la noche, y uno de ellos comentó:

—Oye, tú, los macarras siempre están bien al abrigo.

—Tenemos que dejar a Barney, tenemos que hacerlo —dijo su compañero.

—Sí. —El primero se tocó la garganta—. Bueno, alguien acabará algún día con Barney y entonces nos veremos libres.

El otro se echó a reír y apostilló:

—¿Otra vez?

Detrás de ellos, Bama se dedicaba a dirigir un enorme coro en medio de la calle:

*Brothers,
don't
you hear the horn?*

Bama se inclinó hacia el grupo de cantores situado a su derecha.

Yes, Lord, I hear the horn.

Bama se balanceó hacia la izquierda y, levantando las manos con las palmas hacia arriba, cantó:

*Sisters,
don't
you hear the horn?*

Yes, Lord, I hear the horn.

Los chicos de Barney se volvieron a mirarlo, y uno de ellos le gritó:

—¡No puedo oír nada, tengo la cabeza dentro de tu madre!

Bama parecía no enterarse de lo que ocurría en la calle y oír solo las voces de los cantores a su alrededor. Alzó los brazos casi en vertical.

*Mourners
don't
you hear the horn?*

Luego, doblándose casi hasta tocar el suelo, Bama cantó bajito y en tono agudo:

*Yes, Lord, I hear the horn.
It sounds like my
Daddy's
horn.*

Después de despedir al coro con un aplauso, Bama ejecutó un salto vistoso aunque algo inseguro, dio unos pasos rápidos de baile escocés y otros largos y deslizantes con ritmo de vals y siguió su camino hacia casa.

Abrió la puerta con gran cuidado pero no oyó nada, ni siquiera a *Merle Haggard*; el salón estaba vacío y fue de puntillas hasta el dormitorio, vacío también. Empezó a temblar y corrió hacia la cocina tropezando y gritando «¡Emma! ¡Emma! ¡Emma!» hasta que se le quebró la voz. Allí, hecha un ovillo en el suelo, con la cabeza apoyada en el brazo derecho, estaba Emma. De su espalda, hundido hasta la empuñadura, sobresalía un cuchillo. Tenía heridas en el cuello y los brazos y, ¡Dios mío!, en todas partes. Al inclinarse sobre ella Bama vio, al otro lado de la habitación, a *Merle Haggard* que, con un tajo en la garganta, le miraba expresando una vergüenza infinita.

Bama se arrodilló junto a su mujer y comprobó que no respiraba ni tenía pulso. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, como nunca los había visto. La puerta de la nevera estaba entornada y una botella de leche se había estrellado en el suelo. Bama volvió a

mirarle los ojos y tuvo que cerrar los suyos, mientras un sonido desgarrador se abría paso en su garganta convirtiéndose en un gemido que fue subiendo de tono hasta llegar a ser un alarido. Al mismo tiempo, Bama se golpeaba la cabeza contra el suelo. Luego se hizo el silencio.

Con el rostro inexpresivo, Bama se encaminó hacia la puerta, pero a medio camino se paró y se dirigió al teléfono, en el que marcó el número particular de Noah Green.

—Emma ha muerto —dijo con voz monótona—, acabo de encontrarla. Acabo de encontrarla. La acabo de encontrar con un cuchillo clavado en la espalda.

Cuando Green habló, parecía que se estuviera ahogando.

—Voy ahora mismo —dijo.

—Está tan quieta... ¿Cómo es posible que Emma esté tan quieta?

—Bama, quédate ahí. No te muevas.

El violinista colgó el teléfono, volvió a inclinarse sobre Emma, miró a *Merle Haggard*, después llenó de *whisky* un vaso de agua, lo vació en el fregadero y salió del piso.

Aquella noche, Sam McKibbon se había ido a dormir temprano, pero se había vuelto a levantar y a las dos de la madrugada estaba paseando. Primero había entrado en un garito donde se mezcló en una partida de póquer que le dejó casi sin blanca, y ahora estaba en una cafetería de horario nocturno situada en Chelsea, cerca de su apartamento. McKibbon pidió otra taza de café, encendió la pipa, sintió un crujido y volvió a sacarse la pipa de la boca.

«Mierda, otra boquilla rota. La taza de café. Los muchachos que rastrearon la escena del crimen no mencionan ninguna taza de café. No vieron más tazas de café que las que estaban en el lavaplatos, y ya habían sido lavadas».

Se sacó otra pipa del bolsillo y la cargó con toda calma. «¿Qué solía decir el señor Goldfarb cuando no entendíamos las matemáticas? “Si no sabéis adónde vais, cualquier camino os llevará allí”. Bueno, Sam, escoge cualquier camino.

»El de Connie es un callejón sin salida, Noah no logró nada positivo con las dos tortilleras. ¡Un momento! El marica, Whipple. No anda lejos de la escena. Noah dice que la violencia no va con

Whipple. Mierda, a veces, cuando salta un resorte, cualquiera es capaz de un acto de violencia. Todo el mundo es capaz de cualquier cosa en un momento dado.

»Por lo menos el marica debe de saber algo. Los confidentes no dicen todo lo que saben. No había pensado en Whipple, porque los soplonos no se notan, se confunden con el paisaje. Es una buena razón para convertirse en un soplón».

McKibbon se encogió de hombros y después de levantarse, consultó su reloj, se puso el abrigo y salió del local. «Encontraré al chaval ese, Horowitz, camino del colegio. Después iré a comisaría».

El chico delgado con la espesa y pelirroja mata de cabellos estaba sentado frente a McKibbon ante una mesita de un café situado en la esquina de la calle donde había vivido Kathleen Ginsburg.

—Lo he estado intentando —dijo el muchacho—, pero solo logro recordar a una persona de poca estatura, y vista de espaldas.

—¿Andaba de alguna manera especial? —preguntó McKibbon.

—Creo que algo encorvada —contestó el chico—. Pero hacía mucho frío aquella noche.

—¿Recuerdas algo más de su manera de andar?

El muchacho sacudió la cabeza.

—Si la viera otra vez, quizá... Me refiero a que si usted tuviera algún sospechoso que pudiera ser esa persona, y yo pudiese verlo caminar, entonces tal vez recordaría alguna cosa.

—¿Crees que la señora Ginsburg y esa otra persona llegaron a verte?

Al decir eso, McKibbon miraba el brillante pelo rojo de Horowitz.

—Yo no traté de esconderme ni nada por el estilo. Me disponía a subir los escalones, y me iluminaba la luz de un farol que está muy cerca.

—¿Llevabas una gorra o algo en la cabeza?

—Nunca me cubro la cabeza porque si me pongo algo encima me da dolor de cabeza.

—Seguiremos en contacto, Adam —dijo McKibbon—. Quiero hacer un experimento.

—¿Qué clase de experimento?

—Vamos a ver si podemos reavivar tus recuerdos, o los recuerdos de otra persona. Pero ha de ser con tu consentimiento; ¿te parece bien?

—Ya lo creo —dijo el chico—, lo que usted quiera, porque no podemos dejar que el asesino campe a sus anchas. De modo que puede disponer de todo mi tiempo, el que haga falta.

—¡Para el carro! —dijo el detective—. No quiero ser el responsable de que suspendas los exámenes. Lo haremos después de las clases y no nos tomará mucho tiempo. Pero no vayas a cambiar de parecer y te tapes esa hermosa mata de pelo con una gorra o alguna cosa así.

Bama se había ido sin dejar rastro, ni el más mínimo. Esa tarde la orquesta con la que él solía tocar estaba ensayando en el Lone Star Café, un local situado en el extremo norte del Village al que acudían muchos inmigrantes tejanos y otras personas que se sentían tejanas de corazón. Era un local grande parecido a un teatro, que poseía una especie de anfiteatro y una escalinata imponente. A pesar de que la acústica era pésima, el negocio marchaba a las mil maravillas.

—Le ha salido un competidor en el caso de Emma —le dijo a Green el músico de la guitarra eléctrica durante un descanso de la orquesta. Era un hombre barrigón de escaso pelo rubio que con su sonrisa amplia pero nada amistosa siempre había disgustado al detective. Green nunca había podido comprender cómo Bama podía ser tan íntimo amigo de aquel tipo.

—Ya lo sé —dijo el detective encendiendo un cigarro.

—¿Cómo está el bueno de *Haggard*? —preguntó el músico.

—Sobrevivirá. La herida era espantosa, pero el veterinario se la cosió muy bien. No obstante, ha perdido todo su espíritu combativo.

—¿Dónde está?

—Connigo, lo estoy cuidando para Bama. Dígaselo a Bama, Carl.

El guitarrista se frotó la nariz con la mano libre y dijo:

—Oiga, Bama no es tonto y ninguno de nosotros vamos a verle el pelo hasta que haya hecho lo que tiene que hacer.

—Suponiendo que sepa lo que hace —dijo Green—. Y aunque lo

sepa, Bama no tiene licencia para matar.

—Oh, no sé —dijo despacio el guitarrista—, incluso un jurado de Nueva York puede opinar de otro modo.

—Si logra usted hablar con él —dijo Green clavando la mirada en los ojos de Carl— díglele que sé muchas más cosas que él, y que por eso le conviene ponerse en contacto conmigo. A no ser que le importe un pito saber quién ha matado a Emma y se dedique a hacer su número de «soy el rey de la selva». Dígaselo tal como yo se lo digo, con las mismas palabras.

—No tengo buena memoria —respondió Carl con una sonrisa—. Dígaselo usted. Y le diré otra cosa, no sabe usted más que él, porque si no, ya tendría a algún tipo trincado en una celda aunque las pruebas contra él no fueran demasiado sólidas, solo para evitar que Bama lo hiciera pedazos.

Green golpeó el pecho de Carl con el dedo y repitió:

—Quiero que le dé mi mensaje, y sin comentarios, porque si no le voy a joder a usted vivo. —Se disponía a hincarle de nuevo el dedo en el pecho cuando Carl se lo apartó de un manotazo.

—La última vez que un chico judío trató de darme golpecitos con el dedo —gruñó Carl—, se lo corté de un mordisco, lo planté en el suelo y de allí salió un árbol cargado de billetes. Acabo de gastarme el último.

Green dejó caer su cigarro, todavía encendido, dentro de la guitarra y dijo:

—La próxima vez, seré yo quien le plante a usted. Dele mi recado a Bama.

Se metió el puño en el bolsillo y salió del Lone Star. Mientras caminaba rápidamente para alejarse del centro de la ciudad, Green oyó una voz aflautada y melodiosa que le decía con suavidad:

—Eh, no tan de prisa, hombre. Parecerá que le estoy persiguiendo y vamos a llamar la atención.

Un hombre bajo y fornido con un rostro amable de color chocolate y unos ojos que parecían de color amarillo, se puso al lado de Green.

—Supuse que le gustaría saber las noticias —dijo sonriente—, a pesar de que el teniente me haya puesto en la lista negra.

—Escucha, Domingo —dijo Green con una mirada severa—, quiero hablar contigo de Stubblefield.

—Luego, hombre. ¿No quiere saber lo que le traigo? Además, lo que el teniente dice de mí y de Stubblefield no son más que gilipolleces. Me conoce de sobras, Noah, y sabe que no le pasaría información falsa si supiera que era falsa. Creí que lo que le dije de Stubblefield era trigo limpio, y a lo mejor lo era. El que lo hayan liquidado no significa forzosamente que no sea él el asesino de la pareja de viejos de la bodega.

—¿Quién te dio el nombre de Stubblefield? —preguntó Green con la misma entonación gélida.

—Hombre —Domingo lanzó una rápida ojeada a su alrededor y al otro lado de la calle—, en cuanto se lo diga, soy hombre muerto. Y haga lo que haga, no se lo diré, ya sabe cuándo hablo en serio. Me puede enchironar, puede tenerme encerrado durante cien años, pero yo no pienso suicidarme, ni hablar. Bueno, ¿quiere saber mis noticias o no, Noah? Nunca me ha hecho daño, de modo que voy a hacer algo por usted. Sé que la señora de la librería era amiga suya.

—De todos modos vamos a tener una larga conversación, tú y yo a solas, acerca de Stubblefield. Pero continúa.

—Es con respecto a ese chico, Tyrone, el del ojo herido, aquel que usted preguntaba quién era en el parque.

Green meneó la cabeza.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Ni que me hubiera puesto a hablar por un altavoz!

—Ya lo hizo —dijo Domingo con una risita sofocada—. Cuando habla con esa especie de escoba danzante sin un solo diente que ronda por el parque, es como si estuviera dirigiéndose al mundo entero. Sea como sea, Tyrone perdió el ojo y lo echaron de la tropa de Barney por la única razón de que trató de meterse con la damita de la librería. Ella se enfadó y le contó a Barney lo que hizo Tyrone, y a Barney le gustaba esa señora, y por eso apartaron a Tyrone. Y también por eso le grabaron esa letra en la cara.

—¿Qué letra es?

—La C de coño, que era la palabra favorita de Tyrone.

Green encendió un cigarro y preguntó:

—¿Así que Tyrone mató a Emma porque ella lo denunció a Barney para que lo castigara?

—A mí no me lo pregunte, hombre, yo solo paso las noticias. Y esta noticia ha estado circulando, de modo que puede haber llegado

hasta el violinista. Al parque vienen toda clase de músicos. — Domingo sonrió—. Pero usted no sabía por qué se las había cargado Tyrone hasta ahora que se lo acabo de decir, ¿verdad?

Green inclinó la cabeza asintiendo y en el rostro de Domingo se dibujó una radiante sonrisa de satisfacción.

—Vale —dijo Domingo—, no le diga al teniente que nos hemos visto y yo tampoco se lo diré. —Domingo lanzó una risilla—. Solo quería demostrarle que puede seguir confiando en mí. Que pase un buen día.

Domingo se alejó. Green se dispuso a seguirle pero luego se detuvo, comprobó que llevaba el revólver y siguió su camino para salir del centro de la ciudad.

12

GREEN SUBIÓ CORRIENDO LAS ESCALERAS y entró en la sala general de la brigada. Furioso consigo mismo porque la carrera le hacía jadear, se apoyó en una mesa y al divisar a McKibbon le dijo respirando con dificultad:

—Tenemos que encontrar a Barney ahora mismo.

McKibbon levantó una mano y apuntó con un dedo en dirección al despacho de Randazzo. La puerta del despacho estaba cerrada.

—Barney nos ha encontrado a nosotros —dijo McKibbon—. Dijo que solo hablaría con el jefe, y eso es lo que está haciendo ahora. ¿Quieres ponerme al corriente de los acontecimientos antes de que Randazzo nos llame?

Green le contó en dos palabras el informe de Domingo, añadiendo:

—Ese maldito Tyrone mató a Emma y tenemos que cogerle antes de que lo encuentre Bama. Barney será el perro perdiguero.

—Una cosa —dijo McKibbon—. ¿Por qué Emma no te contó lo que le ocurrió en la librería?

—Porque yo siempre la estaba riñendo por quedarse sola en la tienda, y si me lo hubiese contado aún la hubiera reñido más. Y aparte, ella pensaba que con un novato como aquel no necesitaba ayuda.

Atravesaron la habitación y se acercaron al despacho de Randazzo. Green llamó a la puerta y la abrió sin esperar. El gigantón negro se estaba echando a la boca un puñado de caramelos ácidos mientras Randazzo lo contemplaba con

aborrecimiento.

—Lo acabamos de transmitir por radio —dijo Randazzo sombrío—, y el coche patrulla va a llegar de un momento a otro. ¿Sabéis de qué va la cosa?

—Me acabo de enterar —dijo Green.

Barney le saludó con un gesto lánguido, pero cuando advirtió la mirada helada de McKibbon, dejó caer la mano y, dirigiéndose a Green, le dijo:

—No sé si Tyrone todavía vive allí. En cuanto me enteré de lo de Emma me fui para allí, pero no quedaba rastro del chico. Algunos de mis hombres han estado vigilando, pero no han sabido nada. En el barrio nadie lo ha visto desde... desde lo ocurrido. Les va a parecer raro que diga esto, pero ojalá lo hubieran ustedes detenido.

—¿Nos lo habría traído si lo hubiera encontrado? —preguntó McKibbon mirando el reloj que había encima de la mesa de Randazzo.

—Sí —respondió Barney—. Después del trabajo que me tomé con el chaval... Cuando lo encontré era como una rata de cloaca, un granuja vicioso. Pensé que al final había logrado sacar algún provecho de él, pero ¡qué va!, estaba demasiado maleado. Mierda, créanme —Barney se volvió para quedar frente a Green—, créanme que estoy hecho polvo por lo que le ha pasado a Emma. Bueno, joder, no me importa lo que crean, pero estoy destrozado. Pero a pesar de que Tyrone es una escoria, no quiero que se las cargue de este modo, aunque haya hecho lo que haya hecho.

—Es raro que esté tan preocupado por él después de lo que usted mismo le ha hecho —dijo Green.

—No sé de qué está hablando —dijo Barney mirando el tarro de caramelos que Randazzo se apresuró a poner fuera de su alcance—. Pero, coño, cualquiera sabe lo que ese violinista es capaz de hacer. Para empezar, puede arrancarle los cojones a Tyrone. Ese músico es una fiera, es peligroso de verdad.

—Aquí hay algo más. —McKibbon le lanzó a Barney una bocanada de humo de su pipa—. No ha venido aquí solo para cuidar de los huevos de ese tipejo.

—El señor Richmond —dijo Randazzo en tono áspero— está aquí para que veamos cuánto respeta al Departamento. Ha venido para ayudarnos a encontrar al chico, pero también por otra razón.

Dígaselo, basura.

Barney se sobresaltó ante el insulto, pero luego sonrió.

—Sé cuándo tengo que pagar —dijo—, y lo hago. Suelte todos los insultos que quiera, comandante, si así se desahoga.

—Puerco —dijo Randazzo.

—¡Adelante! —Barney extendió los brazos como un predicador—. Estoy dispuesto a escucharle.

—¡Guarro! —dijo Randazzo.

—Vaya —Barney se apoyó contra la pared—. No está en su mejor forma esta mañana, comandante. —Miró a McKibbon—. Préstale algunas palabras, hermano, de esas que usamos nosotros. Verá cómo se sentirá mejor.

—¿Sabe qué es lo que más me gustaría hacer? —dijo McKibbon inclinándose hacia Barney.

—No, ¿qué es, hermano?

—Pues observarle mientras se está muriendo, durante mucho tiempo; un mes, tal vez más.

Barney se echó a reír y Green le preguntó a Randazzo:

—¿Cuál es la otra razón de que este tipo haya venido?

Pero fue Barney el que respondió:

—Que yo también puedo estar en la lista de ese loco. Porque si uno se carga, por ejemplo, a uno de los chicos de Fagin, así, a lo bestia, también tiene que cargarse a Fagin si quiere terminar el trabajo. Oigan, el músico pensará que yo tengo la culpa de lo que hizo el muchacho, ¿entienden? Porque si no fuera por mí, quizá el chico nunca se habría acercado a Emma. Podía haberse quedado en los arrabales, o en

Bed-Stuy

o yo que sé dónde... Vaya usted a saber lo que puede pensar un tipo con un temperamento tan salvaje. Pero como sabe que estoy relacionado con el chico, seguro que me echará la culpa de lo que ha hecho. No les estoy pidiendo protección policial...

—¡Un momento! —rugió Randazzo—. Sería un verdadero placer prestarle protección policial. Me adjudicaría a mí mismo el primer turno... y el segundo, haría doble turno.

—Y mientras yo estuviera dormido —dijo Barney riendo entre dientes— me metería un regalito en el bolsillo. No, qué va, no les estoy pidiendo que me protejan, ya me protegeré yo desapareciendo

de la circulación durante una temporada. No puedo arriesgarme con ese loco suelto. Pero solo quiero que sepan que si me encuentra, tendré que defenderme. Quiero que lo hagan constar en mi ficha, que si ese señorito me viene a buscar tendré que cuidar de mí mismo, ¿me explico?

—¿Quiere que le demos una licencia? —le gritó Green.

—Silencio —dijo Randazzo—, ya le he explicado al señor Richmond que lo que él ha dicho solo se puede poner en su ficha para demostrar más tarde, ante un tribunal que tenía intención de matar.

Llamaron a la puerta y entró un detective.

—Hemos entrado en el apartamento —dijo— y allí no había nadie. Solo unas pocas ropas.

Nadie habló durante un buen rato, y después Green dijo:

—Seguramente hace tiempo que se ha largado. Habrá tomado un autobús.

—Pues sí señor —dijo Barney mirándose las uñas—. Espero que ese loco deje a Tyrone en trozos bastante grandes como para que puedan identificarlo.

El día siguiente por la tarde, Sam McKibbon y el chico pelirrojo salieron de una estación de metro en el Soho.

—¿Ves esa confitería? —dijo McKibbon señalando al otro lado de la calle—. Ahí es donde cada tarde va a buscar el *Post* alrededor de las cuatro. Nos queda muy poco tiempo. Yo estaré en esa librería de ahí atrás.

—¿Y qué tendré que hacer? —preguntó Adam Horowitz.

—Esperarás un rato en esa tienda comprando tebeos —McKibbon meneó la cabeza—. Oh, perdona, cómprate lo que quieras. —Le tendió al chico un billete de cinco dólares—. Primero le echas una mirada y luego, cuando salga de la tienda y camine por la calle, lo examinas con atención, ¿vale?

Horowitz dijo que sí con la cabeza. McKibbon entró en la librería y empezó a hojear los libros de los estantes situados junto al escaparate. Por su parte, Horowitz, en la otra tienda, contempló las hileras de tebeos y se sintió disgustado.

—¿No tiene el *Scientific American*? —le preguntó a la mujer de

cierta edad que estaba detrás del mostrador.

No lo tenía, como tampoco tenía el *Bulletin of the Atomic Scientists*, *The Progressive* ni *Inquiry*. El chico suspiró y estaba a punto de coger, con cierta repugnancia, un número de *Rolling Stone*, cuando una voz aterciopelada dijo alegremente a sus espaldas:

—¿Cómo está, señora Arricola?

—Como siempre, señor Whipple, como siempre, no puedo quejarme. La cuestión es pasar el día sin tropiezos.

—Es lo que digo yo —dijo Whipple mientras pagaba el *Post*—. Me siento aliviado cuando llega la noche.

Y se dispuso a salir de la tienda cuando de pronto vio al chico. Whipple se dio la vuelta, se acercó al mostrador y pidió un paquete de Marlboro. Mientras se hurgaba en el bolsillo de la chaqueta en busca del dinero, Whipple dirigió la mirada hacia el lugar donde estaba Horowitz, pero sin fijarse, al parecer, en ningún objeto determinado.

Poco después de la partida de Whipple, el chico salió a la calle y observó al hombre caminar a lo largo de toda la manzana. Cuando Whipple dobló la esquina, Horowitz cruzó la calle y se sorprendió al ver a McKibbon esperándole ante la librería.

—Silencio —dijo McKibbon viendo que el chico iba a hablar—. Veamos si tu jugada ha surtido efecto.

Whipple volvió a salir de detrás de la esquina que acababa de doblar, se quedó parado, vio al muchacho con el detective y emprendió la marcha calle abajo.

—Creo que nuestro amigo no va a dormir muy bien esta noche —dijo McKibbon.

—¿Piensa usted que me ha reconocido? —preguntó Horowitz.

—Creo que nos ha reconocido a los dos —dijo McKibbon—. Así no hay miedo de que vaya a molestarte.

—¿Por eso me esperaba usted en la calle?

—Bueno, si solo te hubiera visto a ti y hubiera sospechado que en la tienda hacías algo más que comprar revistas, podía ocurrírsele hacer alguna cosa rara.

—Pero ahora lo sabe, sabe que yo hacía algo más que comprar revistas.

—Pero también sabe que yo sé que no estabas allí solo para comprar revistas. De modo que si quiere meterse contigo, tendrá

que meterse conmigo y eso no lo quiere hacer. De ninguna manera. Así que no tienes de qué preocuparte.

—Siento decírselo —dijo el chico—, pero le he observado caminar por la calle con muchísima atención y no puedo asegurar que sea la misma persona que vi con la señora Ginsburg la noche en que la mataron. No estoy seguro. Claro que ahora caminaba todo encorvado a pesar de que hoy no hace mucho frío, pero hay gente que anda así siempre.

—Está muy bien, simpático —dijo McKibbon—, me has ayudado mucho. Ahora dejaremos que el tipo se cueza en su propio jugo, y después él y yo charlaremos un ratito.

—Él lo hizo, ¿verdad?

—Cada cosa a su tiempo. Vamos a recapitular, que es algo que nos gusta hacer a los detectives. Al tipo le has interesado mucho porque (es solo una suposición) se ha acordado de tu vistoso cabello rojo. Por consiguiente, puede ser él quien estaba en la calle con la señora Ginsburg la noche del asesinato. Todavía no podemos decir que estuvo con ella en la cocina más tarde. Pero hay que andar por pasos.

Dejaron el barrio del Soho y se encaminaron en dirección norte hacia Greenwich Village. De pronto, al pasar frente a una escuela abandonada, McKibbon se detuvo. En la esquina más alejada del patio de recreo, debajo de una pila de escombros formada por un banco roto, una papelera volcada y cajas de cartón vacías y medio podridas, el detective vio sobresalir un zapato.

—Quédate aquí —le dijo al chico.

McKibbon se acercó al montón de escombros, atisbo en su interior, y allí, encogido contra la pared, descubrió a un joven negro de unos diecinueve años, cubierto con un impermeable negro. Tenía la cabeza inclinada y le habían volado la base del cráneo.

«Dos balas, quizá tres», pensó McKibbon cerrando los ojos un momento. Después volvió y le dijo al chico:

—Bueno, muchacho, será mejor que te vayas a tu casa. Yo tengo trabajo aquí.

—¡Oiga, quiero verlo! —exclamó el chico entrando en el patio.

McKibbon lo agarró por el cuello de la chaqueta.

—No, no quieres verlo. Créeme, más vale que no le veas. O no me creas si no quieres, pero lárgate de aquí.

Horowitz se marchó con aire enfurruñado. McKibbon regresó a la esquina del patio, contempló al joven negro sin vida y le dijo:

—Desde luego te vengaste, Tyrone, pero ¿a que eso no te hace más feliz ahora?

Aquella tarde, una tarde suave de diciembre, en la entrada de una tienda de ropa para caballeros situada en la esquina de la Sexta avenida con la calle Ocho, cuatro jóvenes estaban tocando el *Cuarteto número 19 en Do para cuerdas* de Mozart, el llamado «*Cuarteto Disonante*». En aquella esquina de aquel barrio y en medio de los habituales sonidos nocturnos de la ciudad, la armonía de aquellas cuerdas era tan curiosamente apaciguadora que los delincuentes de todo pelaje, para no hablar ya de los buenos ciudadanos que iban a comprar fruta o café, permanecían allí parados sin hacer nada más que escuchar... Algunos sonreían y a otros se les veía turbados por lo extraño de aquella pasión controlada y melodiosa.

Green, sin embargo, no estaba de humor, porque lo que él andaba buscando sin tregua era un violinista solista que se dedicaba a otro estilo de música. Iba a pasar de largo cuando alguien le tocó en el hombro. Green se volvió rápidamente con los puños apretados y se vio ante un hombrecillo de aspecto frágil, que le miraba con una expresión de enfado en su rostro tenso.

—¿Qué demonios está pasando, Noah? —La voz de Crocker Whipple sonaba ronca y agitada.

—No pierdas la serenidad, amigo mío —le dijo Green.

Este vio un portal vacío un poco más allá, se dirigió a él y a los pocos segundos Whipple se reunió con él.

—Esta tarde me han seguido —dijo Whipple con indignación—. Su compañero me ha hecho seguir por un jovencito, uno de esos judíos..., perdone, hombre, es que estoy nervioso. ¿Por qué se le ha ocurrido eso?

—No sabía nada —dijo Green—. ¿Has hecho algo que yo no sepa?

El hombrecillo se mordió el labio.

—Si me mientes, Noah —dijo—, hemos terminado. Lo que hago por ti es ya suficientemente peligroso, pero si encima me vais a liar,

podéis iros a la mierda.

—Este es un país libre —dijo Green mirando a la muchedumbre de peatones—, de modo que acepto tu renuncia.

—¿Por qué la habéis tomado conmigo? —se quejó Whipple. Movía sin cesar los dedos, como si no supiera dónde ponerlos.

—Agradecemos tus largos meses de dedicación y tus servicios que por lo general han sido de fiar, pero comprendemos que puesto que tu trabajo ha sido voluntario...

—Una mierda, voluntario. Hicimos un trato cuando me salvaste de ser condenado por posesión de material obsceno, y desde luego me has estado cobrando unos intereses bien altos...

—Eran unas fotos muy bonitas —dijo Green sin dejar de observar a los transeúntes—. Unos temas realmente románticos, simpáticos muchachos juguetones dándose unos a otros por el culo. Y en color. Se veían brillar sus ojillos. Pero la que más me gustó fue aquella foto tan artística del negrito chupando una enorme polla blanca. ¿Era la tuya, Crocker?

—Noah, ¿quieres hacer el favor de decirme qué es lo que está ocurriendo? Mira, olvida lo que he dicho, seguiré trabajando para vosotros, pero...

—Lo siento —dijo Green—, ya he aceptado tu renuncia, y las normas dicen que una vez se ha hecho una declaración, ya no puede pararse el funcionamiento de la burocracia.

—¡Qué burocracia, y qué leches! Noah, ¿por qué me tratas así? Me he puesto nervioso porque últimamente no he estado bien, y luego al ver a McKibbon y a ese chaval...

—¿Tienes la regla? —Green se echó a reír—. No resulta gracioso, ¿verdad?, y suena vulgar. Justo lo que puede esperarse de un maldito judío adulto.

—Vale, vale, tienes todo el derecho. Pero, por tus muertos, dime qué se supone que he hecho.

—Ni idea —dijo Green, mirando al reloj de encima de Jefferson Market—. Sí, tenían un color precioso, nunca he visto fotos más bonitas. Espero que les dieras copias a todos aquellos chicos, porque les encantará poder enseñárselas un día a sus nietos deformados y tullidos.

—Le llamaré por teléfono, Noah.

—Lárgate, mariquita. Si puedo, me sentaré en tu *shivah*^[*].

—El violinista no me ha visto nunca —dijo Crocker Whipple la tarde siguiente mientras, arrebuñado en un grueso suéter verde, contemplaba las idas y venidas de un tigre de Siberia en el zoo del Bronx—. Puedo tratar de encontrar a Bama si es que sigue en la ciudad.

—Oh, está aquí —dijo Barney—. Mientras yo siga aquí, él no se irá. —Barney le volvió la espalda al tigre para examinar a las personas, que, en grupitos aislados, aprovechaban esa tarde invernal para ir a visitar a los animales de verdad—. Mierda, si a estas alturas todavía no he descubierto a ningún policía, más vale que me dedique a otra cosa. Nadie se fija en nosotros, todos parecen gente normal.

—¿Está seguro de que no le han seguido sin que se diera cuenta? —preguntó Whipple.

Barney hizo una mueca.

—Sí, soy capaz de oler a un poli a un kilómetro de distancia. Huelen a miedo, lo mismo que tú.

—Pueden seguirle a uno sin que lo note, ¿sabe? —Whipple dejó pasar sin comentario la alusión de Barney a su temor—. A lo mejor le han puesto micrófonos al tigre, tienen equipos capaces de captar un murmullo desde la otra punta del Estado.

—No sabían que íbamos a venir a ver el tigre, listillo, y tendrían que haber trucado a todos los animales del parque. Pero me estás hartando, solo quería demostrarte que puedo pensar mejor que tú.

—De acuerdo —dijo Whipple encendiendo un cigarrillo—. Encontraré a Bama con tal de que no me diga lo que le harán después de que lo encuentre.

Barney sonrió.

—Solo un par de tipos saben lo que le ocurrió a Jimmy Hoffa, a pesar de que más de dos estuvieron implicados en su final, de una u otra manera. No pienses en ello, monada. De todos modos no te lo diría, porque es posible que quiera volver a utilizar el programa que tengo preparado para ese pájaro y por eso ha de quedar en secreto.

—¿Ya lo tiene todo pensado?

—No puedes parar de hurgar, hurgar y hurgar, ¿verdad? Como un ratón blanco. Sí, lo tengo todo pensado. *Schmuck***** presumido, ¿sabes cuál es la verdadera razón de que no quiera decírtelo?

—Porque entonces tendrá que acabar conmigo del mismo modo que acabe con él. Por eso he dicho que no quería saberlo.

—Muy bien —dijo Barney desperezándose—. Todo arreglado. Ya tienes un anticipo al contado, y cuando entregues la mercancía, recibirás la mejor paga de tu vida. —Bajó la mirada hacia Whipple, que parecía estar en Babia—. ¿Te preocupa algo? ¿El chaval judío?

Whipple asintió con la cabeza.

—Eso no es nada. Mandaré a alguno de mis socios para que le haga entrar en razón, je, je, y ya no tendrás que preocuparte más.

—Por Dios, Barney, no haga eso. Es lo único que me faltaba. Sería como decirle a McKibbon que viniera a arrestarme, y lo haría, con un motivo o sin él. En cuanto alguien toque a ese chico, ese poli va a estar seguro de que he tenido algo que ver con Kathleen Ginsburg.

Barney jugueteó con su pendiente.

—Nunca te creí capaz de asesinar, por lo menos no de este modo. Te imagino royendo lentamente a alguien hasta matarlo, ric, ric, ric. Pero ¿eso?, ¡pam, zas! con un gran cuchillo, «gracias, señora». Ese no es tu estilo, mariquita.

—No es lo que piensa, Barney. Ese chico es lo único que puede relacionarme con ella.

—Si no es lo que pienso, ¿qué carajo puede importar ese chico?

—Es la primera conexión.

—¿La primera? —dijo Barney con una sonrisa.

—Barney, ese es mi problema. Por lo que más quiera, no se acerque a ese chico. No quiero soliviantar a la pasma. Si me estoy quieto y no pierdo la cabeza..., el chico es el único testigo que tienen contra mí.

—Eso es lo que crees. —Barney hundió su manaza en una caja de galletitas saladas—. No tienes buen aspecto, amigo. ¿Estás seguro de que puedes con el encargo que te he dado? Más te convendría.

—Sé llevar mis asuntos, y a usted le consta, Barney. Será mejor que me dé un teléfono donde pueda encontrarle.

El tigre de Siberia se había cansado de pasear y estaba mirando a Barney con una inquina tremenda. Este le dijo alegremente:

—¡Anda y que te zurzan! —y se volvió hacia Whipple, advirtiéndole—: Durante una temporada nadie va a poder

encontrarme. Voy a estar hibernando, je, je. Pero tú llama al sitio de siempre, y alguien te irá a buscar, y de prisa.

—¿Arthur?

—No hurgues, mariquita. —Barney empezó a alejarse pero volvió sobre sus pasos—. Los periódicos decían que el cuchillo estaba hundido hasta la empuñadura. Seguro que manejabas el cuchillo con la boca.

Crocker, con las manos metidas en los bolsillos, se marchó en la otra dirección. Barney dio una palmada, le dijo adiós con la mano al tigre, que seguía mirándolo fijamente, y se fue dando largas zancadas.

13

A PRIMERAS HORAS DE UNA MAÑANA DE DOMINGO, en el animado West Side de Manhattan, una mujer se puso a gritar:

—¡Cabrón, hijo de puta! ¡He hecho todo lo que has querido! ¡Todo, todo lo que has querido! Siempre lo he hecho. ¿Qué coño quieres más?

Green oyó murmurar a alguien pero no entendió lo que el hombre respondía. Se acercó a la ventana pero no los vio. Debían de estar en un portal. Entonces el hombre, que era rubio y grandote y se acercaba a los cuarenta, salió rápidamente a la acera y se alejó casi trotando. Llevaba solo una sucia y ligera cazadora de safari para protegerse del frío.

—¡No vuelvas más! —chilló la mujer—. ¡No se te ocurra volver, gilipollas! ¡Oh, Dios! —y comenzó a sollozar.

Green se rascó la cabeza. Nunca había oído una sarta de insultos como aquella. Miró el reloj: las nueve. ¡Y él que había pensado dormir todo el domingo! Mierda. Ahora ya no podía acercarse a charlar con Emma y el violinista. Y era demasiado pronto para ir al cine; de todos modos, no había ninguna película que le apeteciera. Gracias a Dios, el domingo próximo le tocaba trabajar.

Miró la botella de JB que estaba encima de la mesa y recordó un arresto que hizo años atrás. Era un trompetista negro; su puerta ni siquiera estaba cerrada con llave. Green y su compañero entraron tranquilamente en la habitación, el músico abrió los ojos, los vio, volvió a cerrarlos, los abrió de nuevo y dijo: «Un momento». Los miró otra vez y dijo: «Oigan, ¿pueden cogerla? Está debajo de la

cama. Se lo pido porque si la cojo yo, se van a pensar que voy en busca de un arma».

Green se inclinó, miró debajo de la cama y vio una garrafa. «No puedo levantarme sin un trago», dijo el músico. Green le tendió la garrafa y le observó mientras el músico tomaba un largo trago, dejaba con cuidado la garrafa en el suelo y se levantaba despacio.

—¿Siempre empieza el día de este modo? —preguntó el compañero de Green.

El músico arrugó el entrecejo y respondió:

—Sin esto me encontraría fatal. —Cogió de nuevo la garrafa, bebió durante un rato todavía más largo, y luego le pusieron las esposas—. Una cosa —dijo el músico—, no la he violado. He estado saliendo con ella mucho tiempo.

—Dígaselo a su abogado —dijo Green.

Ahora, después de contemplar el *whisky*. Green entró en la cocina donde *Merle Haggard* simulaba dormir con la cara vuelta hacia la pared, y preparó el café. De encima de la nevera tomó un bloc de trabajo amarillo y un rotulador, se sentó y trazó en la primera hoja una línea vertical. En la izquierda escribió 1) KATHLEEN; en la derecha, 2) EMMA. Miró lo que había escrito y debajo de KATHLEEN puso CROCKER. GINSBURG. LESBIANAS. CONNIE y se detuvo un largo rato. Después contempló con asco un paquete de cigarros, lo abrió y escribió ladrón.

—Quizá si lo escribiera en *yiddish* —dijo en voz alta— descubriría algo. Esto si supiera *yiddish*.

Debajo de EMMA, Green anotó TYRONE. LADRÓN, y, con una sonrisa desprovista de alegría, añadió *MERLE HAGGARD*. «Ese maldito perro es tan listo que puede haber manejado el cuchillo con los dientes». Sin dejar de mirar la página. Green golpeó la mesa con los nudillos, encendió un cigarro, escupió, dejó el cigarro en la taza de café y escribió BAMA.

Dijo a media voz:

—No veo ninguna relación entre una y otra columna, salvo que les clavarón el cuchillo en el mismo sitio. Cuando es una acción deliberada, lo clavan en la espalda: cuando es un arrebató, lo suelen clavar en el pecho. De modo que tenemos dos asesinos con premeditación. No había huellas en ninguno de los dos cuchillos. ¿Qué diría Riordan? A estas horas del día ese maldito *shikker*^[*]

seguramente ya se habrá zampado la mitad de su primera botella. ¿Cuándo empecé a hablar solo? ¿El año pasado, hace dos años? Debió de ser un domingo. Pero lo importante es no hacerlo fuera de casa. Aunque en casa no queda más remedio, para oír algo, o de lo contrario te vuelves majareta. Desde luego, no quiero oír la maldita radio, ha de ser algo que tenga que ver conmigo.

»Me pregunto a qué hora se levanta ella los domingos. El niño ya debe de estar de pie, pero eso no significa que ella se haya levantado. Tal vez podríamos salir a comer juntos, o a cenar. Tal vez eres un estúpido integral. Ponte en su lugar. Con lo guapa que es, ¿dormirías con un poli viejo y gordo? Aunque me conformaría con charlar, y mirarla no constituye ninguna infracción.

Green consultó el reloj: las nueve y media. «La llamo para hablar del caso, para saber más sobre Kathleen cuando trabajaba en el periódico. Se puede llamar a cualquier hora para un asunto de interés público, ¿no?».

Green sacó su agenda, se acercó al teléfono y marcó el número. Una voz de hombre le contestó:

—¡Diga, diga! ¿Quién es?

«Parecía molesto. ¿Por qué el hijo de puta no iba a parecer molesto?». Green colgó el aparato.

—¿Qué demonios es esto? —le dijo a *Merle Haggard*, que no quiso volverse hacia él—. Tiene a un tío en la cama, y en el cuarto de al lado está su chico de diez años. ¡Trayf^[*]!

Green miró el bloc amarillo, miró el teléfono, luego miró la pistola y finalmente se fue al salón. Allí sacó un álbum de Billie Holiday, encontró el tema *Call the Whole Thing Off*

Let's

y, después de ponerlo en el tocadiscos, comenzó a escucharlo meneando la cabeza.

Yeah. Yeah, baby, just you and me.

Una hora más tarde, McKibbon, caminando por Chelsea, pasó frente a los escalones de entrada de una casa en los que estaba sentada una pareja de jóvenes veinteañeros. Ella era delgada, con el negro

pelo liso suelto en una larga melena; él era aún más delgado y llevaba barba. «Esos dos son mala gente», pensó McKibbon. Oyó que la chica decía:

—He visto las maletas. —Su voz sonaba nerviosa y agresiva—. Y no quiero tener sorpresas.

«Se trata de un delito». Alterado, siguió mirando recto hacia adelante. «Bueno, no tengo nada en qué basarme. Tal vez lo lea en los periódicos». Y siguió su camino hacia la casa de Riordan.

El *Sunday* del domingo, sin abrir, yacía en el suelo junto a la mesa de la cocina. Riordan, después de indicarle con un gesto a McKibbon que se sentase en una silla, tomó asiento pesadamente a su vez y se sirvió ginebra en una taza de té. No se veían rastros de té en ningún lado y la tetera parecía estar fría.

—No sé si recordarás —dijo Riordan mirando a lo lejos—, lo que dice el Evangelio de San Juan: «En la noche de la Resurrección, cuando las puertas de la casa donde estaban reunidos los discípulos se hallaban cerradas por miedo a los judíos, entró Jesús». Y les mostró sus manos y su costado. Pero uno de los Doce no estaba allí.

Sam cogió una taza y se sirvió un poco de ginebra.

—Sí, siempre me he preguntado qué estaría haciendo el bueno de Tom aquella noche.

—Cuando los demás le dijeron que Jesús había estado con ellos, Tomás dijo: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré».

McKibbon se aflojó la corbata, apartó la taza de ginebra, y dijo alegremente:

—Pero ocho días más tarde, todos estaban de nuevo reunidos, y...

—«Estando cerradas las puertas, Jesús entró y estuvo entre ellos». Y le dijo a Tomás: «Alarga acá tu dedo; y mira mis manos. Tiende tu mano y métela en mi costado. No seas incrédulo, sino fiel». Y Tomás creyó. ¿Recuerdas el resto? ¿Recuerdas lo que dijo Jesús?

—«Porque me has visto has creído. Dichosos los que sin ver, creyeron».

Riordan miró fijamente hacia la pared.

—Solo lo sabemos de oídas —dijo por fin—. No tenemos la

versión de Tomás.

—Todo lo que sabemos es de oídas —dijo McKibbon empezando a cargar su pipa—. Ni siquiera tenemos el informe de la autopsia. Pero Él se encargó de eso al decir: «Dichosos los que sin ver, creyeron». ¿Te importa que ponga el agua a hervir?

—Ojalá me hubiera tocado a mí dilucidar aquel caso —continuó Riordan hablando como siempre en un medio susurro—. Ese hebreo era un artista del engaño.

—¿Qué, no fue crucificado? —preguntó McKibbon mirando su pipa.

—Estaba entre la muchedumbre, de mirón.

—¿Entonces quién era el que estaba allá arriba?

Riordan clavó la vista en McKibbon y le dijo con enfado:

—¿Qué carajo importa? Está lleno de tipos que han nacido con mala suerte.

McKibbon frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—¿Qué está tratando de decirme? —preguntó.

Riordan esbozó una sonrisa.

—Quiere decirme con esto que la gente cree lo que quiere creer —dijo McKibbon apartando lejos de sí la taza—. ¿Y eso también nos pasa a nosotros, que somos incrédulos profesionales?

—A veces —dijo Riordan con una risa apagada.

—Teniente —McKibbon habló mirando al techo—, es usted un maestro estupendo, el mejor que he tenido en mi vida. Por eso estoy siempre visitándole. Pero ¿podría hablarme con más claridad? ¿Qué me quiere decir?

Riordan bebió con fruición un largo trago de la ginebra fría que contenía su taza.

—Considera qué fácil ha sido que todos crean que el violinista ha matado al negrito. Y sin tener pruebas materiales.

McKibbon lanzó un suspiro y replicó:

—Bueno, no había huellas en la pistola que mató a Tyrone, pero eso es lógico, porque, claro, el violinista habría hecho el bachillerato, ¿no? Tiene que haber sido el violinista, teniente. ¡Por Dios! ¿Puede tener alguien un motivo más fuerte?

—Volvamos al Evangelio, Sam —dijo Riordan mirando con calma al detective—. Supongamos que Jesús estaba entre la multitud, mirando; sus propios seguidores decían de Él que era un

brujo... Seguro que en tu carrera profesional te habrás encontrado con artistas del disimulo. ¿Te haces una idea?

—Se está basando en suposiciones —dijo McKibbon—. Tan poca seguridad tiene de que estaba entre la muchedumbre como de que estaba clavado allá arriba en la cruz.

—Desde luego, tengo la desventaja de no haber estado presente, pero si lo hubiera estado creo que lo habría descubierto porque no me habría contentado con creer lo que se decía. Esto es lo que quiero que comprendas, hijo. En este caso hay demasiada fe ciega. Por ponerte otro ejemplo, ¿quién mató a Emma?

—Tyrone.

—¿Por qué?

—Porque ella hizo que Barney lo castigara, y muy duramente. Para aquella rata lo más importante del mundo era pertenecer a la banda de Barney, y ella logró que lo echasen. Le quitó todo lo que tenía.

Riordan abrió la nevera, vio un bollo que parecía tener cien años, maldijo en voz baja y volvió a cerrar la nevera.

—Aún admitiendo que lo que dices sea exacto, todavía no has probado que Tyrone entró en la cocina de Emma aquella noche.

—No puede haber ocurrido de otro modo.

Riordan sonrió y dijo:

—No le podrás decir eso al abogado defensor, y tampoco debieras decírtelo a ti mismo. No puedes seguir adelante, hijo, sin haber eliminado antes todas las demás posibilidades. No quiero perderme este caso como me perdí el que ocurrió hace dos mil años. Pero te aconsejo que no olvides lo que hizo Tomás. Quería meter la mano en el costado de aquel hombre. ¡Es admirable! Me habría gustado tener a ese Tomás bajo mis órdenes.

—Muy bien —dijo McKibbon con un suspiro—. Hábleme más de Tyrone.

Riordan, inclinándose hacia él por encima de la mesa, le explicó:

—¿Crees plausible que ese canalla, después de haber sido castigado de un modo tan terrible por haber intentado robar a la señora, acabase con la vida de esta para exponerse a recibir un castigo todavía mucho mayor?

McKibbon sacudió la cabeza y objetó:

—Pero eso es suponerle a Tyrone demasiada clarividencia

mental, sobre todo después de que le marcaran la cara con un cuchillo. No, teniente, era un animal y reaccionó como un animal.

—¿Te apetecen unos huevos con bacón? —dijo Riordan.

—Solo bacón, por favor, nada de huevos —respondió McKibbon—. ¿De veras piensa que no fue Tyrone?

—Solo estoy sugiriendo que eres tú el que debe pensar, y que hagas como Tomás.

—¿Y el violinista?

—Reflexiona, lo mismo que con Tyrone.

—Dígame una cosa —dijo McKibbon—. Siempre he pensado, y creo que los demás también, que era usted católico practicante, que vivía su religión con fe y no cubriendo el expediente por si acaso.

—¡Ah! —dijo Riordan dándole la vuelta al bacón en la sartén—, ¿te he parecido irreverente hace un rato? A lo mejor estaba tratando de captar tu atención por medio de recursos inesperados. Es lo mismo que hacemos al interrogar a un sospechoso. Algo muy normal.

—¿Así que cree que era Jesús el que estaba en la cruz?

El teniente descubrió los dientes en una sonrisa amable.

—¿Qué importancia tiene lo que yo piense acerca de Él?

—O Él acerca de usted.

—No veo que ni tú ni Él me hayáis leído mis derechos.

A la mañana siguiente, en un café cercano a la estación de autobuses. Green apagó con rabia el cigarro en el plato de huevos con bacón.

—Sí —dijo McKibbon—, yo siento lo mismo.

—Es verdad lo que has dicho que respecto a Tyrone no tenemos nada en que basarnos. Si el cabrón siguiera con vida, nos veríamos obligados a dejarle en libertad. Si piensas en ello, la cosa salta a la vista. Pero es que yo había dejado de pensar, y me imaginé que él fue quien se cargó a Emma.

—Bueno, a mí tampoco se me ha ocurrido en seguida, ¿sabes?

—Pero se te ha ocurrido.

McKibbon iba a decir algo, pero en lugar de eso, repuso:

—Tienes algo más que te preocupa.

—¿Qué eres —refunfuñó Green—, una especie de detective?

—Oye —dijo McKibbon jugueteando con la cucharilla—, yo ya he pasado por esto, ¿recuerdas a Abbey, la chica con quien estuve a punto de casarme hace un par de años?

—¿Ha vuelto a Atlanta?

—No sé dónde está —dijo McKibbon en tono seco e inexpresivo—, ni quiero saberlo, a menos que se esté muriendo. Iría a cualquier parte para asistir a ese funeral. La puta... Hay algunas capaces de destrozarte. La primera la conocí cuando yo tenía quince años. Y a partir de ahí dejé de confesarme, porque ¿qué saben ellos? Es lo más importante que hay y no lo catan ni por el forro. Se lo dije así al cura. «Aquí estoy, le dije, dispuesto a venderle mi alma al diablo con tal de que la convierta a ella en mi esclava. No sé qué tengo que decirle a usted. No creo que pueda ofrecirme un trato en mejores condiciones, porque ni siquiera sabe de qué estoy hablando».

—¿Qué te dijo el cura? —preguntó Green, intrigado.

—No sé, me parece que estaba dormido. Y además, ¿qué hubiera podido decirme? Es como hablarle de Johnny Hodges a un sordo.

—¿Qué ocurrió con aquella primera chica?

—Que el diablo no me propuso nada —dijo McKibbon con pesar—. Ella se acostó con la mitad de los chicos del colegio, la mitad a la que yo no pertenecía, por descontado.

—Bueno, por lo menos con Abbey..., viviste con ella. ¿Cuánto tiempo? ¿Más o menos un año?

—Eso fue peor. Nunca llegó a ser mía, ni por un momento. Es lo que pasa con una mujer, puedes tocarla, pero ella no está ahí.

Se hizo un silencio. La camarera dejó la cuenta y hubo otro silencio.

—Te estoy liando, compañero —dijo Green—. No funciona bien.

—Concentra tus pensamientos en el violinista —dijo McKibbon despacio y con voz tranquila—. No pienses más que en él. Oh, sé que la pelirroja te rondará por la cabeza, pero sigue concentrándote en el violinista. No hay nada como una obsesión para curar otra obsesión. Yo me ocuparé de tus otras cosas..., de Kathleen y lo que sea.

Green asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, tal vez tengas razón. Gracias.

—La pelirroja te está llevando por el camino de la amargura, ¿no?

Green se quedó mirando el plato de huevos con bacón decorado con un cigarro en el centro.

—Bueno, ejem, no sé cómo explicártelo, es un poco embarazoso...

—¿Te ha dejado plantado, sin más ni más?

—Bueno... —Green se removió, incómodo—, la verdad es que hasta ahora no he intentado nada.

McKibbon se lo quedó mirando.

—Un momento. ¿Estás rabiando por un rechazo que todavía no ha ocurrido? ¿Estás pasando una crisis de adolescente o algo parecido?

—Escucha —Green se dispuso a encender un cigarro—, la llevé una vez al Gate a oír a Art Blakey y luego volví a salir con ella y..., bueno, tuve la sensación de que..., bueno, de que yo le gustaba un poco, o por lo menos de que no le disgustaba del todo.

—¿Pero no se te echó encima en el taxi?

—Vamos, Sam, no me lo pongas aún más difícil. Sea como sea, no me la podía quitar de la cabeza y el domingo por la mañana..., bueno, pues, la llamé.

—No me digas. —McKibbon, haciendo un gran esfuerzo, consiguió no sonreír—. Un hombre contestó al teléfono. No un chico, un hombre.

—Sí, eso es. En fin, ella no estaba obligada a decirme que vive con alguien, ¿no?

—Noah, por lo que más quieras...

—Desde luego, sé que no tengo ningún derecho sobre ella. De todos modos, aquí se acabó todo.

—¿Se acabó el qué? Si no ha empezado nada. ¡Por Dios!, tal vez fuese un pariente, o el Espíritu Santo. Pero antes de ponerte de luto, tienes que cerciorarte. Coño, dentro de un mes estarás usando chupete.

—Sé lo que me digo. —Green removió con el cigarro los huevos con bacón—. Incluso sin el tipo del teléfono, no hubiera funcionado. ¿Qué iba ella a querer de un *alter cocker*^[*]? Bien, voy a encontrar a Bama. ¿Qué vas a decirle a Randazzo?

—Que tienes una pista, que te estás acercando. Y además le diré que a Green aún le quedan muchas fuerzas para ser un *alter cocker*^[**].

Green se levantó, posó un momento la mano en el hombro de McKibbon y se dirigió a la salida.

Meneando la cabeza, McKibbon observó cómo su fornido compañero cuadraba los hombros y erguía la barbilla al encaminarse hacia la puerta del café. «En lo que se refiere a las mujeres, el cabrón tiene tanta confianza en sí mismo como un topo a la luz del día. Lo curioso del caso es que me parece que a ella le gusta Noah. Había algo en su manera de meterse con él aquella noche delante de la casa del profesor... Sí, ¿cómo lo llaman?, un *shadchen*^[*]. Sí. ¿Por qué no? Si logro que se meta en la cama con Noah, recuperaré a mi compañero de antes. Coño, no nos explicaron estas cosas en la academia de policía».

14

AQUELLA NOCHE, un hombre, plantado en la calle, atisbaba por la ventana del Lone Star Café. Era alto, delgado y barbudo, y llevaba un holgado abrigo marrón muy largo y una gorra irlandesa que casi le tapaba los ojos. El hombre solo acertaba a ver, a través de la muchedumbre que atestaba el local, una esquina del estrado donde se hallaba la orquesta. «El de la guitarra eléctrica es Carl, con su rostro sin expresión, como si no hubiera relación alguna entre su cara y sus dedos, como si alguien tocara por él. ¡Ahí está Duncan! Vaya, ya lo han encontrado ¡y yo que creía que estaba conduciendo un camión por Louisiana! Ojalá pudiera oír lo que está tocando el violín. Y esa chica... ¿Quién diablos será esa chica que está con la orquesta?».

La chica estaba cantando pero él no la oía. «¡Qué montón de gente! Hinchados de cerveza, como siempre, solo piensan en sí mismos. Aunque Hank Williams resucitara y se pusiera a tocar, no pararían de hablar ni un momento. Dios, qué guapa es, está buenísima, con esas caderas. Casi no se mueve, pero con un cuerpo así no hace falta. No me gustaría ser Jimmy tocando la batería detrás de ella. Coño, esa chica le haría perder el ritmo a cualquiera. Qué melena negra tan larga, le llega más abajo de la cintura, una cintura de avispa. Buenos días, pequeña avispa, ¿cómo te va? Te he estado esperando mucho tiempo».

Se acabó. Se terminó la pieza. El hombre se dirigió a una cafetería cercana, pidió una cerveza y esperó. Carl entró y le sonrió al camarero que atendía detrás de la barra.

—Un triple. Esos hijos de puta le vuelven a uno loco, a no ser que logre olvidarse de ellos.

Cuando el camarero se alejó, el hombre del abrigo largo se puso detrás de Carl y dijo sin darle importancia:

—Me alegro de que por fin hayáis encontrado a un buen violinista.

—¿Qué quieres tomar, amigo? —preguntó Carl sin darse la vuelta.

—Nada —contestó Bama.

Con lentitud y un aire abstraído, Carl rebuscó en su bolsillo, encontró lo que buscaba y dijo a media voz sin cambiar de posición:

—Es extraño que pueda seguir tocando, porque estos días no tengo fuerza en los dedos y todo se me cae de las manos. —Y metiendo la mano debajo de la barra, dejó caer una cosa.

El hombre que estaba detrás de él se agachó para abrocharse el zapato, recogió el dinero y se fue a la otra punta de la barra donde encargó otra cerveza.

Carl se quedó esperando, temiendo que otra voz se elevara a sus espaldas y que la manaza de un policía se hincara en su hombro. Pero nada de eso ocurrió. Rebuscó de nuevo en el bolsillo, meneó la cabeza con aire pesaroso y le dijo al camarero:

—Vaya, me he olvidado el dinero. ¿Te pago después de la próxima pieza?

El camarero asintió diciendo:

—No te preocupes por eso, sigue bebiendo. Nunca te has contentado con un triple.

—Eres muy amable —dijo Carl.

Observó, como quien no quiere la cosa, que el hombre del abrigo largo abandonaba el local, y se terminó su bebida, contemplando a las mujeres que había ante la barra o sentadas a las mesas. Hizo mentalmente una lista de aquellas con las que le gustaría acostarse; era una lista muy corta, y se marchó.

Al llegar al club se dirigió al vestuario situado debajo del estrado de la orquesta, recogió su Stetson blanco, encendió un cigarrillo y le preguntó al batería si podía prestarle cincuenta dólares.

—Después me espera una tía estupenda, pero tendré que trabajármela. Mañana iré a devolvértelos.

—Casi me dejas sin blanca —dijo Jimmy—, pero seguro que será

algo grande con tantos preparativos. Me lo tienes que contar mañana. —Jimmy sonrió—. He tenido una sensación muy rara durante la última pieza, ¿sabes?, me parecía que Bama rondaba por aquí. He estado mirando a todos lados pero no lo he visto. Claro que, joder, él no se iba a acercar por aquí.

—Claro que no —dijo Carl.

Un poco antes de medianoche, Barney estaba sentado junto a Whipple dentro de un coche aparcado en un callejón de Queens.

—¿Todavía nada? —preguntó tristemente Barney.

—Nada —dijo Whipple, también alicaído—. He ido a todas partes. A todos los clubs donde ha tocado, a los bares adonde él solía ir, y a los que ella prefería. He visitado a los fabricantes de violines, porque Bama se lo hizo hacer por encargo. Me he recorrido todo el maldito Village a todas horas del día y de la noche, porque si va a por usted, como usted dice, se quedará aquí. Me iría bien un poco de coñac.

Barney hizo oídos sordos a la última sugerencia y no se sacó el frasco del bolsillo.

—¿Sigues preocupado por el chaval judío?

—Solo me he preocupado de su asunto, Barney eso es todo lo que he hecho.

Barney cambió un poco de sitio sus enormes posaderas y dijo:

—Creo que sigues pensando en ese chaval, que te tiene medio jodido, y que harías mejor tu trabajo si te quitaras ese incordio de la cabeza. Creo que tendremos que hacerle una visita a ese chico.

Whipple hizo un gesto de desagrado.

—Déjelo, Barney —dijo—, por favor, déjelo. Si lo hace me meterá en un buen lío.

—¿Y dónde crees que estás metido ahora? Escúchame, te he visto buscar a otra gente y nunca has fallado, de modo que si ahora no das una es porque ese chaval te tiene atontado. Así que voy a ocuparme de esto ahora mismo. Mis muchachos se han estado entrenando, y ya verás como ese niñito no le va a decir nada más a la policía. Nada, ni siquiera el por qué no les dice nada. Así podrás tener la cabeza clara, desgraciado, ¿comprendes?

—¿No irá usted a matarle? Joder, la poli se me echaría encima y

ya no me dejaría más en paz.

—¿Lo ves? —Barney descargó el puño con fuerza sobre el muslo de Whipple—. Ese chaval judío te está dejando majareta. Hablas como si fueras otro y ya no sabes pensar. Ya no resultas divertido. ¿Por qué coño iba a hacer que mataran al chico cuando puedo proponerle un trato que no puede rechazar? Tenlo por seguro, vamos a ocuparnos de ese chaval, de modo que a partir de ahora solo tienes que tener miedo de mí. Quiero verme libre de ese Bama, y te voy a dar tres días más. Si pasado este tiempo no lo has encontrado, alguien encontrará tu cuerpo sin cabeza, porque la haremos disecar y la regalaremos, de un modo anónimo, como puedes imaginar, a la Galería Nacional de Sarasas.

—Barney —dijo Whipple frotándose el muslo—. ¿Y si nos hemos equivocado? ¿Y si el violinista no está en la ciudad? A lo mejor está en el sur esperando que dentro de un tiempo usted se haga la ilusión de que no va a pasarle nada.

Barney acercó su rostro al de Whipple.

—Está aquí —afirmó—. Tiene tantas ganas de atraparme que ya no puede esperar más.

—¿Por qué está tan seguro? —dijo Whipple mirándolo.

—Porque lo sé, sé que o bien él me mata o le mato yo a él. Pero si no lo encuentro no puedo matarle. Mis muchachos no lo encuentran, la poli no lo encuentra, nadie lo encuentra, pero tú sí podrás encontrarlo ahora que te he quitado ese incordio de la cabeza. Tienes tres días a partir de ahora.

—Me está tomando el pelo, Barney.

Barney respondió, dándole unos golpecitos en la cabeza:

—¿Crees que mis chicos no te cogerán, gilipollas?

Whipple se miró los pies, luego clavó la vista en Barney y sonrió.

—Se te acaba de ocurrir una idea luminosa —dijo Barney—. No intentes hacerte el listo porque sé unos trucos que ni con toda tu listeza eres capaz de imaginar.

—Oh, ya lo sé. —Whipple cogió la mano del negro y, tratando de hincarse de rodillas en el asiento delantero, besó el anular de Barney. Luego cogió rápidamente el pañuelo y limpió el sitio que había besado—. Dios, no quisiera contagiarle a usted nada, Barney.

El día siguiente, Adam Horowitz paseaba por la calle mientras leía *The Economist* a la escasa luz del crepúsculo, cuando se topó con un gorila de poca estatura. «Pero ¿qué es esto?», exclamó, dejando caer el periódico. Pero después de mirar con más atención, se echó a reír. Era un tipo que llevaba una careta, y con él iban dos más, un Richard Nixon alto y sonriente y un cerdo grueso y de cara triste.

—Ya ha pasado el carnaval —dijo el chico observándolos con admiración—, pero quizá vais a una fiesta.

—Se trata de una fiesta —dijo Richard Nixon—, para ti.

Entre el cerdo y el gorila agarraron a Adam y lo depositaron en la entrada de una casa. Dos muchachos que pasaban cogidos por la cintura les sonrieron.

—Eso es lo que me gusta del Village —dijo uno de ellos—, aquí a nadie le da vergüenza pasárselo bien.

—¿Quieres a tu mamá? —preguntó Nixon con amabilidad dándole a Adam un ligero coscorrón en la frente.

—Claro que la quiero —respondió Adam con labios temblorosos.

—A tu madre la conocemos —dijo el cerdo con una risita—. La conocemos de vista. Es delgada y tiene el pelo liso. Parece una señora lista. Y además no lleva collarcitos ni nada de eso.

El chico pasó la mirada del uno al otro y preguntó:

—¿Qué quieren? —Se le quebró la voz.

—Basta de hablar con la policía —dijo Richard Nixon—. Si le dices una sola palabra más a la policía —sacó un cuchillo de caza del bolsillo de su abrigo— tu mamá ya no volverá nunca más a casa. Nunca más, qué pena. Una señora tan simpática, y desaparecerá para siempre.

—¿Qué policía? —Adam se mordió los labios—. No sé de qué me hablan.

—Joder —dijo el cerdo—. Vaya sorpresa, el chico tratando de engañarnos... Le importa un pito lo que le pase a su mamá.

—Este chico —dijo Richard Nixon—, se ha creído que nos chupamos el dedo. Piensa que no sabemos adónde va, a quién ve y qué les dice.

—Te vigilamos todo el tiempo —dijo el gorila—, y te hemos visto con ese policía, de palique un día y otro.

—Mientras tu pobre mamá —chilló el cerdo—, lleva camino de desaparecer. Pobre, pobre mamá.

—¡Socorro! —gritó Adam, aunque no vio a nadie en las cercanías.

—¡Socorro! —gritó Richard Nixon con una risa alegre.

—¡Socorro! —les hicieron coro el cerdo y el gorila.

Los tres disfrazados se apretaron en torno a Horowitz. Richard Nixon metió la mano debajo del abrigo del chico, le cogió los testículos y se los oprimió. Horowitz lanzó un alarido, pero, a una señal de Richard Nixon, los tres comenzaron a bailar alrededor del muchacho mientras el gorila le tapaba la boca con la mano.

—No viene nadie —dijo el cerdo.

—Alguien podría estar mirándonos desde una ventana —dijo Richard Nixon—. De este modo, parece que los cuatro estemos haciendo el tonto. Muy bien, chico, ¿me escuchas?

Horowitz hizo una inclinación afirmativa con la cabeza. Las lágrimas le corrían cara abajo.

—Si le dices una sola palabra —dijo Richard Nixon echándole el aliento a la cara— a ese detective negrata, o a cualquiera de esos hijos de puta, a tu mamá la vamos a rajar por mil sitios. Sabemos todo lo que hace. Madison, cuatrocientos cuarenta y cuatro, piso catorce, ¿verdad? Verdad. Y su hermana vive en el ciento treinta y dos West setenta y seis, ¿no es así? Y cada domingo por la mañana, a las diez, tu mamá va a «Russ e hijas», en el ciento setenta y nueve de East Houston, a buscar ese riquísimo Nova Scoatchia y crema de queso, ¿verdad? La encontraremos siempre que nos dé la gana. Y tú serás su asesino por no saber mantener la boca cerrada. La gente te señalará durante toda tu vida: ahí va el chico que mató a su mamá por no haber sabido mantener la boca cerrada.

—Dime, chico —Richard Nixon le dio otro coscorrón en la frente, esta vez más fuerte—, ¿crees que estamos bromeando?

Adam sacudió la cabeza.

—No —susurró.

—Si quieres que tu madre siga viva —dijo el gorila—, mantén la boca cerrada, ¿de acuerdo?

Dejando al chico en el portal, los presuntos juerguistas se fueron en fila, con Richard Nixon a la cabeza, seguido del cerdo y el gorila. Antes de que desaparecieran detrás de la esquina, Horowitz oyó que Richard Nixon lanzaba un grito de júbilo, y vio que el cerdo y el gorila empezaban a hacer cabriolas.

15

EL DÍA SIGUIENTE POR LA TARDE, Green vertió la comida del perro en un plato mientras pensaba, meneando la cabeza. «Mira que ser despreciado por un chuchó...». *Merle Haggard*, tumbado debajo del fregadero, miraba con tozudez hacia el salón. El corte que tenía en la garganta se le había cerrado, pero la herida estaba aún fresca y roja.

—Conozco tus procedimientos, cabrón —murmuró Green—. Para que te dignes a comer tengo que estar en el dormitorio fuera de tu vista, y así podrás hacer ver que no soy yo quien te la da. ¡Desde luego...! Te traigo a mi casa para cuidarte, y tú me das a entender que el intruso soy yo. Es la primera vez en mi vida que cierro mi habitación con llave cuando me voy a la cama. No pienso dejar que me saltes encima, mala bestia.

Merle Haggard no dio señal de haberle oído, pero sus orejas se pusieron tiesas cuando sonó el teléfono.

—Green al habla.

—Hola, soy Shannon. Oye, ¿puedo venir a verte? Me han apartado del caso, pero sigo el reportaje por mi cuenta. Les enseñaré lo que es bueno a esos hijos de puta.

—¿Por qué te han apartado del caso? —preguntó Green procurando que su voz sonara normal.

—Dicen que parecía la relaciones públicas del Departamento de Policía. Que debía haber preguntado por qué no arrestasteis a Ginsburg y quién le protege, y cosas así. ¡Gilipollas!

—Entonces, ¿por qué te diriges a un policía? —preguntó Green

frunciendo el ceño.

—Porque no creo que mientas. Y no me parece que estéis jugando sucio. Creo que estáis haciendo todo lo que podéis.

—Bueno —dijo Green con una sonrisa—, no puedo rechazar este homenaje. ¿Dónde nos encontramos?

—Puedo ir a tu casa si me dices dónde vives.

—En el doscientos cuarenta y cinco West 170, esquina Broadway, el cinco C.

—Muy bien, voy en seguida.

A toda prisa. Green recorrió el salón recogiendo del suelo los periódicos y revistas, amén de una botella de *whisky*. Colocó la botella en el mueble bar y echó los diarios y revistas dentro del armario del dormitorio. En la cocina, se fijó en los platos apilados en equilibrio inestable dentro del fregadero y, suspirando, cogió la bolsa de la compra y metió en ella los platos, dejándola también en el armario. Después de limpiar con un trapo la mesa de la cocina, miró a *Merle Haggard* y señalándole con autoridad la puerta del dormitorio le dijo: «Tú también, allí». El perro no se movió; sin embargo cuando Green salió al descansillo de la escalera para echar la basura en el incinerador, *Merle Haggard* se dirigió muy despacio y con aire displicente a la habitación y se metió debajo de la cama.

Green hizo la cama, o mejor dicho cubrió con una colcha las sábanas revueltas, y después observó que gran parte de sus prendas de vestir yacía en el suelo y encima de la silla. «Eso —se dijo— es una pérdida de tiempo porque es el único lugar al que no se acercará». No obstante, recogió todas las ropas y las metió en el armario.

De vuelta en la sala, Green se sirvió un *whisky* y se fue a mirar por la ventana de la cocina. Al no ver señal alguna de la prensa, regresó al salón y se sirvió otro *whisky*.

Cuando sonó el timbre. Green estaba paseando de aquí para allá en la entrada. Había pensado esperar unos segundos antes de abrir la puerta, pero al oír el primer timbrazo ya tenía la mano en el pomo.

—Dame tu abrigo —dijo, y se sintió sorprendido, como de costumbre al ver que ella era más alta de lo que recordaba.

—Gracias —dijo Shannon.

Green comprobó que el cabello de la joven era tan suave como

él lo recordaba, sus caderas aún más tentadoras y su rostro todavía más alegre.

—¿Te apetece una copa? —preguntó Green.

—Sí, un poco de *whisky* con mucha agua.

Green se lo preparó, junto con otro para sí mismo.

—Oye —dijo Shannon sacando una libreta de notas—, ¿te he dicho alguna vez que mi hermano trabajaba antes en la comisaría del Distrito Trece?

—Dijiste que habíais tenido un policía en la familia.

—Sí, bueno, ahora investiga para la oficina del fiscal del condado de Suffolk. Cuando viene a Nueva York a veces se queda a dormir en casa.

—¿Sí?

—Oh, vamos, yo no sirvo para jugar a esto. Fue él quien contestó al teléfono cuando llamaste, tonto.

Green no pudo disimular una enorme sonrisa antes de preguntar:

—¿Cómo sabes que te llamé? —y trató de volver a ponerse serio.

—De una fuente confidencial. Puedes citarme ante el estrado, pero no te diré nada.

—No tengo que citar a nadie. ¡Ese dichoso McKibbon se ha creído que es un *shadchen*!*

—¡*Shadchen*!*, es justo la palabra que empleó, qué bueno! —Shannon lanzó una risita—. Bueno, lo hizo con la mejor intención.

—Y no me ha hecho ningún daño, al contrario. ¿Por qué querías que yo lo supiese?

—Oh, Dios. En fin, hablemos del caso.

—Más tarde —dijo Green, poniéndose en pie.

Se acercó a ella, le tocó el cabello y la abrazó.

—¡Eh! —advirtió Shannon—. No es que sea frágil pero la verdad es que me están crujiendo las costillas.

Mientras se quitaba el vestido en el dormitorio, Shannon se dio cuenta de que debajo de la cama asomaba un morro de buen tamaño, y lanzó un grito. *Merle Haggard* se la quedó mirando fijamente, con una expresión de profunda melancolía.

—¡Fuera de aquí! —rugió Green con un calcetín en la mano.

Pero el perro no se movió.

—Debe de ser el de Bama —dijo Shannon Leahy inclinándose.

—No te acerques a él, Dios sabe lo que será capaz de hacer este monstruo.

—Yo sé lo que quiere. —La joven hizo cosquillas al animal bajo sus orejas de demonio, le palmeó la cabeza y finalmente le acarició el lomo y luego el vientre. El perro no le quitó los ojos de encima en todo el rato.

—Vaya —dijo Green sintiéndose ridículo y totalmente desprovisto de autoridad al verse sin nada más encima que un calcetín—, pues díselo tú que salga de la habitación, joder.

Shannon se arrodilló y susurró junto al oído de *Merle Haggard*:

—Vete a la cocina.

Merle Haggard se marchó. Green cerró la puerta y se quitó el calcetín mientras Shannon Leahy se reía con tantas ganas que se doblaba literalmente en dos. El detective la enderezó, la cogió en brazos con cuidado y la depositó en la cama.

A la mañana siguiente, alrededor de las siete, Barney estaba mirando por la ventana de su casa de ladrillo marrón situada en la calle Doce muy cerca de la Quinta avenida.

—Bueno —dijo—, el tipo no parece que vaya a respirar. A ese Whipple solo le queda un día más. Tendremos que intentarlo por otro camino, Arthur.

El hombre alto de piel color café con leche y de elegante mostacho asintió con la cabeza.

—¿Cuándo nos desembarazaremos del amiguete? —preguntó el director general de Barney.

—No hay prisa. A lo mejor se muere él solo de un ataque de miedo. Nos ahorraría la molestia.

—Podría traicionarnos.

—No con lo que la poli tiene contra él, o lo que él cree que tiene —dijo Barney todavía mirando por la ventana.

—Podría hacer un intercambio. Sabe algo de lo que nosotros hacemos.

—No, ha matado a una mujer, hombre, no puede entregarnos a nosotros a cambio de eso.

—Sea como sea, me sentiría mejor si él ya no estuviera. —Arthur se examinó el bigote en el espejo—. ¿A qué estás esperando,

si se me permite preguntarlo?

—Cada cosa a su tiempo —dijo Barney—. Como ya he perdido la paciencia, debo hacer que el violinista me encuentre, para acabar de una vez con este asunto. Me dejaré ver de nuevo por todas partes.

—En nuestros lugares preferidos —canturreó a media voz Arthur mientras cargaba una pipa de espuma de mar—. Pero el violinista tiene tantas ganas de cazarte que se enfrentará a ti a la vista de todo el mundo.

—No, no lo hará, porque quiere que yo muera despacio, dejándome respirar de vez en cuando. No podría soportar acabar con mi vida en un segundo. No, quiere cogerme a solas, en algún lugar retirado y tranquilo, bajo techado.

—¿Aquí? —preguntó Arthur mirando a Barney—. ¿Pretendes conducirle hasta aquí? No es mala idea. Solo tú y yo conocemos este sitio.

—No puede ser mejor, ¿verdad? —Barney se volvió de cara al salón—. Me seguirá hasta esta casa, pero como no sabe quién hay dentro, vigilará la casa durante uno o dos días, solo por la noche. Y descubrirá que solo estoy yo, porque a ti no te verá. Ya sabes a lo que me refiero, estarás donde no pueda verte. Y entonces actuará.

—¿Nosotros dos solos vamos a cargárnoslo?

—Arthur, ¿acaso necesitamos un ejército?

A aquella misma hora, en la sala común de la brigada, Randazzo le lanzó una mirada feroz a McKibbon cuando este pasó ante él.

—¿Qué —le dijo Randazzo—, encuentras que hace demasiado frío para estar fuera?

—Ahora salgo, teniente. Quiero ver de nuevo a aquel muchacho, pero me conviene encontrarlo camino del colegio, dentro de cuarenta minutos. Y ayer me pasé casi toda la tarde hablando con el profesor; no saqué nada nuevo.

—Al parecer da lo mismo que estés aquí como fuera —dijo Randazzo con amargura—. Y tu compañero tampoco me trae noticias. Ese violinista cabrón ha dado una vez en el blanco y ahora está recargando el arma para matar a Barney.

—No creo que Bama matara a Tyrone —dijo McKibbon.

—¿No crees? ¿Qué importa lo que creas? ¿Tienes otro sospechoso?

—Mi intuición me dice que fue Barney el que liquidó al chico.

—Estupendo —dijo Randazzo—, ¿y por qué no mandas a tu intuición para que te lo traiga?

—Todavía no tengo nada sólido.

—¿Sabéis lo que os digo? —les dijo Randazzo desde la puerta de su despacho—. Si os pagaran estos días según el porcentaje de casos que habéis resuelto, tendríais que recurrir a la beneficencia.

Y Randazzo se metió en su despacho dando un portazo.

—Y lo peor es que tiene razón —dijo McKibbon al tiempo que sonaba el teléfono.

—¡Hey! —La voz, por lo general baja y uniforme, de Noah, tenía la sonoridad de la de un tenor dramático, aunque él era más bien un barítono—. ¡Te debo una, chico, ya lo creo que te debo una!

—Me alegro de que hables de eso, Noah —dijo McKibbon—. Escucha, como ahora me siento metido en este asunto, te voy a dar un consejo. Sé que es bueno porque yo no lo he seguido nunca y por eso he fracasado tantas veces en estas cosas. ¿Me oyes?

—Sigue —dijo Green.

—Sé que te ha parecido largo, pero déjala respirar. No la trates como si te perteneciera, ¿entiendes? Nada más.

—No sé de qué demonios me estás hablando. Bueno, sí que lo sé, pero lo que hay entre Shannon y yo es mutuo, Sam, es un milagro pero es mutuo.

—Qué bien. *Mazel tov*^[*], hombre. ¿Cómo va el trabajo?

—Ese violinista es más listo de lo que pensaba. No he hecho ningún progreso en la búsqueda. Tal vez se ha ido a su casa para desconcertarnos a todos, especialmente a Barney.

—Claro está que si se ha ido al sur, no se esconderá en su casa —dijo McKibbon.

—Ya. Pero puede estar escondido en Georgia, en Tennessee o en Texas. —Green hizo una pausa—. No, Sam, solo estoy silbando Dixie, porque no se ha ido al sur, es incapaz de marcharse de aquí ahora. Y yo debo seguir buscándole en los mismos sitios e interrogar de nuevo a esos músicos. Seguramente habrá cambiado su aspecto, se habrá teñido el pelo o dejado la barba o algo por el estilo. Pero tarde o temprano acudirá donde está la música, a ver a

los músicos. Bueno, gracias otra vez. Oye, y cuando camines por el pasillo de la iglesia, trata de que tu revólver no se vea.

—Se lo daré a Riordan para que me lo guarde —dijo McKibbon.

—Pásalo bien, amigo.

McKibbon colgó el teléfono y se estaba poniendo el abrigo cuando el aparato que estaba encima de la mesa de Green comenzó a sonar.

—¿Está aquí el detective Green?

—No, Domingo, soy Sam.

—Oh, pero tengo entendido que le han prohibido hablar conmigo —dijo Domingo con una risita.

—Hay tantas cosas que me han prohibido, que he perdido la cuenta. Va a ser difícil que encuentres a Noah, más vale que me lo digas a mí y le pasaré el mensaje.

—Bueno. —Domingo habló de prisa—. Barney ha vuelto a dejarse ver, en el parque, en Blimpie, en Sheridan Square. Parece un hombre anuncio, tal como anda por ahí.

—¿Se te ocurre la razón de que quiera ser visto?

—No se me da muy bien el... ¿cómo le llaman?, el análisis. Me limito a dar las noticias.

—¿Hay algo nuevo acerca de los asesinatos de la bodega, o acerca de quién eliminó a Stubblefield?

—Que tenga un buen día, Sam. Y larga vida para todos nosotros.

—Gracias —dijo McKibbon—. Que Dios te oiga. —Colgó el teléfono y empezó a frotar su pipa, murmurando—: ¿Habrás enterrado Barney al violinista? ¿Y ahora cómo demonios encuentro a Noah? ¡Ah, ya lo sé!

McKibbon marcó el número del *Journal*, habló con Shannon Leahy y se fue al centro de la ciudad.

Media hora más tarde, McKibbon vio al chico que caminaba de prisa hacia la parada del autobús y le dio alcance con cuatro largas zancadas.

Al ver al detective, Adam Horowitz se tapó la boca con la mano, movió negativamente la cabeza y siguió avanzando por la calle.

McKibbon lo volvió a alcanzar.

—Si sigues jugando a correr y parar, llegarás tarde al colegio.

El chico continuó meneando la cabeza.

—¿Alguien te ha hecho una visita? —insistió McKibbon.

Horowitz, con la vista fija en el suelo, no contestó nada.

—¿Ha sido Whipple, el tipo de la confitería?

El chico hizo unos vehementes movimientos negativos con la cabeza.

—Tiene que haber sido alguien, tal vez fueron varios. ¿Te dijeron que si hablabas conmigo te las cargarías?

No hubo respuesta.

—¿Te dijeron que le harían algo a tu madre?

El detective leyó la respuesta en la expresión de los ojos del chico.

—Escucha, Adam —le dijo—. No tendrás una alternativa tan clara como esta en toda tu vida. Puedes hacer un trato con esas bestias cuya palabra no vale una mierda, o puedes hacer un trato conmigo. ¿En cuál de los dos casos crees que tu madre se hallará más a salvo? ¿Me oyes? Si continúas tratando con ellos, seguro que la matarán, y luego te matarán a ti.

El muchacho seguía mirando hacia el suelo y no se decidía a levantar la vista.

—Como quieras —dijo McKibbon con calma—. Entonces voy a tener que hablar con tu madre.

McKibbon logró ver las lágrimas en la cara del chico antes de que este arrancara a correr. Todavía no era el momento de ir en su busca. «El chaval pasará un día espantoso en el colegio, y cuando salga le estaré esperando».

El detective miró a su alrededor para asegurarse de que nadie había presenciado aquel encuentro. No había nadie. Pero aunque alguien los hubiera observado desde una ventana, el chico no había dicho ni murmurado una sola palabra. Así que aún había tiempo. «Un chico listo que está un poco confundido».

McKibbon se fue hacia Sheridan Square. «Nunca habría imaginado que Crocker fuera a actuar de un modo tan basto. ¿Pero a quién debió de mandar para amedrentar al chico? Ese marica es un solitario, aunque tiene tratos con Barney. ¿Serán los muchachos de Barney los que han aterrorizado al chaval? Sin embargo, ¿cómo demonios están relacionados esos dos casos? ¿Por qué Barney se habría dejado implicar en el asunto Ginsburg? ¿Qué deuda tiene con Crocker? Vayamos por pasos. Tengo que ir a ver a la madre del chico, que me echará la caballería por encima, y hará muy bien, por

haber metido a su hijo en esto».

Se detuvo en la esquina. «¿Estará todo esto relacionado de algún modo con Emma? No, no pienso ir a ver de nuevo a Riordan. Ya soy mayorcito, y me pagan para que desentrañe toda esta porquería yo solito».

Muy avanzada la mañana, Carl abrió la puerta de su habitación en el hotel, y no se sintió sorprendido al ver que tenía visita.

—¿Estás esperando a alguien? —dijo el hombre alto y delgado que llevaba barba.

—No. ¿No crees que te arriesgaste demasiado la otra noche?

—Sí, quizá. —Bama se quitó el abrigo y se sentó en el borde de una butaca—. Me habían atracado unas noches antes y andaba muy corto de dinero. Te lo agradezco mucho. —Tendió a Carl cinco billetes de diez dólares.

—Venga, déjalo, no tengo ninguna prisa.

—Es igual. Sabes, he descubierto que en esta ciudad no hace falta que trabajes. Basta con encontrar los sitios adecuados, y si eres blanco, educado y del sur (a la gente le encanta ese modo de hablar), es fácil hacerte con droga. Casi siempre.

—¿Dónde duermes, Bama?

—En diferentes sitios. Me quedo poco tiempo para que la gente no me recuerde. Cuando llevo varios días pirado, me voy a dormir con los borrachos a los gallineros del Bowery. Antes solía echarme de vez en cuando una siesta en el metro, pero desde que me atracaron ya no lo hago. No entiendo cómo nunca me pasó nada ahí abajo. Joder, Carl, metes ahí abajo a un gorila y se lo cargan, le quitarían la piel. Pero algunas noches —Bama se reclinó cómodamente en la butaca— me permito el lujo de una bonita habitación de ínfima categoría como esta.

Carl se dirigió al dormitorio y volvió con una botella de *bourbon* y unos vasos. Bama miró con añoranza la botella pero levantó la mano para detenerle, diciendo:

—Después de tanto tiempo sin probar gota, no me podría parar. Te lo agradezco, pero esperaré a haber terminado el trabajo.

—¿Tienes idea de cuándo será esto?

—Barney ya no se esconde —dijo el violinista—. Eso significa

que quiere que lo encuentre. Lo he puesto nervioso. Me siento como uno de los perros de caza de mi padre, que no dejaban que se les escapara nunca una pieza. Es una sensación estupenda, Carl. Y la policía también quiere que lo encuentre, así que todo el mundo va a estar contento. Ya falta muy poco, Carl.

—El detective judío ha estado rondando por ahí.

Bama sonrió.

—¿Noah? —dijo—. Sí, lo he visto un par de veces por la calle, pero antes de que él haya podido verme a mí. ¿Os ha estado atosigando?

—Lo intenta. Me gustaría verle una vez más antes de marcharme de aquí.

Bama lo miró y dijo:

—¿No te gustan nada los judíos, verdad?

—No me gustan nada. —Carl volvió a llenarse el vaso—. ¿Sabes quién es el propietario del club donde tocamos? Un judío, claro, que se está forrando gracias a McClinton y a Merle, e incluso a Ernest Tubb que ha tocado allí. Me pone enfermo. Bueno, pero tú tienes otras preocupaciones. Bama, ya sé que no es cosa mía, pero ¿por qué tienes tanto empeño en atrapar a Barney? Si fue el chico negro quien...

—No, no fue él —dijo Bama fríamente.

—Entonces, ¿por qué le...?

—No lo hice. No he matado a nadie todavía, Carl.

El guitarrista se frotó la barbilla y cogió su vaso, diciendo:

—Bueno, te conozco y sé que sabes lo que haces. Ese Barney puede darse por muerto.

Bama se echó a reír y preguntó:

—¿Cómo está Merle?

—Lo tiene el poli, seguramente lo habrá circuncidado.

—Oye, Carl, cuando no me está persiguiendo, ese poli es un buen amigo mío, ¿comprendes?

Carl hizo un gesto de asentimiento y se sirvió más *bourbon*.

—Eh —dijo Bama—, ¿tienes algo de Bill Monroe?

Carl se levantó, rebuscó entre una pila de álbumes de discos amontonados en el suelo, y escogió *Roll in My Sweet Arms*

Baby's

Bama lo escuchó entero con una sonrisa dibujada en su semblante y cuando se hubo acabado dijo:

—Basta, no quiero oír nada más. La música es como el *bourbon*, pero pensé que me iría bien una canción de Bill. ¿Recuerdas lo que solía decirnos después del *show*, durante aquella *tournee* en que le hacíamos de teloneros?

—¿A qué te refieres?

—Me lo aprendí de memoria, palabra por palabra. «Deja que resuenen esas hermosas notas altas. No hagas muchas florituras, chico. Tienes que enamorarte de la melodía y trabajarla de tal modo que la gente se enamore de ella también. Debes perseguir la melodía como si fueras un perro de caza».

Carl asintió con la cabeza.

—Tiene más razón que un santo.

—Y no solo se refería a la música —dijo Bama—. Eso hay que aplicarlo también a cómo se debe vivir.

—Amén.

—Y a cómo se debe morir.

—Bama, ¿necesitas algo?

—Puede ser, Carl, puede que te necesite.

—Estoy preparado. Sí señor, siempre estoy a punto. Y sobre todo disfruto cuando no sé lo que va a ocurrir.

16

AQUELLA MISMA TARDE A PRIMERA HORA, Shannon Leahy y el detective Green estaban sentados a una mesa de un restaurante italiano que les había sido calurosamente recomendado por el teniente Randazzo. Shannon miraba sonriente a Noah.

—¿Te gustaría tener otro niño? —preguntó Green que parecía dirigirse al vaso de vino de la joven.

—¿Para Navidad? —dijo ella cubriendo con su mano la del detective.

—Estaba pensando —Green se interrumpió mientras el camarero les servía el *antipasto*— que desde luego a mí me encantaría. Pero, coño, yo ya sería un viejo cuando el chico tuviera dieciséis años. ¿Qué clase de padre sería?

—Noah, está lleno de hombres de treinta años que son unos padres detestables.

—Sí pero ¿qué podría hacer con el chico?

—Oh —dijo ella—, he visto tipos en silla de ruedas jugando a pelota.

—No sería justo —dijo Green con aire sombrío.

—Te olvidas, o todavía no te has dado cuenta, claro, de que ya tienes un chico de diez años que vivirá contigo.

—Sí, es verdad.

—Sí, es verdad —dijo ella sonriendo—, como son verdad los impresos de los impuestos y la gripe, pero eso le ocurre a uno aunque no quiera. Ya lo entiendo, el niño no es tuyo. Bueno, como todavía no te has dado cuenta de lo que vendrá conmigo, tal vez

tendrías que reconsiderar todo el asunto.

Green la miró con espanto.

—Anda —dijo Shannon inclinándose hacia él y acariciándole el cabello—, es solo una broma. Me gustaría tener otro hijo (no sé por qué estamos los dos tan seguros de que va a ser un chico), y creo que el tiempo que sea que esté con nosotros será un tiempo feliz. De modo que ¿por qué no, Noah? Además, fíjate en Strom Thurmond. Su primer hijo nació cuando él casi tenía setenta años, y luego tuvo dos más.

—No soy un semental sureño —gruñó Green—, ni soy un senador. Soy un judío obeso y melancólico que fuma demasiado.

—Y que empina el codo —añadió ella sonriendo.

—Esa expresión ya es casi de coleccionista.

—Estoy llena de anacronismos..., es parte de mi encanto.

Green le apretó los dedos.

—De todos modos —dijo el detective—, el alcohol es sano, es bueno para la circulación.

—Sí, eso es lo que dicen todos los *shickers*^[**]. No te preocupes por el niño, Noah, ya sabremos si es oportuno.

—Emma sí que quería tener su niño. —Green se acabó su escocés con agua—. Sabes, creo que estoy de acuerdo con Sam; Tyrone no fue quien mató a Emma. ¿Entonces quién fue? ¿Barney? Si fue Barney, no lo hizo personalmente. No es esta su manera de actuar ni nunca lo ha sido. Ha mandado a otro que lo haga. Vale, sigamos pensando. Puede que se lo encargara a Tyrone, y que, después de que Emma fuera eliminada, mandó que mataran a Tyrone para borrar cualquier indicio que relacionara a Barney con el asesinato de Emma. Si la cosa ocurrió así, es más que probable que el asesino de Tyrone fuese Arthur.

»Pero ¿por qué? —Green pidió por gestos otro *whisky*—. Barney no hace nada que no sea en beneficio propio. Es un hombre que controla mucho sus impulsos, si no ya lo habríamos atrapado hace tiempo. Coño, si se hubiera mantenido dentro de la ley, Barney habría hecho carrera en la banca o en una compañía petrolífera. Y no precisamente gracias a su trabajo. Pero Emma no podía en absoluto constituir un obstáculo o una amenaza para Barney. Entonces, ¿por qué? No tiene sentido.

—¿Y no tendría más sentido —dijo Shannon Leahy— ponerle a

Barney protección policial? Tanto si Barney asesinó a Emma como si no, Bama lo matará, o Barney matará a Bama.

—¿Y durante cuánto tiempo lograríamos protegerlo? No, esto tiene que acabar, de modo que Barney tiene que estar al descubierto. Pero creo que he logrado convencer a Randazzo de que Barney sea vigilado día y noche. Así evitaremos que lo maten, y de paso salvaremos a Bama.

—¿Por qué no hiciste seguir antes a Barney?

Green meneó la cabeza y dijo:

—Porque ese hijo de puta es un tipo extraño; dice que es capaz de oler a un policía a un kilómetro de distancia y yo lo creo, por lo que le he visto hacer en el pasado. Pero no quiero que vuelva a desaparecer ahora, y Randazzo lo hará seguir por nuestros dos mejores hombres. Esos no lo perderán de vista.

—¿Y si Barney logra despistarlos?

—A esos dos ya no les caben sus antiguos uniformes, y no creo que tengan ganas de comprarse unos nuevos.

Tal como McKibbon esperaba, Adam Horowitz fue el primer chico en salir del colegio dos horas más tarde. McKibbon le observaba desde el vestíbulo de una vieja casa de pisos y sonrió al ver que el chico miraba a su alrededor, primero con expresión anhelante y luego de un modo casi frenético. Cuando el detective salió a la calle, el chico exhaló un evidente suspiro de alivio y corrió a su encuentro.

—Sabía que usted estaría aquí —dijo Horowitz.

—Veo que el gato te ha devuelto la lengua.

—Tenía usted razón. ¡Mira que poner la vida de mi madre en manos de esos tipos! ¡Señor, lo estúpido que uno llega a ser!

—Bueno —dijo McKibbon echando a andar seguido del chico—, ahora cuéntame lo de tus visitantes.

Adam le describió su encuentro, las máscaras y las amenazas.

—¿Cómo eran sus manos? ¿Y sus cabellos? —McKibbon habló despacio—. ¿De qué raza eran?

—Creo que eran negros.

—¿Hablaron de nuestro amigo de la confitería o de la señora Ginsburg?

—No, pero seguramente se referían a él porque sabían que yo había hablado con usted. Le mencionaron a usted.

—Con pavor y respeto, supongo.

—Dijeron..., jejem!, ese detective negrata.

—Son unos mal educados —dijo McKibbon—, esos términos solo los podemos usar entre nosotros. Seguro que tu madre nunca dice «judío apestoso» cuando está en sociedad, pero a veces, en la intimidad familiar, ese es el único término que cuadra, ¿no es así?

El chico negó con la cabeza.

—No —dijo—, a veces lo emplea fuera de casa, pero es que sus padres eran judíos alemanes.

—Bueno, mira. Sabiendo que tu *Yiddisher kop*^[*] volverá a intervenir pronto, me he apresurado a reflexionar. He supuesto que tus visitantes pertenecen a la banda de un tal Barney...

—¿Barney qué más?

—Ya te daré más detalles sobre él después. Por alguna razón parece estar protegiendo a aquel marica que viste con Kathleen Ginsburg.

—Ya le he dicho que no estoy seguro de que fuese él.

—¿Y quién te lo pregunta? Le he hecho saber al Barney ese que las caretas estaban tan mal puestas que reconociste a los tres tipos por unas fotografías que te enseñamos, y que sé que esos individuos tienen que ver con él.

—Pero no sé siquiera qué aspecto tienen, por lo menos sus caras.

—Y he hecho que Barney comprenda muy, muy claramente —continuó McKibbon como si no hubiera oído al chico— que este es un caso muy importante para nosotros y que si algo le ocurre a nuestro testigo principal o a algunos de sus parientes, nos echaremos encima del tal Barney con tanta furia que ni siquiera su madre podría reconocer los trozos que quedarán cuando hayamos acabado con él. Sé que ha recibido mi mensaje.

El chico levantó los ojos para mirar a McKibbon a la cara y le preguntó:

—¿Está completamente seguro de que ese tipo nos va a dejar en paz a mi madre y a mí?

—No del todo pero casi, porque ese hijo de puta tiene ya tantos problemas que solo le faltaba el de ese sarasa. No creo que Barney tenga nada que ver con el asesinato de la señora Ginsburg. Lo que

pueda haber entre él y nuestro mutuo amigo es otra cosa distinta. De todos modos creo que este asunto va a explotar muy pronto. Sin embargo, no quiero arriesgarme. Quiero que en el colegio te indiquen los trabajos escolares que vais a tener que hacer durante las próximas dos semanas. ¿Crees que después podrás ponerte al corriente en clase?

—Algún compañero me pasará los apuntes más importantes —dijo Adam.

—Además, he hablado con tu madre, y va a tomar unas vacaciones.

—¿Y adónde iremos?

—No muy lejos —dijo McKibbon palmeando el hombro del muchacho—, pero estaréis a salvo, en Yonkers.

—¿En Yonkers?

—¿Lo ves? Nadie va a pensar en Yonkers. De todos modos, no estaréis solos.

—Oiga —dijo el chico frunciendo el ceño—, lo que ha dicho de que he reconocido a los tipos que llevaban las caretas y de que estoy seguro de que era el marica que estaba en la calle aquella noche, eso es lo que la CIA llama «proceso de desinformación». ¿Cree que está bien hacer esto?

—¿Preferirías que no lo hiciera?

—¿Pero está bien? Bueno, ya sé que los otros no dicen más que mentiras, pero ¿también los policías pueden mentir?

—Pregúntaselo a tu madre.

17

ERA LA MAÑANA DEL ÚLTIMO DÍA que le habían concedido a Whipple, y este se sentía aliviado porque caía un aguacero muy fuerte. «No querrán quedar empapados por ir a matar a un hombre cuando podrían hacerlo tranquilamente un día que no llueva». Sin embargo, se puso tres suéteres gruesos, un abrigo de piel de imitación (nunca llevaba nada que fuera de piel, verdadera o falsa), una bufanda nueva y tupida que le cubría la boca y la barbilla, y una gorra nueva (que tampoco era de su estilo).

Se sintió decepcionado al no divisar ningún taxi, pero caminó con rapidez por Christopher Street hacia la estación de metro de Sheridan Square. Al acercarse a la entrada, un hombre alto y delgado ataviado con una camiseta gris, pantaloncitos cortos blancos y zapatillas azules pasó corriendo por su lado. Llevaba abierto un pequeño paraguas negro y le dedicó una sonrisa a Whipple.

—Un abrigo precioso, Crocker —canturreó Arthur bajo la lluvia—. ¿Viene de Hong Kong?

Whipple bajó a toda prisa las escaleras y se perdió de vista. El director general de Barney meneó la cabeza diciendo: «El pobre sarasa no sabe que solo disfruta de un respiro temporal, una especie de suspensión de la pena». Y Arthur continuó su carrera silbando *Miss Brown to You*.

En la comisaría del distrito 13, Whipple se precipitó escaleras arriba hasta el sargento de turno y preguntó por Randazzo.

—¿Quién le digo que quiere verle? —dijo el sargento mirando al

hombrecillo que venía temblando, seguramente a causa del helado aguacero.

—Preferiría no dar mi nombre. —Su voz quedaba apagada por la bufanda—. Pero no le haré perder el tiempo. Oiga —añadió mirando suplicante al sargento—, es un asunto de vida o muerte, de verdad. Y hay más de una muerte en juego.

—Bien. —El sargento asintió con un gesto de la cabeza—. Ha venido a la comisaría más indicada, aquí nos dedicamos tanto al mayor como al detall. Le diré al teniente que está usted aquí.

Pocos minutos después, en el despacho del teniente se hallaban reunidos el propio teniente, Green, McKibbon y Crocker Whipple. Este último estaba extremadamente pálido.

—¿Hay algo que te preocupa? —le preguntó Randazzo a Whipple mientras colocaba el tarro de caramelos fuera del alcance de este último. («¿Te imaginas la cantidad de microbios que me hubiera metido ahí dentro? —le dijo el teniente más tarde a Green—. ¡Y qué clase de microbios!»).

Whipple declaró en un tono tan neutro como su suéter beige y sus pantalones de pana marrón:

—Barney ha contratado a alguien para que me mate.

—Mucha gente viene aquí diciendo que alguien quiere matarles —dijo Randazzo—. A veces se enteran gracias a la radio que algún dentista miembro de la CIA les ha colocado en una muela. ¿Puedes coger Onda Media y Frecuencia Modulada, Whipple?

Whipple empezó a rebuscar en sus bolsillos. McKibbon salió de la habitación y volvió con un paquete de cigarrillos que lanzó a Whipple.

—Quédatelos —dijo Randazzo—. ¿Cómo sabemos que Barney ha contratado a un tipo para que te mate?

—En realidad no lo ha contratado —dijo Whipple— porque es de la banda. Es Arthur.

—¿Pero cómo podemos estar seguros de eso? ¿Solo porque tú lo dices? A lo mejor te has peleado con él, habéis tenido una riña de enamorados o algo así, y quieres meter a Barney en un buen lío.

Whipple miró a Green y dijo:

—Usted me conoce, Noah. Sabe cuándo estoy diciendo la verdad.

—Pero ayúdame un poco —dijo Green cogiendo un puñado de

caramelos del teniente—. ¿Por qué quiere matarte?

—Tiene miedo —dijo Whipple—. Tiene miedo del violinista. Me pagó para que lo buscara pero no lo he encontrado. Dios sabe que lo he intentado, pero ese maldito Bama es el hombre invisible. Barney me fijó un plazo límite, porque quería darme un buen acicate. Me dijo que si venía con las manos vacías, acabaría en el archivo de la policía. —Y Whipple miró a Randazzo.

—¿Qué bien puede hacerle a Barney el deshacerse de ti? —preguntó McKibbon con frialdad.

—Barney se lo ha prometido a sí mismo y también a mí. —A Whipple le estaba costando mucho encender el cigarrillo—. De modo que tiene que hacerlo. Barney nunca retrocede cuando hay gente que le mira. Le gusta parecer muy macho.

—Bueno —dijo Randazzo—. Supongamos que no se trata de una pesadilla que has tenido. Aún así, ¿qué podemos hacer por ti? Podría enseñarte un poco de kárate.

—Oiga —dijo Whipple abandonando su intento de encender el cigarrillo—, puedo darles mucha información acerca de las operaciones de Barney. No de todas pero sí de muchas. Las referentes al sexo, y algunas relacionadas con la droga. Incluso ustedes se llevarían una sorpresa si supieran quiénes son ciertos clientes del negocio del sexo, y los caprichos que compran.

—Ya nada me sorprende —dijo Randazzo en tono flemático—. Ciertas cosas me dan asco, pero hace años que no me sorprende ante nada.

—Espere y verá. —Whipple esbozó una breve sonrisa—. Y los sobornos... Barney está mejor relacionado de lo que se imaginan. Incluso —añadió mirando a Randazzo— en esta comisaría.

—¿Cómo has descubierto todo eso? —preguntó McKibbon con tranquilidad—. Nunca has tenido tanta amistad con Barney.

—Nadie la tiene —dijo Whipple—, ni siquiera Arthur. Pero yo comercio con él. Vendo y alquilo cuerpos, y los cuerpos me dicen cosas que me permiten adivinar otras cosas y asegurarme, con mucho disimulo, de que son ciertas. Siempre he pensado, que como llevo yo solo mi propio negocio, la mejor manera de sobrevivir era reunir la mayor cantidad de información posible acerca de todo aquel que podía hacerme algún daño. Y Barney, por ser quien es, está a la cabeza de la lista.

—Háblanos de las drogas —dijo McKibbon—. ¿Cómo has conseguido enterarte de lo referente a las drogas?

—Lo sabrán —dijo Whipple mirándole— cuando llegue el momento.

Randazzo cogió unos caramelos y preguntó:

—¿Y cuándo será ese momento?

—Tengo que pensar en mi seguridad —respondió Whipple recorriendo la habitación con la mirada.

—Si fueras un testigo directo —dijo Green lentamente—, y si el fiscal estuviera de acuerdo, podríamos esconderte en una habitación de hotel. Pero por otra parte puede que todo eso sea competencia del FBI, al menos el asunto de las drogas. —Miró a Randazzo.

—Claro que sí —dijo el teniente fijando los ojos en Whipple—. Barney no ha cultivado toda esa droga en su jardín posterior. ¿Qué más da que sea un asunto a nivel nacional o internacional? No tenemos más que avisar al DEA, al Departamento Antidroga, y ellos te protegerán. Disponen de mejores medios y alojamientos que nosotros.

—Todo el mundo es tratado a cuerpo de rey en el DEA —dijo McKibbon con una sonrisa—, todo el mundo.

—Basta —dijo Randazzo—. Aunque Whipple comprenda de qué va la cosa, no deberíais hablar así delante de él.

—Es del dominio público —dijo Whipple—, que el DEA está lleno de mierda, en todos sentidos. De todos modos, no me interesan esas memeces de que me van a proporcionar una «nueva identidad». Lo único que necesito es un poco de tiempo para recuperarme y poder organizarme. Así que prefiero quedarme con ustedes.

—Es conmovedor. —Randazzo miró con envidia el cigarro que Green se disponía a encender—. Y además, con una identidad como la tuya, no me extraña que no tengas ganas de cambiarla, como no sea por la de una hiena.

—Si me decido a cantar —dijo Whipple dirigiéndose a Green— ¿qué condiciones me propondrían ustedes? Porque si tengo que ir a la cárcel más valdría que saliera ahora mismo a la calle para que me mataran en lugar de esperar a que uno de los secuaces de Barney me liquide dentro de la jaula.

—¿Quién te lo impide? —dijo Randazzo con brusquedad—. No

estás detenido, si quieres salir, puedes hacerlo.

—No podemos garantizarte nada —añadió Green—, ni hacerte ninguna promesa, directa o sobrentendida. Eso depende del DEA, pero...

—Pero —Randazzo le interrumpió, hablando con la mirada puesta en la pared— a mi entender, (hablo como persona particular, no como oficial de policía), si aportas esa información que dices tener, le harás un bien tan grande a la comunidad permitiéndole limpiar todo ese lodazal, que el fiscal se verá inclinado a tratarte con cierta consideración. ¿Me explico?

—Claro —dijo Whipple—, no se quiere comprometer; pero necesito una garantía más explícita.

—¡Pero vamos, hombre! —Randazzo se levantó y se quedó plantado ante Whipple—. ¿Qué puedes ofrecernos a cambio? Estás jugando con cartas que no tienen ningún valor. Por eso has venido aquí, de modo que no me vengas con ese cuento de que necesitas garantías explícitas. Si no te gusta lo que digo, la otra alternativa es que cojas el portante. Ya te lo he dicho, si quieres irte, te vas. Y dentro de cinco o seis horas, recogeremos lo que quede de ti en un solar abandonado. Claro que a lo mejor no te encontramos, y en tal caso, te pondríamos una placa en tu urinario preferido.

—Los que odian a los homosexuales tienen miedo de algo —dijo Whipple—, y no es precisamente de nosotros.

—¡Vaya por Dios! —Randazzo soltó una carcajada—. Me has descubierto, ¿me vas a amenazar, mariposilla?

McKibbon cambió la posición de su silla para poder observar a Whipple sin que le tapara el corpachón de Randazzo, y terció en la conversación.

—A juzgar por lo que dices, si se trata de una operación tan importante y estás bien informado, no deberías preocuparte con respecto a ir a la cárcel por tus negocietes con Barney. Lo mismo que el teniente, no puedo prometerte nada, solo son conjeturas, nada oficial. Sin embargo, tienes un problema mucho más gordo que tus trapicheos con Barney.

—Sí señor —dijo Randazzo volviendo a su mesa—. Hay un problema relativo a un cadáver, el de una señora que se llamaba Kathleen Ginsburg.

—Pero lo que sé de Barney es de alivio... —empezó a decir

Whipple.

—¡Aquí no estamos chalaneando con rebajas! —gritó Randazzo—. Se trata de dos asuntos diferentes. Pero, escucha, ya que ha surgido este nuevo tema, quiero que lo tengas muy claro: yo no soy uno de esos fanáticos de la ley y el orden que están siempre quejándose de que el Tribunal Supremo les pone trabas a los agentes del orden y favorece a los criminales. Cada noche rezo por el Tribunal Supremo porque le agradezco que, desde que nos salió con eso que llaman *Miranda*, mis muchachos han tenido que andar con pies de plomo y presentar cargos bien fundados. Y otra cosa, además: sé adivinar lo que desea el Tribunal, así que cuando presenta un nuevo requisito para poder procesar a alguien, mis hombres ya lo están cumpliendo hace rato.

»Hablemos de ti, Whipple. Has venido por tu propia voluntad, ni siquiera te habíamos reservado habitación. Y ahora dime, desde que estás aquí, ¿te ha dicho alguien que no puedes salir por esta puerta si quieres hacerlo?

—No, todo lo contrario —respondió secamente Whipple.

—¡Buen muchacho!, ahora piensas con claridad. Pero, si se te está ocurriendo contarnos algo acerca de un cadáver que en vida se llamaba Kathleen Ginsburg, quiero que sepas desde este mismo momento cuáles son tus derechos. No es que tenga la obligación de decírtelos, porque has venido voluntariamente, pero en honor de la Constitución de los Estados Unidos te los voy a enumerar de todos modos.

—Conozco mis derechos —dijo Whipple.

—¡Cierra el pico! —gritó Randazzo—. ¡Más respeto hacia la Constitución! —Se puso de nuevo en pie, se sacó una tarjeta recubierta de plástico del bolsillo interior de la americana y, poniéndose una mano sobre el corazón, el teniente le recitó a Crocker Whipple: «A partir de este momento, tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga puede ser usado en contra suya ante un tribunal. Tiene derecho a hablar con un abogado y a que este esté presente mientras le interroguen. Si carece de medios para pagar a un abogado, si lo desea se nombrará a un letrado de oficio para que le represente». Bueno, ¿quieres que te lo repita más despacio?

—No, gracias —dijo Whipple.

—¿Quieres que te lo diga en español, en siciliano o en francés? El francés sonará a italiano, pero es francés.

Whipple permaneció silencioso.

—¿Quieres un abogado? —preguntó Randazzo.

—No tengo nada que decirle ni a usted ni a un abogado acerca del asesinato —dijo Whipple enderezándose en su asiento—. Y si tuviera alguna prueba contra mí, entonces sí que tendría motivos para leerme mis derechos porque yo estaría arrestado.

—Señor Whipple —dijo Randazzo indicándole la puerta— puede usted marcharse. Realmente, no tenemos más que hablar, y dado que nuestra comisaría está atestada y que disponemos de muy poco tiempo debido a los muchos asuntos que nos ocupan, debo pedirle que nos deje.

Whipple se puso rígido, y agarrándose al borde del asiento, le gritó a Randazzo:

—¡Me dice que salga a la calle para que me maten porque no quiero confesarme culpable de un crimen que no he cometido! ¡Es como en Rusia! Y ustedes —se volvió hacia Green y luego hacia McKibbon—, ¿van a permitirlo? ¿Van a dejar que me maten ahí fuera?

—Sam —preguntó Green—. ¿Tommy Flanagan sigue tocando en Bradley's ?

—Solo dos noches más —dijo McKibbon encendiendo su pipa—. Y tienen un bajo fenomenal, se llama George Mraz, es checo, ¿te imaginas?

—Al que echo de menos es a Scott LaFaro. ¿Le habías oído tocar?

—Tenía una buena técnica, pero le faltaba alma —dijo McKibbon rascándose la nariz—. En cambio ese Mraz tiene las dos cosas.

—A lo mejor me estoy perdiendo algo bueno —dijo Randazzo—. Tendréis que llevarme a esos sitios que decís. ¿O quizá soy demasiado viejo?

—¡Vamos, teniente —dijo McKibbon—, no diga esas cosas!

—¿De verdad quieren que me vaya? —dijo Whipple sacudiendo la cabeza—. ¡Dios, con la información que les estoy dando!

Randazzo se dirigió a McKibbon y a Green, diciéndoles:

—Si tuviera que escoger entre despedir a un tipo mierdoso con todas sus informaciones de mierda y solucionar un caso de asesinato por culpa del cual el alcalde y el jefe de policía me están tratando como si me apestara el aliento, ¿cuál de las dos cosas haría?

—Teniente —dijo Green—, ¿por qué el señor Whipple y yo no nos vamos a un despacho vacío y charlamos un rato?

Randazzo se encogió de hombros, y McKibbon, después de consultar su reloj, dijo:

—Me apetece un poco de *pastrami*. ¿Alguien quiere tomar algo?

Los otros tres negaron con la cabeza.

—¿Quieres un poco de café? —le preguntó Green a Whipple—. No, espera, te gusta el Dry Sack, ¿verdad? Tráete un par de botellas, Sam.

—¿Seguro que no quieres algo mejor que el Dry Sack? —masculló McKibbon.

—¿Cómo le va a Connie? —dijo Green sentándose pesadamente detrás de la mesa. Acto seguido se aflojó la corbata y contempló el teléfono con cierta añoranza.

—Tiene un ambiente muy tranquilo y agradable —dijo Whipple—, casi bucólico. Ha cambiado las normas. Ahora, en cuanto levantas la voz más de diez segundos te echan fuera. Incluso ha cambiado la música, ha contratado a un cuarteto de cuerda que tocaba en la calle.

—Debe de haber subido el promedio de edad de los clientes —comentó Green sacándose un cigarro del bolsillo.

—No, a los habituales parece que les gusta. Y a mí también, te calma los nervios. Connie dice que ahora ya no le debe nada a usted, aunque no sé a qué se refiere.

—Tiene razón, ahora estamos empatados.

—Oiga —dijo Whipple inclinándose hacia adelante—, ¿verdad que no va a dejar que Randazzo me eche sin más a la calle?

—Solo soy un mandado, Crocker.

Whipple se levantó el cuello de la americana y se frotó las manos, diciendo:

—¿Es que están ustedes ahorrando el dinero del contribuyente?

—Dice el teniente —explicó Green— que si hace demasiado

calor aquí dentro, la gente se resfría cuando sale al exterior con este frío. Dice que desde que ha hecho bajar la calefacción ha ahorrado centenares, miles de horas de absentismo laboral causado por constipados, gripes y todo eso. Si te interesa, te dará todos los datos, con cifras, y puestos al día. Mira, Crocker, te voy a dar un consejo. No te quiero interrogar en absoluto, ¿entiendes? —Whipple no contestó.

—Pero no basta —continuó Green mirando la ceniza de su cigarro— con disponer de un buen abogado si lo necesitas. Como tú tienes pasta, y estoy seguro de que guardas un buen pellizco escondido en algún sitio, deberías buscarte a la flor y nata de la abogacía. Alguien del bufete de Raymond Brown, o de Bill Leibowitz. ¿Los has oído nombrar?

—Sí, claro, son muy conocidos.

—O a Mike Steinberg. ¡Ese sí que es un buen defensor! Es como un perro rabioso, pero con inteligencia. ¿Viste lo que hizo el mes pasado? Logró que absolvieran a aquel policía irlandés que mató a dos puertorriqueños en aquel tugurio del West Side. Ambos iban desarmados y les disparó por la espalda.

—Lo leí en el periódico.

—Alegó defensa propia, y el jurado lo aceptó.

—Eso puede dar buen resultado con un policía —dijo Whipple— pero no con un civil, sobre todo si se trata de un gay. A ese ni siquiera Steinberg conseguiría salvarlo.

—Hazme caso. Has hablado de gays... Pero los habitantes de esta ciudad, o mejor dicho de este municipio sin par que es Manhattan, son muy liberales cuando se trata de relaciones libremente consentidas. No les preocupa lo que la gente hace en sus dormitorios o incluso en los lavabos públicos, siempre que se limiten a acariciarse entre ellos y no empiecen a toquetear a los ciudadanos honrados que entran a hacer sus necesidades. Me refiero a que consideran que no vale la pena preocuparse de eso, porque la policía tiene cosas más importantes que hacer.

Whipple le escuchaba impasible.

—Pero por muy liberales que sean los jurados de Manhattan —siguió Green—, no les gustan los buscones agresivos. Como dicen los abogados, te voy a proponer una hipótesis. Se trata de una lesbiana forzada y de malas pulgas que cuando se quiere ligar a otra

y esta se le resiste, le sacude de lo lindo. Y una noche, esa apisonadora va y se pasa de la raya. Se mete con una puta, una de esas bisexuales, pero el macarra maricón se pone furioso porque ahora la puta está trabajando para él. Hay una pelea, y el follón acaba con que la tortillera agresiva resulta muerta.

Green acercó su silla a la de Whipple y continuó:

—El macarra es llevado a juicio y lo defiende Mike Steinberg. A los jurados no les gustan los proxenetas, pero aún les gustan menos las lesbianas porque no las entienden. Y lo que más odian los jurados son esas tortilleras matonas que pegan a las mujeres, aunque estas mujeres sean también tortilleras.

—¿Pero cómo podría Steinberg aportar pruebas —preguntó Whipple— de que en el pasado esa tipa solía pegar a las mujeres si ella es la víctima, o lo era?

—¡Ah! —dijo Green—, pero si Steinberg alega defensa propia, puede presentar pruebas de que el agresor, que fue la tortillera, tenía un carácter muy violento, a pesar de que acabase perdiendo la batalla. Claro que el fiscal puede aportar testimonios de que el proxeneta era un verdadero hijo de puta, pero eso ya se da por sabido. Lo principal es que el jurado se dé cuenta de que la tortillera perdía el dominio de sí misma cuando se enfurecía.

»De modo que después de haber dispuesto, por así decirlo, de la lesbiana, Steinberg hace subir al proxeneta al estrado de los testigos. Le ha hecho aprenderse muy bien la lección, así que el macarra les larga un relato muy vivido de lo ocurrido aquella noche. Cuenta que él le advirtió a la tortillera que no debía acercarse a toquetear a sus pupilas durante las horas de trabajo, que se lo dijo con firmeza pero sin levantarle la mano. Y que de pronto la tipa, que es una tía muy forzada y rabiosa, mucho más fuerte de lo que parece, como ya lo han demostrado los testigos precedentes, se lanza sobre el macarra. Él es canijo y parece flojucho. Se sabe que los otros chulos lo maltratan porque no tiene muchas agallas, y cualquier crío puertorriqueño de nueve años podría con él si le encontrara sin la pistola o le quitara el cuchillo.

»Bueno, de modo que ella lo tira al suelo, le da rodillazos en los huevos y le golpea la cabeza contra la acera. Y a su alrededor no hay nadie que pueda ayudarle, porque la puta, que no es tonta, se ha largado al ver el primer golpe. Así, pues, ¿qué puede hacer el

macarra? Esperar a que sus sesos queden esparcidos en el arroyo o sacar el cuchillo, que es lo que hace. Y, fíjate bien, solo la pincha lo suficiente para obligarla a que lo suelte, porque él no quiere cargar a costas con un asesinato. Ya la ha pinchado, pero ella sigue, dale que dale, lo tiene agarrado por el gáznate, con aquellas manos de fontanero, y él, claro, la pincha entonces todo lo fuerte que puede. Y el cuchillo entra muy hondo. ¿Qué es eso sino defensa propia?

—No se lo clavé muy hondo —dijo Whipple—, y solo la pinché una vez.

Green y Whipple se miraron fijamente.

—¿Se cree muy listo con esta dichosa hipótesis? —dijo Whipple en tono seco—. De todos modos iba a contárselo, porque me tienen de espaldas contra la pared, Noah. Si no les doy lo que ustedes quieren, o por lo menos todo lo que puedo darles, van a hacer que me maten.

—Si me lo ibas a decir de todos modos —dijo Green—, ¿por qué me has dejado hablar tanto rato?

—Me interesaba su historia. Así que ¿sale absuelto el macarra?

—Claro, y entonces el jurado, junto con el juez, se pone de pie y todos le tributan un aplauso. Mira, Crocker, el teniente te ha leído tus derechos, y yo voy a tener que leértelos otra vez. Ahora ya no estoy bromeando.

Whipple no paró de bostezar mientras Green le recitaba las cláusulas *Miranda*, y cuando este hubo acabado le preguntó:

—¿Dónde van ustedes a ponerme?

—No te preocupes, el fiscal no querrá perderte de vista.

—¿Aislado? Pero ¿para cuánto tiempo? —preguntó Whipple cogiendo un cigarrillo.

—Todo el tiempo que sea necesario. Mi opinión personal y extraoficial, Crocker, es que debes contratar a Steinberg o a algún otro peso pesado para que te defienda en los dos juicios. En el de Barney, Steinberg puede hacerte quedar como un héroe, el pecador arrepentido y valiente. Dios, qué cojones tiene que tener ese hombrecillo para enfrentarse al mismo demonio, al enorme demonio negro allí sentado con un pendiente en una oreja, que está rechinando los dientes pensando en lo que le hará a su acusador si el jurado no cumple con su deber y condena al demonio a cadena perpetua. Mirarán a Barney y luego, al mirarte a ti, tendrán los ojos

llenos de lágrimas de gratitud por tu civismo. Y después, en el otro juicio..., bueno, acabas de oír el guión de esta otra película.

—Tengo que ir al retrete.

—¿No te importa si te acompaño? —dijo Green sonriendo.

Abrió la puerta de su despacho, vio a McKibbon y le saludó con una inclinación de cabeza mientras se dirigía con Whipple a los lavabos. Al regresar, había dos botellas de Dry Sack y dos tazas sobre la mesa.

—¿Van a brindar con champán cuando firme mi declaración? —preguntó Whipple.

—Lo que quieras, hombre —dijo Green que vació la taza de un trago y se la volvió a llenar.

Crocker empezó a tomarse el jerez a sorbitos.

—Kathleen era cliente mía —dijo—. Como ya sabe, no era, ¿cómo lo diría?, muy hábil para escoger sus ligues, de modo que acudía a mí para que yo le indicara qué género tenía disponible.

—Pero no lo haría en su propia casa, ¿no?, con el profesor que podía entrar en cualquier momento.

—Tengo un par de sitios donde recibo a mis clientes.

—¿Y aquella noche eras tú el que estaba discutiendo con ella en la calle?

—Sí.

—¿Y por qué discutíais?

—Pues porque había descubierto, y me gustaría saber quién se lo dijo, que yo también suministraba chavales y que en aquel momento tenía a uno viviendo conmigo. Estaba horrorizada, asqueada y furiosa. Dijo que era antinatural, ¿se imagina? Cuando ella por su parte hacía cada cosa que... no quiera usted saber, siempre que encontraba a otra tía que se lo permitiera.

—¿Qué, por ejemplo?

—Es usted un *voyeur*, Noah. Era lo que nosotros llamamos una reina de la caca. ¿Quiere que le dé detalles?

Green sirvió más jerez y dijo:

—No, muchas gracias.

—Ella encontraba que lo que hacía estaba bien, pero que lo de los chavales era el peor pecado posible, el peor. Dijo que iba a denunciarme, no a ustedes los polis, porque cualquiera sabía si estaban sobornados, sino al fiscal. Dijo que iba a declarar en contra

mía aunque terminase saliendo en la portada del *Post*, que estaba dispuesta a todo con tal de salvar a esos chicos. Cuando finalmente me dejó hablar, le dije que no estaría salvando a nadie porque a ellos les gusta y van detrás del asunto. Pero no quiso creerme.

Green le llenó de nuevo la taza.

—¿Podré tomar un poco de *whisky* después? —preguntó Whipple—. Que sea Cutty Sark.

—Conforme. Es la marca del teniente, tiene una botella en su despacho.

—Se nota que tiene clase —dijo Whipple—. Las amenazas de Kathleen me dejaron jodido, de modo que cuando nos separamos me fui al bar de Connie y me tomé unas copas. Pero seguía jodido y volví a su casa.

—¿No tenías miedo de despertar al profesor?

—Él no me conoce, de modo que si se despertaba y bajaba, pensaba enseñarle esto.

Whipple se sacó del bolsillo una insignia dorada.

—¡Joder! —exclamó Green—. ¡Si parece de verdad!

—Es un trabajito muy bien hecho, y puede ser muy útil. Si estoy en el lugar que no debo, la saco y ¡Shazam!, me convierto en un detective.

—¿De dónde la has sacado?

—Eso no forma parte del trato, Noah. Le estoy contando muchas cosas esta noche, así que no sea tan ambicioso.

—Bueno, pero no puedes conservarla, es ilegal.

Green abrió el cajón de la mesa, sacó unas hojas de papel y envolvió en ellas la insignia. Después la metió en un sobre y se lo guardó en el bolsillo.

—Kathleen me hizo pasar a la cocina, donde estaba trabajando —continuó diciendo Whipple—. Pero estaba tan furiosa que no quiso escucharme. Le dije que no iba a dejar que me delatara y ella empezó a insultarme. Yo también me puse grosero, pero finalmente dije algo que la hizo saltar de verdad.

—¿Qué dijiste?

—Que si me acusaba ante el fiscal, le diría a todo el mundo que al profesor le gustaban los muchachos, cuanto más jovencitos mejor, y que por eso este asunto la ponía fuera de sí. Kathleen dijo que eso sería la ruina de su marido y que aunque yo no tenía

pruebas porque no las había, se sentiría tan humillado que se vería obligado a dejar la universidad. Es curioso, yo pensaba que su marido le importaba un pito, pero me equivoqué. Bueno, entonces se me echó encima.

—¿Es tu guión o el mío? —dijo Green.

—Usted no estaba allí. Si quiere mi confesión, es esta. ¡Coño, cómo pegaba!, y yo no soy precisamente un luchador, no tiene más que mirarme.

—Seguro que sabes morder —dijo Green en tono afable.

—No cuando me han hecho tragar mis propios dientes. No, eso no ocurrió, pero desde luego me estaba machacando. Me dolía el pecho y ya me costaba respirar, de modo que saqué el cuchillo. Siempre lo llevo encima, porque voy a cada sitio... Ella vio el cuchillo y fue a coger uno del estante, y entonces fue cuando la pinché.

—Por detrás.

—Pues claro, ¡coño! Si ella hubiera visto venir el golpe, tal vez me habría quitado el cuchillo. No entró muy profundamente, pero ella se desmayó.

—¿Así de fácil?

—Bueno, le di un mamporro en la nuca, con el puño y con todas mis fuerzas. Una o varias veces.

—¿Tú, tan media cerilla, y después de recibir una paliza?

—Es que si cuando te están apalizando y te ves perdido tienes la oportunidad de pegar un golpe, lo haces con toda tu alma, con más fuerza de la que creías tener. El cuchillo le quedó clavado en la espalda y no quise sacarlo por miedo a mancharme con la sangre y todo eso, pero sí que quería asegurarme de que no podría volver a por mí.

—¿Qué hiciste entonces?

—Verá, Noah, yo nunca he matado a nadie. Dios sabe que a veces he tenido ganas de hacerlo, pero nunca me he atrevido. Cuando comprobé que ella todavía respiraba, traté de cobrar ánimos para acabar con ella; no me quedaba otro remedio, aunque me parecía que iba a devolver hasta la primera papilla antes de poder liquidarla. Entonces oí un ruido en el piso de arriba. Ese tío debe de ser de los que duermen como un tronco, pero tal vez le despertó el batacazo que se dio ella al caer o algo así. De modo que

el marido empezó a llamarla desde arriba, y yo me las piré.

—Eso no se merece un Cutty Sark —dijo Green—. Apenas es digno del *whisky* de garrafón de la casa.

—Se lo cuento tal como ocurrió. Quería matarla, pero no lo hice.

—¿Y tus huellas?

—Limpié las del cuchillo, fue un momento. Y no había dejado huellas en ningún otro sitio porque no bebí nada ni toqué nada. No había ido allí de visita.

—¿Estás seguro de que seguía con vida cuando te marchaste?

—Ya lo creo, Noah. Y eso es todo. Ha sido un día muy largo.

—Voy a pasarlo a máquina.

—¿Me podrá dar el número de teléfono de ese Steinberg?, cuando haya firmado mi confesión, claro. Se pondrá furioso cuando sepa que he puesto mi firma en un papel, pero tengo que protegerme contra Barney y ese ha sido el único medio. En fin, ¿usted cree que hay alguna posibilidad de que salga bien librado de este asunto?

—Sí, la hay —dijo Green—. Pero, dime, aunque el caso de Barney no tenga nada que ver con el que nos ha ocupado, ¿sigues teniendo intención de colaborar con nosotros en lo de Barney?

Whipple hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Ya has oído lo que ha dicho el teniente —prosiguió Green—. Este caso es muy importante para nosotros, pero no creas que si nos entregas a Barney te vamos a dar una recomendación cuando se juzgue lo de Kathleen.

—Sin embargo, me imagino que algo me ayudará. Y de todos modos quiero jugarle esta mala pasada a Barney.

—¿Por qué? —preguntó Green, sorprendido.

—¿Cómo que por qué? Ese hijo de puta quiere matarme, ¿necesito otra razón para querer joderle todo lo que pueda?

—Se nota que le tienes afecto, Crocker.

—Oiga, usted no se ha creído lo que le he dicho de que cuando dejé a Kathleen estaba viva, ¿verdad?

—Eso no es cosa mía, lo ha de decir el fiscal.

—Pero quiero saber lo que piensa usted, al fin y al cabo, somos viejos conocidos.

Green se puso de pie, y después de frotarse el lóbulo de la oreja y de rascarse detrás de ella, volvió a sentarse diciendo:

—Te lo diré de otro modo. Da lo mismo lo que yo piense, porque mucha gente no se lo va a creer, a menos que encontremos el cabo que todavía queda suelto.

—Bueno, en esta comisaría tienen el tanto por ciento de casos resueltos más alto de la ciudad, ¿no es así?

Green se lo quedó mirando y le preguntó:

—¿Quieres algo para leer?

—¿Tienen por ahí el *Village Voice*?

—Ni hablar, lo que necesitas es temas de ficción, te traeré unas novelas.

—¡Una chorrada! —dijo el teniente Randazzo dando un puñetazo sobre la mesa—, lo que dice al final es una chorrada. Pero que se joda; él mismo ha dicho que estuvo en la cocina y que sacó el cuchillo. Eso es todo lo que le hará falta saber al jurado. Sin embargo, ojalá no se la hubieras dejado sacar antes de consumir el acto.

—Pues yo le creo, a Crocker —dijo McKibbon—. Sería una invención tan descarada que le creo. Y voy a ir a ver al profesor sin perder más tiempo.

—¿Y en qué te basas? ¿En lo que dice un pederasta? Sí, bueno, ve a verle, pero con cuidado. Quiero ver resuelto este asunto, de modo que no le presiones demasiado o se negará a decir nada.

—¿Así que sí que se cree la historia de Crocker? —le preguntó Green a Randazzo.

—¿Y tú, te la crees? —dijo Randazzo tirándole un caramelo.

Green guardó silencio un momento, mientras escuchaba el golpear de la lluvia en los cristales.

—Lo que creo es que el profesor se sentirá muy aliviado al ver aparecer a Sam —dijo por fin.

—¿Sabéis lo que pienso? —dijo Randazzo—. Que Dios me está castigando por todo lo que me quejé cuando encontramos aquel trozo de carne flotando en el río. A fin de cuentas, eso no era tan malo. En cambio ahora... ¿Por qué suponer que solo dos personas golpearon a la pobre Kathleen? Tal vez medio vecindario pasó por allí para darle un estacazo. ¡Mierda! A todos nos gusta resolver un caso limpio y sencillamente. No es justo que me toque aclarar este

lío tan sórdido.

—La muerte no es justa —dijo McKibbon.

—Muy gracioso. —Randazzo se puso de pie—. ¿Lo veis? Esto es lo que ocurre cuando se trata con personas que no follan de una manera normal. Si Kathleen fuese una mujer decente, la hubieran matado normalmente.

—Es un razonamiento estupendo —dijo Green—. Eso es lo que se llama llegar al fondo de un asunto. Debería decirles lo mismo a los periodistas cuando acudan a verle.

—¿Estás loco? —Randazzo soltó un bufido—. ¿Quieres que un ejército de maricones vaya a gritar y a saltar sobre el césped de mi jardín?

18

A MEDIA TARDE SEGUÍA LLOVIENDO. En el bar Rafferty, el viejo camarero, de pie detrás de la barra, miraba la televisión junto con dos de sus clientes. El informativo también retransmitía imágenes de la lluvia, y en el otro extremo de la barra un tercer cliente lloraba en silencio.

Entró un hombre también de edad con largo cabello blanco; y después de saludar con un gesto de cabeza al camarero, dijo:

—Una ginebra doble, con el agua aparte.

—Ya sé, teniente —dijo Dennis sonriendo y disponiéndose a servirle.

Riordan miró al hombre solitario que sollozaba.

—Es su mujer —explicó Dennis en voz baja—. Siempre decía que lo iba a hacer y lo ha hecho. No ha dejado su dirección, no ha dejado nada de nada. Ahora él se ha puesto a hacer una lista de todos los espectáculos y las películas a los que había prometido llevarla y nunca lo cumplió. No sabe qué lista tan larga le estaba saliendo, pero ha tenido que pararse porque ya no veía lo que estaba escribiendo.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó Riordan mirando al hombre que lloraba.

—Déjeme pensar... —Dennis reflexionó un momento—, hoy es la cuarta noche. ¡Qué demonios! Dentro de seis meses estará deseando que no regrese.

—Quizá no —dijo Riordan contemplando la televisión—. Quizá se vuelva medio chiflado y no haga más que pensar en ella.

—Ya está chiflado —dijo Dennis.

—Entonces se morirá solo. —Riordan volvió a mirar al hombre—. Y nadie sabrá que era un chalado... excepto usted —añadió sonriéndole al camarero.

—Oh, teniente, después de un tiempo todos me parecen iguales, lo mismo que los vivos.

—Pero a mí me recordará.

—Porque usted es diferente. Ha hecho grandes cosas y todavía las seguiría haciendo si no fuera por esa estúpida ley de jubilación.

—Eso bien vale una copa —dijo Riordan sacando un billete de cinco dólares—. Sírvase de lo mejor.

—Gracias. —Dennis cogió una botella de Johnny Walker Red y otra de Tanqueray, y con esta última llenó el vaso de Riordan—. Invita la casa.

En la televisión, una locutora negra estaba diciendo que los dos asesinatos ocurridos durante el día habían hecho que la ciudad superara su propio récord de asesinatos, alcanzado el año anterior con la cifra de 1876. Hasta la fecha, antes de que acabase el mes de diciembre, 1878 ciudadanos habían hallado de un modo repentino el descanso eterno.

—Es terrible, terrible —dijo Dennis.

Riordan se bebió de un trago el doble de ginebra.

—Lo terrible —dijo— es que nos hemos acostumbrado, y nos acostumbraremos a una situación todavía peor. Cuando yo empecé a patrullar por las calles, un asesinato era algo tan horroroso que cuando ocurría todo parecía detenerse. Verá, en aquellos tiempos, todo el mundo se paraba a mirar un cuerpo tendido en la acera, pero ahora pasan de largo y algunos ni siquiera miran.

—¿Cómo acabará todo eso? —comentó el camarero apagando el cigarrillo en el cenicero.

—Vendrá el fascismo —dijo Riordan con calma— aunque no lo llamarán así. Es imposible tener una democracia constitucional mientras esos perros rabiosos, que se hacen más numerosos cada año, vayan haciendo pedazos la sociedad. Y esa ley del proceso debido, eso de que, para ser válidas, las pruebas y declaraciones han de ser obtenidas por medios legítimos, eso es para una sociedad de personas civilizadas. Pero si te ataca una bestia feroz, no vas a preocuparte de sus derechos, sino que tratarás de matarla antes de

que ella te mate. Bueno, pues cada día que pasa las calles están más llenas de perros rabiosos y ratas y chacales. Su parte humana no les funciona ni nunca les ha funcionado. Si no llevas nada encima, te matan, y si les das todo lo que llevas, te matan también.

—Tenemos que volver a emplear la silla eléctrica —dijo Dennis.

—Sí, como símbolo de la civilización. —Riordan bebió otro trago de ginebra—. Pero lo principal —continuó hablando en voz todavía más baja que la habitual— es impedir que esos animales se multipliquen. Ya llegará.

—¿Y cómo van a hacerlo? —preguntó Dennis con gran interés.

—Oh —dijo Riordan—, cuando la gente honrada esté lo bastante aterrorizada, exigirán que se encuentre una manera de hacerlo. Y como los que más votan son las personas honradas, el poder legislativo las escuchará. Y los tribunales, claro, prestarán oídos a los resultados electorales.

—Pero ¿y la Iglesia? —preguntó Dennis haciendo caso omiso de la señal que le hacía un cliente desde la otra punta del bar—. La Iglesia no permitirá que eso ocurra.

—A lo largo de la historia, la Iglesia se ha visto obligada a ceder ante la voluntad de los laicos, incluidos sus propios fieles. Le digo, Dennis, que se acerca una época magnífica y llena de paz, si es que vivimos para verla. Como ya lo predijo Charlie Darwin.

—¿Quién? ¡Ah, ya!, el tipo que dijo que descendemos del mono.

—Dijo mucho más que eso, Dennis. —Riordan cogió su cartera y sacando de ella un trozo de papel, lo leyó en voz alta: «Llegará una fecha no muy lejana en que una cantidad innumerable de miembros de las razas inferiores habrá sido eliminada de la faz de la tierra por los miembros de las razas superiores más civilizadas».

—Pero usted no cree que ya es demasiado tarde, ¿verdad, teniente? —preguntó Dennis con inquietud.

—Desde luego que no lo creo —respondió Riordan sonriéndole—. ¿Quién diablos es más inteligente, ellos o nosotros?

El hombre que había estado llorando se puso a cantar en voz baja y ronca:

*If I could, be with you one hour tonight,
If I could be with you, and hold you tight.
If, if, if, oh, oh, Anne,*

Meet me tonight in dreamland.

El hombre apoyó la cabeza en un cenicero y, al verlo, Riordan le dijo al camarero:

—¿Va a dejarle irse a casa en este estado?

—¿Soy acaso el guardián de este chiflado? —contestó Dennis con una sonrisa.

Al día siguiente, justo después de amanecer, Randazzo descolgó el teléfono y oyó la voz de Green que le decía:

—Barney se nos ha escapado, aunque hemos atrapado a casi todo su ejército. Faltan algunos mensajeros, pero como sabemos adonde se dirigen, los pillaremos cuando lleguen allí.

—¿Cómo ha sido que se os ha escapado? —dijo furioso Randazzo—. ¿Se ha convertido en un gnomo irlandés? ¡Hatajo de imbéciles! ¿Habéis ido a buscarle con una charanga?

—No estaba allí. No estaba en ninguno de los sitios que allanamos. Y esas cucharachas no quieren hablar, le tienen más miedo a él que a nosotros.

—¿Qué me dices de los hombres que le seguían? —preguntó Randazzo en tono helado.

Hubo una pausa y luego Green dijo:

—Los despistó en Queens. Pensaron que dormía profundamente.

—¡Coño! Si tuviera tiempo me echaría a llorar de vergüenza. ¿Habéis cogido a Arthur?

—Todavía no.

—Todavía no. Fantástico. Seguro que el violinista sabe dónde están los dos, ¿pero a que tú todavía no sabes dónde está el violinista?

—Recorreremos las calles hasta que los encontremos a todos —dijo Green levantando la voz.

—No —dijo Randazzo en tono suave—. Va a llover, y no podéis andar por ahí sin llevar los chanclos de goma. Hazme caso, llama a Domingo para que colabore.

—Ya lo he hecho.

—Por fin has aprendido a no hacerme caso. Pero, cuidado, Noah, en otras ocasiones más vale que me hagas caso. He terminado

la paciencia.

Aquella noche, Barney salió de la oscuridad del cine a la oscuridad exterior. Caminó hacia la calle Doce mientras jugueteaba con el pendiente que llevaba en el bolsillo, y de pronto se paró, esperando ver aparecer a Arthur. Pero, debido al frío punzante, las calles estaban vacías. Solo vio a un hombre enormemente gordo que llevaba un abrigo de pieles también enorme y un sombrero de fieltro de alas anchas. Su cara de color rosado tenía el mismo aspecto que la de un cerdo, con los ojos hundidos entre pliegues de grasa y la nariz rojiza y húmeda, parecida a un morro. Con su hinchada mano cubierta de cerdas empuñaba un bastón que dirigía hacia delante y con el cual iba tanteando el suelo.

El hombre gordo se dirigía directamente hacia Barney, que se estremeció y se metió en un portal. Por detrás del gordo se acercó corriendo un chico con una chaqueta verde y orejeras. Corría tan deprisa que no pudo detenerse y, chocando contra el tipo gordo, lo tiró al suelo.

El chico, al ver aquella cara y aquella mano junto a sus pies exclamó «¡Hostia!», y salió disparado como alma que lleva el diablo hasta dar la vuelta a la esquina.

Al hombre gordo, tendido de espaldas, le costaba respirar, y empezó a suplicar con voz aguda y áspera: «¡Por favor, soy ciego! Se lo daré todo pero, por favor, ayúdeme a levantarme. Soy ciego, tome todo lo que llevo. ¡Ayúdeme, por favor, por favor!».

Barney, todavía en el portal, le dirigió una mirada, se rascó la nariz y se marchó en la otra dirección.

El hombre gordo dejó de suplicar. Después de unos minutos se levantó despacio y con gran esfuerzo, y tanteó el suelo en busca del bastón. Cuando lo encontró, se ajustó el abrigo y el sombrero y dijo: «El primero ha sido un accidente, era un chaval, un asqueroso chaval, ¿qué puede esperarse de él? Pero había alguien más, le he oído respirar, y no ha dicho nada ni ha hecho nada. ¡Dios mío, mándale un castigo terrible! Dios, confío en que lo harás porque sabes mucho de eso. No hay más que ver lo que me has hecho a mí».

En la calle Doce, dos manzanas más abajo, Green se hallaba en la entrada de un edificio situado frente por frente de una casa de ladrillo marrón en cuyas ventanas no se veía ni una luz. En ese momento Green le estaba deseando larga vida a Domingo, larga vida y libertad.

El soplón había llamado a la comisaría cuatro horas antes, pero como Green no estaba allí y él solo quería hablar con Green, dejó un número de teléfono. Era el de un teléfono público, y Domingo indicó que Green debía llamarle pasada media hora, y si no le encontraba, pasada otra media hora, después de lo cual él, Domingo, ya no estaría dispuesto a hablar, porque terminaba el plazo. Comunicaron el número al puesto del comando que Randazzo había instalado en la trastienda de un restaurante chino de la Sexta avenida, y como Green tenía órdenes de llamar allí de vez en cuando, recogió el mensaje y encontró a Domingo al filo de la segunda media hora.

—Barney tiene un escondite —informó alegremente el soplón—. Es un edificio entero, en el cuarenta y seis de West 12. Nadie está al corriente excepto quizá Arthur.

—¿Y cómo es que lo sabes tú?

Domingo explicó con una risita:

—Mi gente está subiendo en la escala social, Noah. Son buenos operarios, muy hábiles: fontaneros, carpinteros, electricistas. Tienen buenas manos, y ojos penetrantes, con los que ven todo lo que hay que ver. Oiga, usted no tendrá prisa, pero yo sí. Aquí la cosa está que arde, amigo, y me voy a tomar unas vacaciones. ¡Adiós! Que usted lo pase bien.

Una hora después de su conversación con Domingo, Green pudo registrar el edificio marrón, pues Randazzo, apoyándose en los sucesos de aquella mañana, había convencido con facilidad a un juez de que existía un buen motivo para emitir una orden de registro. Pero Green encontró la casa vacía; vacía de Barney, aunque quedaban algunas ropas que Green reconoció.

Ahora Green esperaba desde el otro lado de la calle, admirando la bonita fachada del número cuarenta y seis, cuya parte posterior estaba siendo vigilada por dos policías de uniforme.

Por fin un hombre muy alto, sin abrigo ni sombrero, avanzó hasta la esquina del edificio lindante con la Quinta avenida,

desapareció y al minuto volvió a aparecer caminando de nuevo por la calle Doce. Se detuvo ante el número cuarenta y seis, subió las escaleras, después sacó una llave y abrió la puerta...

—¡Quieto! —dijo Green, que había atravesado la calle a la carrera, encantado de observar, y no por primera vez, cuán rápido era a pesar de su corpulencia—. Adentro, Arthur, quédese ahí y no se mueva.

—Creía que ustedes los polis siempre decían «alto» —comentó Arthur con su voz melodiosa.

Green le hizo entrar a empujones, cerró la puerta de la calle y dijo:

—Muy bien, pues ¡alto!, mierdoso.

Después de cachearlo, Green extrajo un revólver Smith & Wesson calibre 38 de la sobaquera de Arthur, admirando para sus adentros la estupenda calidad del cuero. Luego volvió a empujar a Arthur.

—Ahora vamos adentro, al dormitorio trasero.

—Naturalmente, tendrá orden de registro, ¿no es así? —dijo Arthur al entrar en la habitación.

—La casa de una persona legalmente detenida puede ser registrada sin una orden —respondió Green con tranquilidad—. No hace falta sospechar que esta persona arrestada posea armas ni pruebas. De modo que aunque debe haber una causa válida para el arresto, el registro no la necesita. En el arresto legal va incluido el permiso de registro. Si tiene pluma y papel, estaré encantado de citar los artículos pertinentes.

—¿Le molestaría mucho decirme la causa de mi arresto?

—En Jefatura tienen una lista que podrá conocer cuando le lean sus cargos, señor —dijo Green—. Si no recuerdo mal, de lo único que no se le acusa es de bestialidad, y eso porque la gallina no quiso testificar. El pobre bicho no volverá a ser el mismo después de aquello.

Arthur se acercó a un interruptor y Green le dijo:

—Vamos, vamos, deje la mano tranquila. Oiga, Arthur, a partir de este momento, cualquier movimiento que haga lo interpretaré como un intento de escapar, y será fatal para usted.

—Claro —dijo Arthur—, esta es la especialidad de los de su profesión, matar a gente de color. Oiga, solo por guardar las

apariencias, ¿no va a leerme mis derechos antes de ejecutarme para que pueda morir con la sonrisa en los labios?

—¿Le he hecho yo alguna pregunta, linda trotacalles?

—Jódete, judío.

—Mire, Arthur, usted se sienta ahí, yo aquí, y vamos a esperar a Barney. Y si dice una sola palabra más le volaré la cabeza, empezando por su ridículo mostacho.

19

BARNEY CAMINABA MUY DEPRISA, como cualquiera lo hubiera hecho en una noche tan fría. Sin mirar a derecha ni izquierda, pasó de largo la bocacalle de la calle Doce y siguió derecho por la Quinta avenida.

«Tengo el presentimiento de que aquí hay algo raro. Tal vez Arthur me haya delatado, ¿por qué no?, todos pueden hacerlo. Yo mismo vendería a mi madre, si estuviera aquí. Todos venderían a su madre, y cuando dicen que no lo harían, se están engañando a sí mismos. Eso es algo que nunca he hecho, engañarme a mí mismo. ¡Mierda!, ese maldito marica. No me basta con un loco mordiéndome los talones, que tengo a toda la policía detrás de mí. No lo pensé bien. Debía haber sabido que Crocker me delataría. Y no lo pensé bien porque estaba preocupado pensando en ese violinista. El caso es que no pensaba matar al marica, creía que él ya sabía que solo le estaba tomando el pelo. ¿Por qué demonios ha tenido que tomarme en serio? Hijo de puta. Bueno, tengo que quitarme al violinista de la cabeza para que pueda ocuparme de esa otra mierda».

Barney se dio la vuelta.

«Ya sé qué es este presentimiento. Está aquí, el violinista está por aquí. Tal como me imaginaba, nos habrá seguido algún día. Muy bien, está esperándome para sorprenderme, y el que va a darle el susto de su vida soy yo. ¡Je, je! Y aunque yo no acierte a la primera, él no va a hacerlo ¡pam, bang! Quiere que me arrastre y le suplique, que no sea así de rápido ¡pam, bang! Pero ¡joder!, si estamos los dos solos, podré con él por muchas armas que lleve

encima. Sé que puedo sorprenderlo, y entonces yo sí que haré ¡pam, bang! Aquí estoy, violinista, ¡ven a buscarme!».

Barney metió la mano en el bolsillo del abrigo, agarró el cuchillo y dobló lentamente la esquina hacia la calle Doce.

Ni rastro de Arthur, no había nadie. De pronto todo se hizo negro, algo negro cayó sobre él. Un abrigo le cubrió la cabeza, y un cinturón o una cuerda le ató los brazos junto al cuerpo oprimiéndole con fuerza el pecho. Se debatió tratando de zafarse, pero la cuerda se hizo aún más tirante, y notó algo duro en la espalda. Justo detrás de él, una voz le dijo, con hablar lento y acento sureño:

—Puedo hacerlo aquí mismo. ¿Quieres que lo haga aquí mismo? Si haces un solo movimiento, sabré que eso es lo que quieres.

Barney dejó de luchar.

—Debes de notar mucho el frío para tener que llevar ese abrigo encima de la cabeza —dijo Bama—. Pero a nadie le va a parecer raro, esta noche no. Te voy a coger del brazo y te conduciré a donde vamos a ir, pero si quieres que lo haga ahora, no tienes más que decirlo.

El violinista le pasó un enorme jersey por encima del abrigo para ocultar las cuerdas, y lentamente pero con rudeza, guio al hombrón envuelto en ropas de vuelta a la Quinta avenida. Allí cruzaron la calle y se dirigieron hacia la parte alta de la ciudad.

—Mi padre era experto en dos cosas —dijo el hombre alto y delgado—. Sabía todas las canciones de Hank Williams, que eran muchísimas, y sabía hacer nudos. Después del colegio, cuando habíamos acabado los deberes, organizaba concursos de nudos entre mis hermano y yo. Atábamos a los cerdos, es el mejor modo de entrenarte, aunque no tengas otro. Mi padre solía decir que uno nunca sabe si algún día tendrá que atar bien fuerte y bien de prisa a un animal. Decía que es un medio mejor que darles un golpe en la cabeza y, además, siempre se lo puedes dar después. Ya hemos llegado.

Un camión de color marrón, viejo y grande y sin ninguna señal de identificación estaba aparcado en la calle Trece junto al callejón que daba a la parte trasera del Lone Star Café. El violinista, sin soltar al hombre envuelto en ropa, abrió la puerta del vehículo y tocó por dos veces el claxon. Carl salió del callejón y, cuando hubo

abierto la compuerta trasera del camión, los dos hombres obligaron a Barney a meterse dentro. Carl se sentó al volante y el violinista se instaló en la caja frente a Barney. El camión arrancó.

De haber habido algún peatón en la calle, este habría oído, saliendo de la caja del camión, una voz dulce y aguda que cantaba:

*I was standing by my window
on one cold and cloudy day
when I saw this hearse come rollin'
for to carry him away.*

*Will that circle be unbroken
by and by. Lord, by and by.
There's
a better home awaiting
In the sky, Lord, in the sky.*

*Undertaker, undertaker,
Oh,
won't
you please drive slow
For this body you are haulin',
Lord, I hate to see him go.*

Y este mismo peatón, de haber estado allí, habría podido oír también otra voz más profunda que repetía un *obbligato* en un tono tan amortiguado que era difícil entender las palabras... Pero si el transeúnte hubiera escuchado con atención, habría oído un estribillo apagado, y repetido como una antífona:

*La madre que te parió, cabrón,
la madre que te parió, cabrón,
la madre que te parió, cabrón.*

Algo más tarde, aquella misma noche, Randazzo estaba de pie en su despacho, mirando a través de la ventana, cuando los dos entraron

y se sentaron, preparándose a oír lo peor.

—Antes podía confiar en mis hombres —dijo Randazzo sin volverse a mirarlos—. No es que fueran campeones, eran unos tipos formales y trabajadores. Tenían sus días buenos y sus días malos, pero se esforzaban. Por lo general se partían el pecho, porque tenían su orgullo. No querían parecer unos *schmucks*^[*****]. De modo que tampoco yo solía quedar como un *schmuck*. De hecho, como teníamos tan buen promedio de casos resueltos, y una moral tan alta, en Jefatura me dieron un Diploma de Buenos Servicios.

»En él se dice —de espaldas Randazzo parecía una torre que exhalara reprobación por los cuatro costados— que he sabido “conseguir de los detectives bajo mi mando una acción investigadora de primera calidad y que refleja los más altos ideales de los profesionales de la ley y el orden”. Cito palabra por palabra. Y junto con el diploma me dieron una placa.

Green y McKibbon miraron hacia la pared opuesta a la mesa del teniente.

—No está ahí. —Randazzo seguía hablando cara a la ventana—. Esta mañana la he descolgado y la he tirado a la basura.

El teniente se dio la vuelta, se acercó despacio a su mesa y se sentó en el borde del tablero.

—Barney ha desaparecido —dijo—. El violinista ha desaparecido. Y al marica solo lo tenemos a medias. Ya que al parecer sois detectives, ¿podría uno de los dos tener la amabilidad de decirme qué demonios está pasando con el profesor?

—Ha estado fuera de la ciudad —dijo McKibbon—. Ha telefonado diciendo que estará aquí dentro de media hora porque tiene algo que decirme.

—Fantástico —dijo Randazzo—. Porque, sea lo que sea lo que te diga, ¿qué es lo que tenemos? Que el marica le clavó el cuchillo a Kathleen y que tal vez, solo tal vez, el profesor se lo hundió todavía más. Entonces, ¿quién la mató? Los abogados van a dirigirse a esos malditos jurados y los van a dejar tan *fermisht*^[*]... —Miró con verdadero odio el tarro de caramelos—. ¿Qué sentencia va a recibir cualquiera de esos dos? ¡Esto sí que es un buen lío!

—Pero los tenemos —dijo Green.

—Creo que no me has oído —dijo Randazzo—. ¿Sabéis lo que os digo? Que quizá ella no pudo soportar que la fueran pinchando por

partes, primero el marica y luego el marido, y así ella misma cogió el cuchillo y acabó con su propia vida. ¿No se os había ocurrido?

El teniente miró con furia a Green.

—Dame un cigarro —le dijo—. ¿Y los otros dos, qué? He ido hasta allí, vosotros habéis ido allí y el violinista y Barney han salido volando. Vuelan tan alto que ni siquiera se los ve. Por lo visto eso es lo que pasa cuando le dan el mando a un medio italiano, o eso parece, ¿no es así? ¡A callar!

Randazzo cogió el tarro de caramelos y lo lanzó contra la pared. Las bolas se esparcieron rodando por el suelo. Alguien llamó con suavidad a la puerta.

—¿Qué? —gritó Randazzo.

Dos monjas jóvenes entraron muy sonrientes, y avanzaron en silencio y sin dejar de sonreír hasta la mesa de Randazzo. Él también les sonrió y, sacando dos dólares de su cartera, se los tendió a una de las monjas. Esta le dio al teniente un tarjetón que extrajo de una carpetita. Llevaba impreso un texto bordeado de florecitas pintadas a mano. Randazzo tomó el tarjetón y lo colocó encima de su mesa. Las monjas, sonrientes, se encaminaron a la puerta en silencio y el teniente les dijo adiós con la mano.

—Deberían venir más a menudo —dijo Randazzo—. Con la suerte que tenemos, no nos vendría mal.

—¿Qué es, una oración? —preguntó Green.

Randazzo miró el tarjetón y respondió:

—No, es una venta de rosarios. —Y, habiendo recobrado su voz tonante, Randazzo leyó en alto—: «Subió a los Cielos, y volverá de nuevo, esta vez en toda su gloria, a juzgar a los vivos y a los muertos. A cada uno según sus méritos: aquellos que han respondido al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna, y aquellos que los han rechazado hasta el final irán a parar al fuego que nunca se extingue».

—¿Por qué me mira a mí? —dijo Green.

—«Y Su reino no tendrá fin» —terminó Randazzo.

—¿Así que Barney recibirá su merecido de todos modos? —comentó Green sacando un cigarro del bolsillo.

—Y ese violinista también irá al infierno —dijo Randazzo—. Tal como yo lo veo, sigue siendo el que se cargó a Tyrone. Y por lo que sabemos, ya ha enterrado a Barney. ¡Oh, Dios, por lo que sabemos!

¡Si no sabemos nada! Bueno, venga, ¿y ahora, qué?

—Primero tenemos que rezar —dijo McKibbon.

—¡Os podéis ir a la mierda! —rugió Randazzo—. ¡Los dos! Me gustaba mirar la placa. Ahora, cada vez que veáis ese espacio vacío, sabréis quiénes tienen la culpa de que esté vacío.

—¿De verdad piensa que no hacemos nada, teniente?

Randazzo regresó a la ventana y respondió:

—Oídmeme, estos días no tengo mucho de qué alegrarme, así que dejadme que disfrute en paz de mi enfado, ¿vale?

Veinte minutos más tarde, McKibbon precedió al profesor a un despacho vacío y cerró la puerta. Ginsburg se acomodó en una silla junto a la mesa, y McKibbon tomó asiento al otro lado de la mesa.

—En cuanto leí en el periódico que acusaban a ese Whipple de haber asesinado a Kathleen —dijo Ginsburg—, supe que tenía que venir.

McKibbon inclinó la cabeza en señal de asentimiento y dijo:

—Profesor, usted ya sabe que no está bajo arresto.

—Lo sé, es una confesión voluntaria. ¿Quiere repetirme lo que dijo el señor Whipple?

—Que solo clavó el cuchillo una vez y que no penetró profundamente. Oyó un ruido en el piso de arriba y se detuvo. Por lo que dice, ella seguía respirando.

—Sí —dijo Ginsburg mirando hacia la pared—. Pensé que estaba muerta. Créame, pensé que estaba muerta por el modo en que yacía allí en el suelo. Yo quería creer que estaba muerta, así que me dije a mí mismo que lo estaba. ¡Estaba tan quieta! Y... y... no pude hacer otra cosa. Fue un impulso irresistible. En mi vida me había sentido arrastrado de aquel modo, tenía que hacerlo. Primero le arranqué el cuchillo de la espalda y... Todo lo hice estando ella de espaldas. No le vi la cara mientras lo hacía.

—Una vez tuve una mujer —murmuró McKibbon— que me hacía la vida imposible, algo horroroso. Me hacía sentir fatal. Solía imaginarme escenas fantásticas de venganza, soñaba que la cortaba en pedacitos.

—En cambio yo no me imaginaba tales cosas —dijo Ginsburg con enojo—. Pero cuando la vi echada allí en el suelo, me cogió...

algo así como celos. Celos o envidia de que alguien lo hubiera hecho primero, alguien que no tenía derecho. Una persona a quien era imposible que ella le hubiera causado todo el daño y las humillaciones que me había estado causando durante tanto tiempo. Y quise con desespero tomar parte en lo que alguien le había hecho. No quería verme privado de la última satisfacción que Kathleen me podía proporcionar.

—¿Cuántas veces?

—Muchas, muchas veces —dijo Ginsburg meneando la cabeza.

—¿Y después?

—Después limpié el mango del cuchillo y los llamé a ustedes.

—¿Pensó que no sería descubierto?

—Quería disponer de tiempo para pensar. Y como soy muy ordenado, incluso en situaciones de tensión máxima, recordé que debía limpiar el mango. Eso me proporcionaría el tiempo necesario para pensar. Creo que tarde o temprano habría acudido a usted, porque no soporto a la gente que retrocede ante las consecuencias de sus actos. Pero todo eso resulta académico ahora.

»Por lo menos —continuó Ginsburg juntando con fuerza las puntas de los dedos— ella nunca me vio emplear la violencia. No se enteró de que finalmente había triunfado, de que me había forzado por fin a traicionar el sentido de mi vida entera.

—¿Forzado?

—Sí. En última instancia, su muerte fue obra suya. El carácter condiciona el destino de una persona, y ella fue la responsable de su destino. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Hasta cierto punto, profesor —dijo McKibbon.

—Sentí un miedo terrible. —Ginsburg se apretaba los dedos, haciendo crujir las articulaciones—. Tenía miedo de que, de pronto, ella volviera la cabeza, abriera los ojos y se riera de mí; pero no se movió.

—Bueno —dijo McKibbon levantándose—, haré que lo pasen a máquina y después podrá firmarlo.

—¿Comprende también que yo la quería?

—Eso nadie puede saberlo mejor que usted.

—Como es natural, leeré la confesión antes de firmarla.

—Claro —dijo McKibbon—. Oh, una cosa, ¿su mujer aquella noche estuvo bebiendo café?

—Siempre lo hacía —dijo Ginsburg—. ¿Por qué?

—No había ninguna taza encima de la mesa.

Ginsburg hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y explicó:

—Como ya le he dicho, soy muy ordenado, no puedo soportar el desorden, y seguramente debí de dejar la taza en el lavaplatos sin darme cuenta. Pero no comprendo qué importancia puede tener eso.

—Ninguna, por ahora. Lo que pasa es que un conocido mío, un viejo borracho muy listo, quería saberlo.

20

—¿CUÁNTO FALTA? —preguntó Bama desde la caja del camión.

—Unos quince kilómetros —dijo Carl—. ¡Vaya montañas!, ¿no?

—¿Cómo habrán hecho una carretera aquí?

—Mis gentes siempre hicieron lo que había que hacer, no les quedaba otro remedio. ¿Cómo está tu amigo?

—Tiene hambre —contestó Bama—, ¿no es verdad, chico?

Barney soltó un gruñido y dijo:

—Tengo que hacer mis necesidades.

—Háztelas en los pantalones —dijo Bama sin mirarle.

—Oiga, de ese modo no puedo andar.

—No tienes que ir a ningún sitio. Tú mismo, lo tomas o lo dejas.

Barney lanzó un suspiro y miró por la ventana trasera desde donde se divisaba un abrupto valle.

—¿Dónde estamos?

—En West Virginia —dijo Bama encendiendo un cigarrillo—. ¿Nunca has estado aquí?

—No se me ha perdido nada en West Virginia. ¿Qué parte de West Virginia es esta?

—Cerca de Bluefield —dijo Carl—. ¿Por qué quieres saberlo si lo mismo te da?

—Siempre es bueno saber dónde estás —rezongó Barney.

Carl se echó a reír y dijo:

—Pues el sitio adonde vamos ni siquiera tiene nombre.

Una hora más tarde, el camión salió de la estrecha carretera y comenzó a ascender por un camino de tierra todavía más estrecho.

—¿Fue tu padre el que hizo este camino? —preguntó Bama.

—Sí, aunque yo era el encargado de mantenerlo limpio —dijo Carl inclinándose hacia adelante para distinguir bien la curva.

El camión se detuvo frente a una larga caja de madera con ventanas, y Carl, con los miembros entumecidos, se bajó del vehículo con dificultad.

—A mi padre le encantaban los vagones de tren —explicó—, porque ellos viajaban mientras que él no. Siempre quiso tener uno en propiedad, y por eso cuando se construyó una casa, se la hizo en forma de vagón. Todavía no se le ha borrado del todo el nombre que le pintó, aunque con esta luz no se ve: «Ferrocarril de la Gracia Singular». Es que mi padre, de joven, se dedicó un tiempo a predicar.

Bama sacó el revólver, y cuando Carl abrió la puerta del vagón, el violinista empujó adentro a Barney. Carl encendió la débil bombilla y exclamó:

—¡Me cago en...! Siempre estoy diciendo que quiero poner una luz más fuerte.

Frente a ellos se extendía una amplia habitación que contenía un sofá desvencijado, dos butacas de tapicería muy desgastada, una mesa baja de madera y un taburete. A la derecha parecía estar la cocina y a la izquierda se veía una hilera de estrechas cámaras que daban la impresión de ser dormitorios para personas de corta estatura.

—Voy a sacar las cosas del coche —dijo Carl— y después prepararé café y algo de comer.

—No para mí, gracias —dijo Bama—, ni tampoco para él. Tenemos que hablar, cuando este haya cagado.

—Ya no tengo ganas —gruñó Barney—. No me saldría.

—Mejor, así la mierda está donde debe estar —dijo Bama, y señalando con el revólver la cámara más alejada, añadió—: Vamos allí.

En la cámara había una cama cubierta con una desteñida manta verde, una silla junto a la ventana, y en la pared, bastante necesitada de un nuevo enjabelgado, colgaba una fotografía color sepia recortada de un diario. Esta mostraba un hombre de rostro alargado, grandes orejas y nariz ancha que llevaba un traje recién planchado con corbata de lazo y se cubría la cabeza con un

sombrero de paja. Encima de las rodillas sostenía una guitarra.

—¿Quién es este tonto presumido? —preguntó Barney.

—Un cantante de blues —dijo Bama.

—Imposible, no es un hombre de color.

—¿Nunca has oído a Jimmie Rodgers?

—No.

—Bueno, no tienes la culpa de estar culturalmente atrasado.

Siéntate —dijo Bama señalando la cama.

—No soy ningún perro.

—Siéntate, o te convertiré en un perro con una sola oreja.

Barney se sentó en el borde de la cama, y Bama cogió la silla y la puso junto a la puerta, quedándose allí, con un pie apoyado en el asiento.

—Empecemos por lo fácil —dijo el violinista—. ¿Por qué mataste a tu muchacho?

Barney se echó a reír y contestó:

—Todo el mundo sabe que tú liquidaste a Tyrone.

—Excepto tú y yo. Soy un tirador de primera, mamón. Puedo meterte un montón de balas en el cuerpo sin dejar que pierdas el conocimiento. Sé que yo no maté a Tyrone, de modo que basta de gilipolleces.

Barney se puso a mirar la fotografía de Jimmie Rodgers.

—Tenías dos razones —comenzó a decir Bama—, la primera es hacer que la policía sospechara de mí. Pero la razón más importante es que no querías que Tyrone pudiera decir que él no mató a Emma.

—Ningún hombre blanco ha sabido nunca cantar blues —dijo Barney sin dejar de mirar la fotografía—, por más que se dedicara a follar con negras.

—Emma me lo contó. No pensaste que me lo diría ¿eh? Aquella noche entraste en su librería, fue el día en que ella le hizo el corte a Tyrone y luego se fue a buscarte al parque y te dejó muy excitado.

—Los blues son nuestros —dijo Barney—. No tenemos gran cosa, pero los blues son propiedad nuestra.

—Tú le dijiste —continuó Bama hablando despacio y en tono imperturbable—, que hacía años que no estabas con una mujer. Que no necesitabas a ninguna mujer porque las mujeres dejan sin fuerzas a los hombres, los joden de muchas maneras, y ocupan sus pensamientos. Una mujer tiene mucho poder sobre un hombre,

incluso mientras está debajo de él sin poderse mover. Le dijiste que hacía años que habías decidido no dejar que ninguna mujer te jodiera metiéndosete en la cabeza como hacen todas ellas, que lo saben hacer muy bien. Y lo habías conseguido, vaya si lo habías conseguido, ninguna te pudo atrapar durante todos estos años.

—¿Te contó Emma que le dije esto? —Barney bostezó y cerró los puños sobre las rodillas. Después miró a Bama a los ojos—. Emma tiene una boca muy sucia.

—Pero entonces —dijo Bama sosteniendo la mirada del negro—, va Emma y te jode el tinglado, porque fue a buscarte a tu banco y se plantó ante ti, tan preciosa y tan llena de furia que de poco te le echas encima allí mismo.

—Demasiado flaca, es toda huesos, con un trasero de muchacho.

—De modo que entraste en la librería aquella noche. Fuiste para entregarle algo especial, algo que ninguna mujer había poseído desde que decidiste ser dueño de ti mismo. Podías tener a cualquier mujer cuando te viniera en gana, pero la querías a ella, no a la primera que pasara. Y la querías durante todo el tiempo. Y se lo dijiste a ella, le dijiste que debía sentirse orgullosa de que la hubieras escogido, después de tantos años.

Bama bajó la vista a los pantalones de Barney.

—Se te ha puesto dura —comentó—. ¿Lo ves?, tenías razón todos estos años: las mujeres te pueden joder mentalmente aún después de muertas.

Barney cruzó los brazos sobre su regazo.

—Así que le dijiste todo esto, y estabas tan excitado que apenas podías estarte quieto. ¿Y qué hizo ella, qué hizo la mujer escogida?

Barney se mordió con rabia el pulgar.

—Se echó a reír —dijo Bama siempre imperturbable—. Se quedó allí plantada, preciosa y enfadada, con su trasero de muchacho, y se rio de Barney y su enamoramiento. Una carcajada larga y fuerte. Y te acercaste a ella, pero ella dijo: «¿Quieres el cuchillo de Tyrone? Te cortaré con él los huevos», y viste que lo tenía en la mano. Te disponías a cogérselo y clavárselo mientras la follabas al mismo tiempo, cuando entraron en la tienda dos viejorros que venían a por libros. ¡Libros! Te hubiera sido muy fácil, mucho, cargártelos también, pero de pronto recordaste quién eras. Eras el gran hombre, y no valía la pena dar el espectáculo así, en público. Por eso te

escurrirte fuera de la tienda, con la polla tan dura que te dolía, mientras a tus espaldas Emma se partía de risa.

Bama se puso de pie y continuó:

—Ella no tenía intención de contármelo porque sabía que yo iría a cortarte esa asquerosa picha tuya, pero una noche empezó a reír sin poder reprimirse y le pregunté de qué se reía. Cuando por fin pudo hablar me dijo que me lo contaría si le juraba por el niño que llevaba en su vientre que no haría nada que ella no quisiera. Y entonces me lo contó. Y dijo que aquel asunto estaba liquidado, que nunca volverías a por ella porque no te atreverías a mirarle a la cara.

»Y añadió que yo se lo había prometido, que no quería que me acercara a ti porque sabía que si lo hacía te mataría, y eso significaría que nunca vería al bebé ni el bebé me conocería, y que una mierda como tú no valía tanto sacrificio. Tenía razón, y además, no rompíamos nunca las promesas que nos hacíamos. ¡Ojalá hubiera roto esta!

Barney, sentado en el borde de la cama con el cuerpo en tensión, dijo a su vez:

—Ella no te lo contó todo, mamón. No te dijo que me la tiré aquella misma noche cuando se fueron aquellos tipos. No te dijo que se la metí por su trasero de muchacho.

Diciendo estas últimas palabras, Barney se lanzó a través de la habitación sobre Bama, que se apartó haciendo que Barney chocara contra la pared. Tranquila y cuidadosamente, el violinista le disparó a Barney en la rodilla.

—¿Necesitáis algo? —gritó Carl desde la cocina.

—Estamos divinamente —contestó Bama mientras Barney aullaba en el suelo.

El violinista se volvió a sentar, apuntando con el revólver a la mole que se retorecía, y siguió diciendo:

—Pero tú seguiste oyendo su risa, y no podías pensar en otra cosa. Tanto es así, que empezaste a sospechar que todo el mundo se reía de ti en cuanto volvías la espalda. De modo que la estuviste vigilando y cuando salí aquella última noche y viste que la casa quedaba a oscuras, forzaste la entrada. Fuiste directo a por *Merle*, aunque no entiendo cómo pudiste herirle, pero se está recuperando. Y te quedaste escondido hasta que ella entró en la cocina, y como

no podías soportar que se riera otra vez de ti la atacaste por la espalda y le clavaste el cuchillo una vez y otra y otra más.

—Pero ella me vio —dijo Barney con un gemido—, y se dio la vuelta para coger un cuchillo o una botella, no sé. Pero no se reía, esa perra no se reía.

Con todas sus fuerzas, Bama le dio una patada a Barney en la rodilla cubierta de sangre, y dijo a gritos, para cubrir los chillidos del negro:

—¡Bonita noche para viajar, Carl!

—Ya lo creo. Ahora me reúno contigo. Traeré cerveza.

—Mejor *whisky* —gritó Bama—. Oh, y tráete la Biblia de tu padre. El *whisky* lo tomaremos después.

21

MERLE HAGGARD dormitaba en la cocina, que era donde el sol de abril daba con mayor fuerza. Green pasó con cuidado por encima del animal para llegar a la mesa, en la que había un tazón de café y una bandeja con dos barritas de pan y un paquetito de crema de queso marca Philadelphia.

—¿Dónde está el chico? —preguntó Green.

—El chico tiene un nombre, se llama Joey —dijo Shannon—. Hoy es su día de *jogging*.

La joven se acercó sosteniendo una taza humeante y se sentó frente a Green.

—¿Eso le sirve para sus notas del colegio? —dijo Green.

—Ya lo creo, forma parte de la educación física. Tiene que aprobar esa asignatura para pasar el examen final.

—Esas escuelas privadas son un mundo aparte... —dijo Green—. Yo en cambio, no tuve que hacer *jogging*, corría como alma que lleva el diablo todo el camino de ida y vuelta del colegio, para evitar el pogromo de cada día. Pero jamás se me ocurrió que aquello podía formar parte del plan de estudios.

Merle Haggard se estiró con lentitud mirando a Shannon. Ella le frotó la cabeza por detrás de las orejas y, cogiendo el cuenco lleno de agua del animal, lo vació y lo volvió a llenar.

—Tenía el cuenco lleno —dijo Green mientras untaba de queso media barrita.

—¿Verdad que a ti no te gustaría beberte el agua de la noche anterior? —dijo Shannon.

Green miró al perro y sacudió la cabeza.

—Han pasado cinco meses y no hay una sola pista —siguió diciendo Shannon—. Así entre tú y yo, ¿crees que descubrirás algún día lo que le ha pasado a Bama, y a Barney?

—No me doy por vencido —dijo Green—. Nunca he abandonado un caso. ¿Has abandonado tú un reportaje?

—Ni siquiera cuando me lo quitan —dijo sonriente Shannon—. Noah, ¿sigues pensando que algún día alguien se irá de la lengua, y lo que diga llegará a vuestros oídos?

—Si solo se tratara de esta ciudad —dijo Green— tendríamos ciertas posibilidades. Es casi una norma: un tipo que ha matado tiene que hablar de ello, con quien sea que esté viviendo temporalmente, o con alguien con quien se emborrache en un bar. Puede que esto no ocurra durante años, pero una vez lo ha soltado, aunque no sea más que un susurro, puede llegar a oídos de uno de nuestros confidentes. Pero ¿cómo demonios saber adónde fueron esos dos? O el que queda de los dos. Sin embargo, algo se llegará a saber, tengo que creerlo.

—¿Cuándo se verá el juicio del profesor? —preguntó Shannon, y le sonrió a *Merle Haggard* que había levantado la cabeza para mirarla.

—¡Vaya *tsimis*^[*]! —dijo Green con un suspiro—. Todavía están en los preliminares del juicio. Ginsburg dice que está deseando acabar con ello, pero su abogado se va entreteniendo.

—¿Y por qué no despidе a ese abogado?

—El profesor dice que su abogado tiene todo el derecho a hacer lo que cree que debe hacerse y que él, el profesor, no va a tratar de impedírselo, porque al fin y al cabo, Ginsburg hizo lo que creía justo al confesar. Dice que el resto es cosa de la Justicia.

—Eso me suena muy hipócrita —dijo Shannon, poniendo una rebanada en el tostador—. ¿Quieres la otra rebanada, gordito?

—Antes me llamaban guapo —dijo Green.

Shannon se inclinó por encima de la mesa y le despeinó el cabello.

—Guapo y gordito —le dijo.

—El profesor no va a cumplir pena de prisión —dijo Green—, seguramente ni siquiera irá a la cárcel. En realidad el forense está completamente *fermisht*^[*], porque Crocker ha confesado que la

apuñaló una vez, mientras que Ginsburg ha asegurado que le clavó el cuchillo una y otra y otra vez. Pero ¿cómo saber si fue el primer golpe el que la mató y los demás fueron de propina? ¿Y cómo saber cuál fue el primero? Ojalá hubiera estudiado estos temas, ahora podría resolver el problema.

—Pero aunque de algún modo pudieras estar seguro de que la primera puñalada no la mató —dijo Shannon con animación—, ¿cómo puedes estar seguro de que Crocker ha dicho la verdad? A lo mejor le asestó tantas puñaladas como el profesor...

Green se quedó mirando a *Merle Haggard* con expresión sombría.

—Entonces ¿Crocker tampoco tiene gran cosa que temer? —preguntó Shannon haciéndole cosquillas a *Merle* debajo de la oreja.

—No en días de cárcel. En cuanto a sus negocios con Barney, seguramente le caerá algún tiempo de prisión y de libertad condicional. Y se saldrá también de esta.

—Es como una cucaracha —dijo Shannon, después de tomar un sorbo de té—, nada puede acabar con él.

—Lo hará algún muchacho de Barney, y Crocker lo sabe —dijo Green haciéndole una morisqueta a *Merle Haggard*—. Esta es su sentencia, que Arthur no estará para siempre lejos de la ciudad.

Shannon se levantó y se dirigió al fregadero. Al pasar junto a la silla de Green, el detective la abrazó por las caderas, y, mientras *Merle Haggard* gruñía por lo bajo, le preguntó a la joven:

—¿Qué te parece si lo hacemos ahora, sabelotodo?

—Llegarás tarde —contestó Shannon mirando hacia el reloj de la cocina.

Green la soltó diciendo:

—¡Tienes razón!

Shannon se echó a reír mientras él se ponía la chaqueta.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —dijo la joven.

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Que la ilusión ha muerto.

—Eso ni se te ocurra, jovencita.

—Ahí está —dijo McKibbon una hora más tarde a su compañero cuando los dos hubieron dado la vuelta a una esquina. En un extremo del parque, en la parte inferior del East Side, había una

cancha de baloncesto, y junto a ella, una extensión de terreno yermo en donde yacía el cuerpo de un hombre bajo y fornido de piel amarronada y rostro afable. De su pecho sobresalía un cuchillo de cocina.

Los jugadores de baloncesto, a pesar de advertir la presencia de Green y McKibbon y dirigirles una rápida mirada, continuaron con el juego.

—¡Dios mío! —dijo Green apretando los puños—, se han cargado a Domingo.

McKibbon meneó la cabeza y se arrodilló junto al cuerpo.

—Ya lleva muerto algún tiempo, tal vez desde anoche.

La cara de Domingo tenía una expresión contemplativa, todo lo contemplativa que las circunstancias lo permitían.

—Parece como si lo hubiera estado esperando —dijo McKibbon—. Lo curioso es que no ha sido en la garganta.

—Tal vez estaba demasiado oscuro para matarle con precisión —dijo Green con un suspiro—. Pero te aseguro que es como perder a un pariente, no, todavía peor, a un amigo. De verdad que ese tipo me gustaba. Mucha gente no lo entendería, pero ese soplón tenía clase, y se arriesgaba mucho por nosotros.

—Y nunca lo arrestaron por aquellas pildoritas raras que vendía —dijo McKibbon.

—Sí, bueno, le habría ido mucho mejor si lo hubieran arrestado en lugar de estar trabajando para la poli.

Los detectives se acercaron a los jugadores de baloncesto. La mayoría de ellos eran hispanos, algunos negros, y todos tenían unos veinte años.

—¡Me cago en... —exclamó Green—, parad un momento!

Solo cuando la jugada culminó en un enceste fallido, interrumpieron los jóvenes el juego, de mala gana y con cara de enfado.

—¿Alguno de vosotros sabe quién es este hombre? —preguntó Green señalando el cadáver con la cabeza.

Ninguno lo conocía.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Antes de que llegáramos nosotros —dijo un joven negro muy alto.

—¿Y ninguno de vosotros lo había visto antes de ahora? —

preguntó a su vez McKibbon.

Todos sacudieron la cabeza con indiferencia.

—Y ninguno de nosotros lo volverá a ver —comentó con una risita uno de los atletas puertorriqueños.

—¿Y a ninguno de vosotros se le ha ocurrido denunciar este suceso? —dijo Green con una mirada feroz.

Los jugadores lo contemplaron como si les hablara en un dialecto incomprensible y reanudaron el partido.

—Me gustaría poner aquí en medio de la cancha el cadáver de la madre de uno de ellos —dijo Green.

—Continuarían jugando —dijo McKibbon sacando la pipa—, solo que darían un rodeo para no pisarla. Me ponen enfermo.

—Voy a llamar a comisaría —dijo Green—. Qué raro que no le hayan birlado los zapatos.

—Y el cuchillo de cocina.

—Sam —dijo Green—, aunque las cuestiones profundas no son lo mío, me pregunto qué coño va a ocurrir con esta ciudad.

—Vamos, Noah —dijo McKibbon mirando el cadáver—, ¿de qué sirve hacerse una pregunta como esta? Si lo único que podemos hacer es ir tirando. Piensa que si cada uno de nosotros pudiera saber lo que le espera, probablemente se pegaría un tiro, ¿y quieres saber lo que le va a ocurrir a esta maldita y enorme ciudad?

—Bueno, lo que pasa es que me gustaría tener un hijo, ¿sabes?, y ya no me queda mucho tiempo. Pero ¿se puede traer a un chico a un ambiente así? —Green miró hacia el cadáver y hacia los jugadores de baloncesto.

McKibbon se echó a reír.

—Chorradas. Supón que en Europa tu bisabuelo, viendo a su alrededor a los odiadores de judíos que no hacían más que engendrar más odiadores de judíos, se hubiera dicho: «Os vais a joder, no os daré más víctimas...». Pues en este caso tú no estarías aquí.

—Y si todos hubieran dicho lo mismo, no habría habido ningún holocausto —concluyó Green disponiéndose a encender un cigarro.

—Desde entonces han vivido muchos judíos —dijo McKibbon— y a muchos les ha ido estupendamente. Incluso habéis obtenido vuestra propia patria.

Una delgada muchacha de color, de unos catorce años, pasó

junto a ellos y se detuvo a contemplar a los jugadores que estaban totalmente inmersos en su actividad.

—Fueron tres hombres —susurró de prisa—. Es lo único que vi. Era tarde, alrededor de la una.

—¿Reconocerías sus rostros? —Green habló con la chica mientras McKibbon se colocaba ante ellos para ocultarlos a la vista de los jugadores.

—No —contestó la chica.

—¿Eran corpulentos? ¿Había alguno alto o alguno bajo?

—Estaba oscuro, no estoy segura. Pero todos eran hombres.

—¿No oíste nada?

—No. Le vi caer y ellos se marcharon corriendo.

—¿Había alguien más por los alrededores?

—No, no creo.

—¿Dónde podremos encontrarte? —le preguntó Green con amabilidad.

—Ya se lo he dicho todo. Adiós. —Y la chica se fue corriendo.

McKibbon y Green se miraron.

—No hemos sacado nada —dijo McKibbon—. Sabemos que fueron tres hombres, y el resto tendremos que adivinarlo por eliminación.

—¡Joder! —exclamó Green sentándose en un banco y encendiendo un cigarro—. Esos tres tipos que vio la chica tienen que estar relacionados de algún modo con Stubblefield... y con los asesinatos de la bodega.

—¿Y cómo demonios vamos a saberlo? No hemos adelantado nada en ninguno de los dos casos —dijo McKibbon—. Ya sabes que algunos casos acaban mal para nosotros. Y que algunas veces, si no hacen ruido, los asesinos pueden escapar impunes..., algunas veces.

—Fuimos nosotros, que en ninguno de los dos casos logramos encontrar un pretexto para poder meterles mano —dijo Green con la mirada puesta en la lejanía—. Tenía esperanzas de que Domingo acabaría diciéndonos algo, y me temo que no era el único que lo esperaba. —Green se puso en pie—. Quiero este caso, Sam.

McKibbon asintió con la cabeza.

—Por mucho tiempo que me tome —prosiguió Green—, el caso es mío, oficialmente o no.

Caminaron unos minutos en silencio.

—Oye —dijo McKibbon—, se me acaba de ocurrir. Tienes que tener un niño, sino ¿quién rezará *Kaddish*^[*] por ti?

Green se detuvo y, frunciendo el ceño, dijo:

—Esto es una tontería. Nunca lo he comprendido, porque si estás muerto, estás muerto, y ¿qué importa que alguien rece una oración por ti o no? —Miró a McKibbon y le dirigió una sonrisa—. Sin embargo —continuó—, pensándolo bien, creo que me gustaría.

—¿Ves, hombre? —dijo McKibbon dándole un golpe cariñoso en el hombro—, siempre se encuentra algo en qué pensar con ilusión.

CRIMEN & CIA.



GLOSARIO

Alter cocker: Viejo cagón. [c13*](#) / [c13**](#)

Dybbuk: En el folklore judío, espíritu de un muerto que se apodera del cuerpo de un vivo. c10*

Fermisht: Triturado, apabullado. c19* / c21**

Goyisher kop: Cabeza hueca (aplicado a los gentiles, por oposición a *Yiddisher kop*^[**]). c08* / c08**

Kaddish: Oración por los muertos. [c21](#)*

Mazel tov: Buena suerte. c15*

Mezuzah: Tubo que se coloca al lado de la puerta de entrada a la casa y que contiene un fragmento del Antiguo Testamento. Quien entra, debe tocarlo y besarse los dedos. c06*

*Pisher: Meón. c04**

Shabbes goy: Sirviente no judío encargado de realizar los trabajos los sábados. c10*

Shadchen: Casamentero, agente matrimonial. [c13*](#) / [c15**](#) / [c15***](#)

Shikker: Borracho. c13* / c16**

Shikseh: Despectivamente, mujer no judía, sirvienta. c03* / c05**

Shivah: Ceremonia posterior al fallecimiento de una persona, en la que familiares y amigos permanecen sentados durante siete días dedicándose exclusivamente a reflexionar sobre la vida del difunto.

c12*

Shlimazl: Gafe. [c09*](#)

Shmegegge: Tonta, necia. c05* / c05**

Shmuck o *schmuck*: Gilipollas. [c04*](#) / [c05**](#) / [c05***](#) / [c09****](#) /
[c12*****](#) / [c19*****](#)

Shul: Sinagoga. c03*

Shvartzeh: Despectivamente, negro. c03* / c03** / c03*** / c03***

Trayf: Comida impura, no *kosher*. c13*

Tsimis: Rompecabezas. [c21](#)*

¿Vo den?: ¿No es así? c03*

Yiddisher kop: Cabeza judía, inteligencia judía. [c16*](#) / [glosario**](#)

Yom Kippur: Día del Perdón, fiesta religiosa judía. c03*

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
No
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA

Barbara Vine (Ruth Rendell)

8. *EL MAÑANA*,
CONTRA
William P. McGivern
9. *EN EL DIQUE*,
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA*,
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA*,
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS*,
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO*,
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO*,
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE*,
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL*,
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA*,
LA
Charles Williams
19. *MORTAL*,

- CHANTAJE*
Elmore Leonard
20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDES,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*
POR
, Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*

DETECTIVE

JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*

LA

CASSIDY

David Goodis

33. *MORTAL,*

CAÍDA

B. M. Gill

34. *PELIGROSOS,*

SECRETOS

William P. McGivern

35. *DEL MATADERO,*

CAMINO

Ruth Rendell

36. *CON ESA MUJER,*

CUIDADO

David Goodis

37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*

UN

QUEEN

Ellery Queen

38. *MUERO POR CONOCERTE,*

ME

B. M. Gill

39. *Y EL JOCKEY,*

SU

ALTEZA

Peter Lovesey

40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*

EL

Anthony Berkeley

41. *DESPEDIDA,*

ETERNA

Ruth Rendell

42. *VIUDA,*

- LA*
Nicholas Freeling
43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



Nat Hentoff es una de las principales autoridades acerca de la Primera Enmienda a la Constitución de EE.UU. Mientras que sus libros y artículos regularmente defienden los derechos para pensar y hablar libremente, él también explora las libertades de los estadounidenses bajo el resto de la Carta de Derechos y la Enmienda 14 al mostrar cómo la Corte Suprema y las decisiones legislativas locales afectan la vida de los estadounidenses comunes y corrientes. La columna de Hentoff, *Sweet Land of Liberty*, ha sido distribuida por United Feature Syndicate desde 1992.

Hentoff ha ganado numerosos premios y es reconocido como un defensor de las libertades civiles. En 1980 ganó el Premio American Bar Association Silver Graver por su cobertura del derecho y la justicia criminal en su columna. En 1983, ganó el Premio Imroth for Intellectual Freedom de la American Library Association. En 1995, recibió el Premio de la National Press Foundation para Contribuciones Distinguidas al Periodismo, y en 1999, fue un finalista para el premio Pulitzer para comentaristas.

Hentoff fue columnista y escritor de planta del Village Voice durante 51 años, desde 1957 hasta 2008. Siendo un experto en música *jazz*, Hentoff escribe para el Wall Street Journal y el Jazz Times.

Hentoff ha dado discursos en varias universidades, escuelas de derecho, escuelas primarias y secundarias y ha dado cursos de periodismo y la Constitución en Princeton University y New York University. Hentoff es miembro de la Junta de Consejeros de la Foundation for Individual Rights Education (F.I.R.E., por sus siglas en inglés) y es parte del comité principal del Reporters' Committee for the Freedom of the Press. Nacido en Boston, recibió la beca Guggenheim para educación y fue académico Fullbright en la Sorbonne de París en 1950. Hizo sus estudios superiores en Harvard University, se graduó con los honores más altos de Northeastern University y ha recibido doctorados honorarios en leyes de Northeastern en 1985.